



QUIEN
ES

JESUCRISTO

BT301

S4

NC-1

NOV

RAL

006907



1080021117

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA

RELIGIOSA

II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

QUEEN ES
JESUCRISTO

Ó SEAN

Consideraciones sencillas sobre la persona, vida
y misterios del Salvador.

Obra escrita en francés por Monseñor L. G. de Ségur,
cuidadosamente revisada y corregida su
traducción española por los editores
de la Biblioteca religiosa.



Capilla Alfonsina
MEXICO: Biblioteca Universitaria

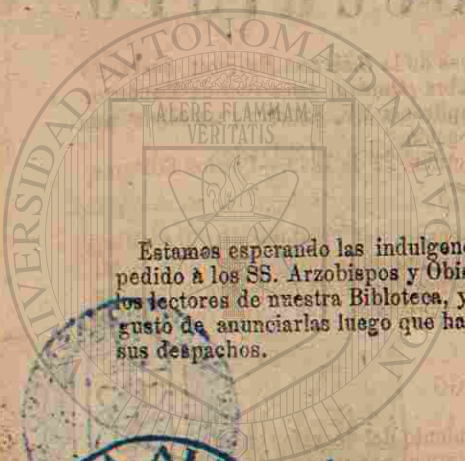
IMP. RELIGIOSA, CALLE DE SANTA CLARA NUM. 16.

M. TORNER Y COMP.

45487

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BT 301
54



Estamos esperando las indulgencias que hemos
pedido a los SS. Arzobispos y Obispos para todos
los lectores de nuestra Biblioteca, y tendremos el
gusto de anunciarlas luego que hayamos recibido
sus despachos.



FONDO EDITERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SS. GG.

Los editores de la *Biblioteca Religiosa*, deseando
imprimir la obra *¿Quién es Jesucristo?* de Monseñor
de Ségur, suplican a VV. SS. den para ello su su-
perior aprobación.

México, Octubre 23 de 1869.—Por los Editores,
Miguel Torner.

Pase á la censura del Presbítero D. José María
Vilaseca, sacerdote de la Congregación de la Mi-
sion, para que nos abra dictámen sobre dicha obra.

México, Octubre 24 de 1869.—Dr. Tomás Baron,
secretario.

SS. GG.

En cumplimiento del decreto con que VV. SS. se
dignaron honrarme, para que abriese dictámen so-
bre la obra de Monseñor de Ségur, titulada: *¿Quién
es Jesucristo?* digo á VV. SS.: Que harán un doble
bien en permitir la publicación de dicha obra como
lo solicita el editor de la *Biblioteca Religiosa*, no so-
lo por ser ella del autor de las célebres *Respuestas
á las objeciones mas comunes contra la religion*, sino
tambien porque en esa obrita parece que el autor
se excedió á sí mismo, al demostrarnos por medio
de una serie de consideraciones sencillas, claras y
estrictamente lógicas *Quien es Jesus*. Con toda habi-
lidad y singular aplomo refuta todas las heregias so-
bre su divinidad y humanidad sacratísimas, y de

008907

todas ellas aparece de un modo el más brillante *Quien es Jesus*. En suma, de las tradiciones primitivas y de las profecías, de la Virgen Madre y de la Encarnación, de Belén y de Nazaret, del precursor y del desierto, y de la vida oculta y manifestación de Cristo, hace brotar otras tantas demostraciones que nos patentizan *Quien es Jesus*. En fin, manifiesta otra vez que Jesucristo es Dios y hombre verdadero, ora porque presentándose hijo del hombre, se hizo hijo de Dios; ora porque lo probó eminentemente con las obras que hizo á este fin, y de un modo muy singular en la institución de la Eucaristía, en su pasión y muerte, y en su gloriosa resurrección.

Por lo dicho, repito otra vez, que será útil á los fieles la licencia que han pedido los editores de la *Biblioteca Religiosa*, salvo siempre el parecer de VV. SS.

Dios N. S. guarde á SS. muchos años.—México, Noviembre 28 de 1869.—*José María Vilaseca*.

Gobierno Eclesiástico del Arzobispado de México.—Visto el parecer del Presbítero de la Congregación de San Vicente de Paul, D. José María Vilaseca, concedemos la licencia necesaria para que se imprima y publique el opúsculo intitulado: *¿Quien es Jesucristo?* con calidad de que ántes de darse á luz sea cotejado por el Padre Censor, insertándose al principio de dicho opúsculo este decreto.

Así lo acordaron y firmaron los Señores Gobernadores de la Mitra.—*Moreno*.—*Cárdenas*.—*Dr. Tomás Barón*, secretario.

PROLOGO DE LOS EDITORES.

En el programa de la *Biblioteca Religiosa* hemos dicho que nos proponíamos publicar obritas manuales en defensa de aquellos dogmas y principios de nuestra Santa Religión que se han combatido ó puesto en duda en la época presente, y desde luego dimos principio con el interesante opúsculo titulado: *¿Quien es María la Madre de Dios?* que con justa razón ha sido acogido con aplauso universal. El autor ha demostrado de una manera victoriosa, que el culto que la Iglesia católica rinde á la Virgen Santísima es justo, racional y debido, con razones claras y concluyentes, y con autoridades respetables aun para los protestantes cuyos errores se propuso combatir.

En nuestros días, el bastardo deseo de una fama funesta, ó el interés de algunos puñados de oro, ha puesto la pluma en manos de Mr. Renan, quien reviviendo algunas heregías de los primeros tiempos del cristianismo, ha impugnado la divinidad de

Jesucristo, el dogma fundamental que la humanidad ha creído y confesado por espacio de diez y nueve siglos. Pretendiendo poseer vastos y profundos conocimientos en la historia, en las lenguas y costumbres orientales, ha arrojado á una sociedad indiferentista y superficial sus libros: *La vida de Jesus* y *Los Apóstoles*, como poderosos auxiliares de la impiedad. Pero esos libros, aunque adornados con un falso brillo, no han podido resistir el análisis razonado á que los han sometido sabios eminentes como Augusto Nicolás y otros. Sin ocuparse precisamente en refutar las obras de Renan, ha hecho Monseñor de Ségur la mas brillante cuanto oportuna apología de la divinidad de Jesus en la obrita que hemos escogido para publicarla en la BIBLIOTECA, y que formará el segundo tomo de ella. El nombre solo de autor tan celebrado, sería la mayor recomendación que pudiéramos hacer del opúsculo en que con una sencillez verdaderamente sublime y un estilo inspirado, se demuestra hasta la evidencia que Jesucristo es verdadero Dios. Con la maestría y aplomo que adquiere el escritor religioso, como fruto de arraigadas convicciones y de la meditacion de la palabra divina, Monseñor Ségur traza rápi-

damente la vida de Jesucristo; refiere las tradiciones, las profecías y los milagros; pinta el carácter divino del Salvador y discurre sobre su santa doctrina, haciendo apreciaciones exactas y oportunas reflexiones. Lleva al lector con suavidad y dulzura como por la mano, hasta confesar, aún cuando sea incrédulo, que la única solución de este gran problema: *¿Quién es Jesucristo?* es doblar la rodilla ante el Verbo Encarnado, ante el Hijo Unigénito de Dios Padre.

Hé aquí el mérito de la obrita que ofrecemos á nuestros suscritores: no pretendemos haber hecho el encomio que merece; ellos juzgarán y verán, que constantes nosotros en el programa de la *Biblioteca Religiosa*, presentamos á los cristianos fervientes *amen* una lectura que afirme sus principios; y á los que por desgracia fluctuen en el mar de la duda ó permanezcan en las tinieblas del error, la luz clara que arroja la verdad.



¿QUIEN ES JESUCRISTO?

§ I.

¿Quién es Jesucristo? A nadie es lícito permanecer indiferente ante la solución de este problema. Séamos lo que fuéremos, todos estamos *personal y directamente* interesados en ella; y no solo estamos interesados ahí como quiera, sino que se trata del más importante de nuestros intereses.

En efecto, si Jesucristo es en realidad Dios *hecho hombre*, como lo proclaman los cristianos, cada uno de nosotros está obligado á adorarle, á creer en su palabra, á obedecer sus leyes; en resumen, á portarse como cristiano.

Si por el contrario, la solución de la Iglesia no es verdadera, podemos vivir según leyes del todo diferentes, y; preciso es confesarlo, infinitamente más cómodas y más fáciles. La vida cristiana es una perpetua lucha contra todas las pasiones; y para im-

ponerse sacrificios tan costosos, menester es estar muy asegurados de que no nos engañamos. "Si nuestra fé es vana, decia en otro tiempo San Pablo á los primeros fieles, somos los más miserables de todos los hombres." "Mas, por lo que á mí hace, añadía, sé quién es Aquel en quien creo."

Es, pues, absolutamente necesario para todo hombre de razon examinar con cuidado y resolver de un modo ó de otro el gran problema de Jesucristo.

§ II.

¿Quién es, pues, Jesucristo?

Jesucristo es un Nazareno, es decir, de Nazareth, ciudad de Judea, que vivió en Jerusalem hace diez y ocho siglos, y que habiendo enseñado por espacio de tres años una doctrina religiosa, fué acusado de blasfemo por los Pontífices y los Magistrados de su nacion, y murió en una Cruz á la edad de treinta y tres años. Nadie duda de este hecho.

Hay ademas otro hecho no ménos incuestionable, cual es, que ese mismo Nazareno fué crucificado ha ya diez y ocho siglos, que es adorado por lo más selecto del género humano, no precisamente como un Dios,

sino como el solo y único Dios vivo, Creador, Salvador y Santificador del mundo.

¿Qué es eso? ¿Cómo se concilian dos extremos tan inconciliables? Y sin embargo, si no adoptamos la respuesta de la fé cristiana, preciso es decir que el universo entero ha perdido el juicio, y que el buen sentido y la razon han sido desterrados del mundo de más de mil ochocientos años á esta parte.

§ III.

Y no se diga tan solo que la hez de las naciones adora á ese Nazareno crucificado: los mayores génios han creído en Jesucristo.

¿Cuál es, pues, la fuerza misteriosa que hace inclinar ante Él sus altivas frentes? A su autoridad no faltan ni la inteligencia, ni el saber más profundo, ni la santidad de su vida.

¿Quién temerá engañarse con un San Ambrosio ni con un San Agustin, un Santo Tomás de Aquino, un San Bernardo y un Bosuet?

¿Quién rehusará humillarse á la vista de un Constantino, de un Carlo Magno ó de un San Luis?

Y en estos últimos tiempos ¿no hemos visto en el seno de la incredulidad y de la re-

volucion á Napoleon, el mayor génio de los tiempos modernos, inclinar su gloriosa frente ante la cruz de Jesucristo? "Yo veo en mí un hombre, (decia una ocasion sobre la roca de Santa Elena á uno de sus compañeros de destierro) yo no veo mas que un hombre, y os declaro que Jesucristo es más que un hombre."

§ IV.

El árbol se conoce por sus frutos. ¿Qué resultados ha dado en otro tiempo, y cuáles da ahora á nuestra vista el cristianismo en el mundo?

En todas partes penetra Jesucristo, y su ley produce una mudanza maravillosa. Individuos y sociedades, todo se trasforma: las costumbres bárbaras ceden su puesto á la civilización; el orgullo á la humildad; las pasiones brutales á la castidad; la venganza y la cólera al perdon de las injurias; el frio egoismo á la abnegacion y la caridad; en una palabra, el mal al bien, las tinieblas á la luz.

¿Quién puede negar que el cristianismo purifica todo lo que se pone en contacto con él? El posee únicamente el secreto de consolar todos los dolores, de dar la paz al corazón y la alegría á la conciencia. Los cristianos sufren sí, pero no son desgraciados

¿De qué modo se explica esta influencia sobrenatural? Fuera del cristianismo ¿en dónde se halla la clave de este profundo enigma?

§ V.

A la solucion de esta cuestion magna ¿quién es Jesucristo? se refiere, pues, la solucion de todas las cuestiones humanas. Es preciso ser muy culpable, ó á lo ménos muy ciego, permaneciendo indiferente ante un problema que contiene el secreto de nuestros destinos en este y en el otro mundo.

El opúsculo que os presento, querido lector, es un exámen tan familiar como me ha sido posible hacer del misterio de Jesucristo. No es una historia de Jesucristo; no es una controversia; ménos aun es un libro de piedad. Es un poco de todo eso; un conjunto de narraciones, de pensamientos, de sencillas reflexiones, cuyo general objeto debe ser, á mi entender, el averiguar ¿qué es Nuestro Señor Jesucristo?

Hablo á todo el mundo, así á los que creen como á los que no. Los que tienen la desgracia de ser incrédulos, se convencerán; los creyentes se afirmarán en la fé.

Tal es al ménos el fin que me he pro-

puesto, y que conseguiré sin duda si entras en el examen de esta tan importante cuestión con una inteligencia exenta de preocupaciones, con un corazón recto y un amor sincero á la verdad.

LAS TRADICIONES PRIMITIVAS

Y LAS PROPECIAS.

§ I.

Es un hecho histórico, que ninguna persona instruida se atreve á negar, que todos los pueblos de la antigüedad, en medio de sus divergencias religiosas, se encuentran casi de acuerdo en ciertos dogmas idénticos y cuyo origen se remonta necesariamente á los primeros siglos del linage humano.

Refiérense todas esas primitivas tradiciones al doble dogma, más ó menos disfrazado por las diversas mitologías, de una caída original de la humanidad, y de una rehabilitación sobrenatural prometida y esperada. Los mayores impíos del último siglo no han disputado sobre ello. "Las sagradas tradiciones de los tiempos antiguos, decia uno

han esparcido entre todos los pueblos la creencia de un gran mediador que debía venir, juez final, Salvador futuro, Rey-Dios, conquistador y legislador que libraria á los hombres del imperio del mal.

Este libertador misterioso habia de ser un Dios Encarnado, que naceria milagrosamente de una Virgen, y repararia el mal causado en el principio por la seducción de la serpiente y la caída de la mujer.

La conformidad de tan diferentes religiones en estos extraordinarios pormenores, no seria creible si no tuviésemos á la vista los documentos más ciertos de la ciencia. Para los pueblos del Asia, para los persas, los judíos y los chinos, ese *Santo*, como le llama Confucio, debe venir del Occidente: para los de la Europa, por el contrario: es decir, para los griegos, los galos y escandinavos, es del Oriente de donde debe salir (1); siendo cosa no ménos notable que el divino libertador es esperado por todos los antiguos cultos, y en particular por el paganismo romano, en la época misma en que Jesucristo apareció en mundo.

(1) La Judea, donde nació Jesucristo, está precisamente al Occidente del Asia y al Oriente de la Europa, siendo de este modo el centro geográfico de la espectacion universal

puesto, y que conseguiré sin duda si entras en el examen de esta tan importante cuestión con una inteligencia exenta de preocupaciones, con un corazón recto y un amor sincero á la verdad.

LAS TRADICIONES PRIMITIVAS

Y LAS PROPECIAS.

§ I.

Es un hecho histórico, que ninguna persona instruida se atreve á negar, que todos los pueblos de la antigüedad, en medio de sus divergencias religiosas, se encuentran casi de acuerdo en ciertos dogmas idénticos y cuyo origen se remonta necesariamente á los primeros siglos del linage humano.

Refiérense todas esas primitivas tradiciones al doble dogma, más ó menos disfrazado por las diversas mitologías, de una caída original de la humanidad, y de una rehabilitación sobrenatural prometida y esperada. Los mayores impíos del último siglo no han disputado sobre ello. "Las sagradas tradiciones de los tiempos antiguos, decia uno

han esparcido entre todos los pueblos la creencia de un gran mediador que debía venir, juez final, Salvador futuro, Rey-Dios, conquistador y legislador que libraria á los hombres del imperio del mal.

Este libertador misterioso habia de ser un Dios Encarnado, que naceria milagrosamente de una Virgen, y repararia el mal causado en el principio por la seducción de la serpiente y la caída de la mujer.

La conformidad de tan diferentes religiones en estos extraordinarios pormenores, no seria creible si no tuviésemos á la vista los documentos más ciertos de la ciencia. Para los pueblos del Asia, para los persas, los judíos y los chinos, ese *Santo*, como le llama Confucio, debe venir del Occidente: para los de la Europa, por el contrario: es decir, para los griegos, los galos y escandinavos, es del Oriente de donde debe salir (1); siendo cosa no ménos notable que el divino libertador es esperado por todos los antiguos cultos, y en particular por el paganismo romano, en la época misma en que Jesucristo apareció en mundo.

(1) La Judea, donde nació Jesucristo, está precisamente al Occidente del Asia y al Oriente de la Europa, siendo de este modo el centro geográfico de la espectacion universal

Q. es J.º

§ II.

Entre todas las naciones, existe una, cuya historia auténtica se remonta á mas de veinte siglos ántes de nuestra era, y la cual ha afirmado siempre que era la raza escogida de donde debería nacer el Redentor de la caída humanidad: esa nacion privilegiada es el pueblo judío que reconoce por padre á Abraham. Siendo el único pueblo fiel al culto de Dios, único y espiritual, tuvo desde los tiempos mas remotos monumentos escritos de su esperanza.

Llamábase *Mesías* Aquel á quien esperaban, es decir, *Enviado*; tambien El Cristo, que es como si dijéramos *el ungido*.

Ese Mesías venia á ser la idea fija de la religion hebrea, y habia sido anunciado por una série de Profetas á quienes miraban los judies como inspirados de Dios; y los caracterés porque debía reconocérsele en el día de su aparición están con tanta claridad indicados en los libros del Antiguo Testamento, que mas bien se cree ver en ellos una historia de lo pasado que un anuncio de lo porvenir.

Y no se crea que los cristianos hayan dado tortura al sentido de los libros proféticos

para adaptarlos á su placer á su Cristo; ó quizá que hayan urdido esas profecías despues de su realizacion. Los actuales judíos enemigos directos del cristianismo, conservan entre sus manos hace mil ochocientos años los testimonios de nuestra fé; y nosotros poseemos además los antiguos comentarios que los rabinos escribieran, ántes, segun unos, é inmediatamente despues de la venida de Jesucristo, segun otros. Esos mismos comentarios declaran, conforme á las tradiciones mosaicas, que deben entenderse del futuro Mesías los pasajes mas importantes que aplica la Iglesia cristiana al Hijo de Maria.

§ III.

¿Cuáles son las señales características de ese Cristo á quién esperan los judíos?

Que naceria de la estirpe de Abraham, de la tribu de Judá, y de la familia real de David.

Que tendria un precursor.

Que naceria de una Virgen en Belém, ciudad de David.

Que vendria en una época anunciada expresamente por Daniel, ántes de la destruc-

ción del segundo templo y de la ruina de Jerusalem, luego que el cetro hubiese salido de la tribu de Judá.

Que se llamaria Emmanuel, es decir, Dios con nosotros; Jehová eterno; Hijo de Dios; Angel de la nueva alianza; el Admirable, el Dios fuerte, y que seria á un mismo tiempo el Hijo y el Señor de David.

Que seria Rey Todopoderoso y juntamente pobre, sin esplendor, humillado y varon de dolores.

Que haria grandes prodigios, daria vista á los ciegos, oído á los sordos, y evangelizaria á los pobres.

Que seria la víctima universal de los pecados del mundo.

Que se le veria menospreciado y desechado por su pueblo; entregado por uno de los suyos; vendido por treinta monedas de plata, con las cuales se compraria el campo de un alfarero; que seria abofeteado, escarnecido y condenado á muerte por llamarse Hijo de Dios; que se le daria á beber hiel, y le insultarian durante su suplicio; que sus manos y sus piés serian taladrados, se le esculpiria al rostro, y sobre sus vestidos se echarian suertes.

En cuanto á EL, seria como el cordero que enmudece mientras se le inmola.

Empero su muerte será su victoria, y su sepulcro será glorioso: resucitará al tercero dia, subirá al cielo para compartir la gloria de Dios, y reinará pacíficamente en toda la tierra.

Y los Profetas añaden que, los judíos que desconocieren á este Mesías, no volverán á ser en adelante el pueblo de Dios, ni serán destruidos, ántes bien, andarán errantes sin Rey, sin sacrificios, sin altares, sin Profetas; esperando al Cristo, á quien no quisieron recibir. Muerto el Mesías todos los pueblos paganos verán la luz y conocerán al verdadero Dios, adorado hasta entónces por solo los judíos; cesarán los sacrificios sangrientos; y el sacrificio nuevo se realizará segun el orden de Melquisedech, es decir, será un sacrificio puro, santo y espiritual, ofrecido con pan y vino.

Tal es el Cristo de los Profetas; tal es el Mesías que esperaban los judíos.

LOS EVANGELIOS.

§ I.

El Evangelio es la historia del propio Mesías á quien miran los cristianos como el

ción del segundo templo y de la ruina de Jerusalem, luego que el cetro hubiese salido de la tribu de Judá.

Que se llamaria Emmanuel, es decir, Dios con nosotros; Jehová eterno; Hijo de Dios; Angel de la nueva alianza; el Admirable, el Dios fuerte, y que seria á un mismo tiempo el Hijo y el Señor de David.

Que seria Rey Todopoderoso y juntamente pobre, sin esplendor, humillado y varon de dolores.

Que haria grandes prodigios, daria vista á los ciegos, oído á los sordos, y evangelizaria á los pobres.

Que seria la víctima universal de los pecados del mundo.

Que se le veria menospreciado y desechado por su pueblo; entregado por uno de los suyos; vendido por treinta monedas de plata, con las cuales se compraria el campo de un alfarero; que seria abofeteado, escarnecido y condenado á muerte por llamarse Hijo de Dios; que se le daria á beber hiel, y le insultarian durante su suplicio; que sus manos y sus piés serian taladrados, se le esculpiria al rostro, y sobre sus vestidos se echarian suertes.

En cuanto á Él, seria como el cordero que enmudece mientras se le inmola.

Empero su muerte será su victoria, y su sepulcro será glorioso: resucitará al tercer dia, subirá al cielo para compartir la gloria de Dios, y reinará pacíficamente en toda la tierra.

Y los Profetas añaden que, los judíos que desconocieren á este Mesías, no volverán á ser en adelante el pueblo de Dios, ni serán destruidos, ántes bien, andarán errantes sin Rey, sin sacrificios, sin altares, sin Profetas; esperando al Cristo, á quien no quisieron recibir. Muerto el Mesías todos los pueblos paganos verán la luz y conocerán al verdadero Dios, adorado hasta entónces por solo los judíos; cesarán los sacrificios sangrientos; y el sacrificio nuevo se realizará segun el orden de Melquisedech, es decir, será un sacrificio puro, santo y espiritual, ofrecido con pan y vino.

Tal es el Cristo de los Profetas; tal es el Mesías que esperaban los judíos.

LOS EVANGELIOS.

§ I.

El Evangelio es la historia del propio Mesías á quien miran los cristianos como el

Cristo que anunciaron los Profetas, y que fué prometido al mundo desde su origen como el Libertador divino, que era la esperanza de todas las naciones.

Evangelio quiere decir buena nueva, nueva salvación.

El Evangelio, es pues, la historia de Jesucristo, escrita por cuatro testigos oculares, los Apóstoles San Juan y San Mateo, y los discípulos San Marcos y San Lucas. Estas cuatro narraciones constituyen un solo libro, que indistintamente se llama *el Evangelio ó los Evangelios*.

Escribióse en Jerusalem la historia primera de Jesucristo, á los doce años próximamente despues de su muerte. Antes de dispersarse para conquistar el universo á la fé de su Maestro, cediendo los doce Apóstoles á los ruegos de los cristianos de la Judea, encargaron á San Mateo redactase sucintamente la narracion de los hechos y palabras mas importantes de Jesucristo. Escribióse, pues, este Evangelio en siríaco, que en aquella época era la lengua vulgar de los judíos. El objeto principal de San Mateo fué probar que Jesus es Cristo, el Hijo de Dios é Hijo de David: por lo cual se propone constantemente poner á la vista las profecías de los libros sagrados del pueblo hebreo, y las cir-

constancias de la vida del Salvador, que son su mas esacto cumplimiento.

El Evangelio de San Marcos se escribió en Roma, en idioma griego, pocos años despues del de San Mateo. Era San Marcos discípulo y confidente de San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles. Su Evangelio, resumen del que escribió San Mateo, fué aprobado, si es que no dictado, por San Pedro, y se propagó muy luego por toda la Iglesia cristiana.

San Lucas, griego de nacion, fiel compañero del gran Apóstol San Pablo, es el autor del tercer Evangelio, el cual se escribió en griego, lengua que hablaba habitualmente San Pablo en el curso de sus predicaciones: es el mas completo de los tres, y su autor se propone ante todo conservar el orden histórico y cronológico. Es el unico que refiere minuciosamente cuanto concierne al principio de la vida del Salvador.

Respecto á San Juan, discípulo predilecto de Jesus, escribió su evangelio en Efeso, y cerca de cincuenta años despues que los anteriores.

San Juan, que tocaba ya el centésimo año de su vida, y era el solo que sobrevivía al Colegio Apostólico, accedió á las instancias de los fieles, atemorizados por la au-

dacia de les herejes nacies. Al paso que el martirio arrebatava al mundo los Apóstoles que mas intimidad habian tenido con el Salvador, los enemigos de la fé ostentabanse con mas atrevimiento, y alteraban la verdad con las fabulas y con los exesos de un falso misticismo. Los Gnósticos y los Docetas, entre otros, negaban la realidad de la humanidad de Jesucristo ó la Divinidad del Verbo.

Prescindiendo tambien San Juan del órden cronológico, se limita á consignar por escrito las circunstancias que en la vida de su Maestro manifiestan con mas claridad la Divinidad del Hijo de Dios y la verdad de su Encarnacion.

§ II.

Escribiéronse desde los siglos primeros otras muchas historias de Jesucristo, sin embargo, los cuatro evangelios de San Mateo, San Márcos, San Lúcas y San Juan son los únicos que han sido aprobados por los Apóstoles y declarados exactos y auténticos.

Merced á los cuidados y vigilancia de los Obispos sucesores de los Apóstoles, se difundieron los Evangelios rápidamente en to-

das las iglesias del mundo, y los cristianos los veneraban hasta el punto de saberse de memoria casi todas las palabras sagradas, llevando siempre consigo una copia de los mismos. Este respeto y amor de los fieles hácia los Evangelios, nos garantizan de la manera mas inviolable la pureza é integridad del texto evangélico.

§ III.

La veracidad de los evangelistas, y por tanto la verdad de los hechos que refieren, es cuestion de buen sentido y de buena fé.

Los evangelios fueron predicados y escritos en Jerusalem en presencia de los judíos, así como en Roma, en Corinto y en Éfeso ante los paganos y herejes, que si bien decapitaban á los autores, no por eso conseguian extirpar su fé, ni desmentir los fundamentos de su creencias.

La vida de los Evangelistas, y mas que todo su muerte, son para nosotros prenda segura de la verdad de los Evangelios. La fundacion repetida de tantas iglesias el abandono de los templos paganos, la santidad del naciente cristiano, la fidelidad y abnegacion de tantos millares de mártires, la impotente

raba de sus innumerables enemigos: hé aquí las garantías inmensas de la verdad de ese libro, que no solo es verdadero, sino que es la verdad misma.

El Evangelio es mas que un libro escrito sobre el papel; es un hecho impreso en el mundo.

Los Evangelistas han sido testigos oculares de lo que refieren. El Apóstol San Juan dice: "Lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos oído por nuestros oídos, y lo que nuestras mismas manos han tocado del Verbo de la vida, ved ahí lo que os anunciamos." San Pedro dice también: "No en calidad de doctos fabulistas, sino como testigos oculares de la magestad de Nuestro Señor Jesucristo, es como os damos á conocer la presencia y poder del mismo; habiendo oído nosotros mismos sobre la montaña la voz del cielo: Este es mi Hijo muy amado: oídle."

Los Apóstoles, pues, predicán en las plazas de la misma Jerusalem y ante el Calvario, en presencia de sus encarnizados enemigos, testigos de aquellos hechos. La metamorfosis inexplicable obrada en ellos en el Cenáculo, la santidad maravillosa y el candor de su vida, su desinterés, su pobreza, su celo por la verdad, su valor para proclamar

á Jesucristo ante las amenazas y los insultos, y finalmente, lo que es más que todo, el martirio sangriento con que es coronada su predicación, son garantías incomparables de la sinceridad y de la veracidad de los Evangelistas.

"En cuanto á mí, dice el grave Pascal, creo sin esfuerzo á testigos que se dejan sacrificar."

§ IV.

Todavía hay otra garantía mas de la veracidad del Evangelio, que excede á cualquiera que presentarse pudiera, y que jamás ha sido invocada en vano: es el libro mismo.

Abridle. ¡Qué evidencia de la verdad! ¡Cómo desconocer allí la sencillez, la falta de adornos y la desnudez del discurso! ¡Qué paz! ¡qué santidad! ¡qué moral! ¡qué sabiduría! ¡qué documentos tan sublimes! ¡qué perfección tan sostenida! El Evangelio encierra una profundidad y una elevación ilimitadas, que se templan, digámoslo así, por su propia dulzura, y que son para el alma lo que el azul del cielo es para la vista.

El Evangelio se prueba así mismo. Cuando se lee y se recorren sus páginas santas,

cuando la mente sigue ese divino tejido de hechos naturales, de preceptos sublimes, de parábolas interesantes, de milagros benéficos, de celestiales enseñanzas, y cuando se ve la perfecta armonía, la fusión de todo ese conjunto en un fondo común de candor y de verdad, siéntese uno penetrado de cierta irresistible persuasión. Entonces todo se cree; las pruebas vienen á ser inútiles y superfluas; se avergüenza uno de haber dudado y las dificultades se disipan. La mera afirmación del Evangelio basta para cautivar la fé; y al mismo incrédulo, cuando no ha perdido todo género de sentido moral, y todo el sentimiento de la verdad, no puede contener la involuntaria confesión que arrancaba siempre al sofista Rousseau la evidencia de la verdad. "Lo confieso, escribia; la magestad de las Escrituras me pasma; la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á un mismo tiempo sea obra de los hombres? ¿Diremos que la historia del Evangelio no es mas que una invención caprichosa? Amigo mio, no es así como se inventa. El Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan evidentes, tan absolutamente inimitables, que su inventor seria mas admirable que sus héroes."

Es, pues, verdadero el Evangelio, y podemos abrirlo con entera confianza. (1)

LA VIRGEN Y LA ENCARNACION.

§ I.

Segun las tradiciones mas antiguas y las profecías mas claras del pueblo judío, era, como hemos visto, de la estirpe real de David, y en la pequeña ciudad de Belém en Judea, en donde habia de nacer el Cristo, Salvador y Rey de Israel. Las tradiciones generales del mundo, por alteradas que estuviesen, se armonizaban de una manera evidente con las esperanzas del pueblo de Dios. Los tiempos, pues, designados por los profetas se hallaban cumplidos, y los judíos todos continuaban en la expectativa.

No quedaban mas que dos vástagos de la familia de David. La Virgen María celebró sus desposorios con el carpintero José y

(1) Vease el cuarto tomo de los Estudios filosóficos sobre el Cristianismo, de Augusto Nicolás, obra la mas notable tal vez la que se ha compuesto sobre este asunto.

cuando la mente sigue ese divino tejido de hechos naturales, de preceptos sublimes, de parábolas interesantes, de milagros benéficos, de celestiales enseñanzas, y cuando se ve la perfecta armonía, la fusión de todo ese conjunto en un fondo común de candor y de verdad, siéntese uno penetrado de cierta irresistible persuasión. Entonces todo se cree; las pruebas vienen á ser inútiles y superfluas; se avergüenza uno de haber dudado y las dificultades se disipan. La mera afirmación del Evangelio basta para cautivar la fé; y al mismo incrédulo, cuando no ha perdido todo género de sentido moral, y todo el sentimiento de la verdad, no puede contener la involuntaria confesión que arrancaba siempre al sofista Rousseau la evidencia de la verdad. "Lo confieso, escribia; la magestad de las Escrituras me pasma; la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á un mismo tiempo sea obra de los hombres? ¿Diremos que la historia del Evangelio no es mas que una invención caprichosa? Amigo mio, no es así como se inventa. El Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan evidentes, tan absolutamente inimitables, que su inventor seria mas admirable que sus héroes."

Es, pues, verdadero el Evangelio, y podemos abrirlo con entera confianza. (1)

LA VIRGEN Y LA ENCARNACION.

§ I.

Segun las tradiciones mas antiguas y las profecías mas claras del pueblo judío, era, como hemos visto, de la estirpe real de David, y en la pequeña ciudad de Belém en Judea, en donde habia de nacer el Cristo, Salvador y Rey de Israel. Las tradiciones generales del mundo, por alteradas que estuviesen, se armonizaban de una manera evidente con las esperanzas del pueblo de Dios. Los tiempos, pues, designados por los profetas se hallaban cumplidos, y los judíos todos continuaban en la expectativa.

No quedaban mas que dos vástagos de la familia de David. La Virgen María celebró sus desposorios con el carpintero José y

(1) Vease el cuarto tomo de los Estudios filosóficos sobre el Cristianismo, de Augusto Nicolás, obra la mas notable tal vez la que se ha compuesto sobre este asunto.

asi unidos ambos segun la ley de Moisés, vivian pobres é ignorados en un lugar de Galilea llamado Nazaret. Maria consagrada al Señor desde su infancia, frisaba ya en los quince años.

El 25 de Marzo del año de 4.004. de la creacion del mundo, aniversario de la restauracion del pueblo de Israel, y de su salida de Egipto, el Arcángel Gabriel apareció á Maria en su humilde morada de Nazareth y le dijo: "Dios te salve, llena de gracia. El Señor es contigo: bendita eres entre todas las mujeres." Y como se turbase la humilde Virgen con estas palabras: "No temas, Maria, añadió el enviado de Dios, porque has hallado gracia ante el Señor: hé aquí que concebirás en tu seno y parirás un hijo que se llamará Jesus: este será grande; su nombre será el de Hijo del Altísimo, y su reinado no tendrá fin."

"¿Cómo es esto posible, exclamó Maria, si no conozco al varon!"

Y el ángel le dijo: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Por eso el Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios. Nada es imposible al Señor."

Humillada profundamente Maria y llena de temor y de amor: "Hé aquí, dijo: la es-

clava del Señor! Hágase en mí segun su palabra."

Y desapareció el ángel.

Y la Virgen quedó hecha Madre, y el Hijo Eterno de Dios vino á ser hijo de Maria.

§ II.

Pero antes de hablar de tan Soberano Misterio, que es la vida y el centro del mundo, preciso es resolver dos dificultades, dos objeciones, que harian tal vez inútiles las explicaciones mas concluyentes.

La fé, dicen algunos, no debe destruir la razon, no debe enseñar absurdos; y ¿no es absurdo del todo imposible que Dios se haya hecho hombre? ¿Puede la Magestad infinita descender á tal extremo!

La respuesta es muy sencilla. No, en verdad; Dios no puede descender; y si la Iglesia Católica nos enseñase alguna cosa semejante, el buen sentido bastaria para desechar tal doctrina. Tan no es esa la fé cristiana, que la Iglesia enseña expresamente que el Hijo de Dios revistiéndose de la humana naturaleza, no la ha confundido con la divina, bien que estén unidas la divinidad y la humanidad en su persona indivisible. La

confusion de su naturaleza divina, infinita, eterna, omnipotente y creada, es lo que constituiría una contradicción, una verdadera imposibilidad.

Empero el Dios de los cristianos, nada ofrece de contradictorio, habiendo unido la divinidad y la humanidad sin confundirlas. En esta humanidad que se dignó unir á su divinidad, permanece eterno, creador todopoderoso é infinito; así que cuando decimos que Dios nació, que Dios sufrió, que Dios murió, solamente hablamos de su naturaleza humana, por mas que esta naturaleza humana se halle tan íntimamente unida á la naturaleza divina, que no forman ambas mas que una sola é indivisible persona, que es Jesucristo hijo de Dios.

La fé cristiana no presenta, por tanto, á la razon nada de absurdo ni de *imposible*, nada que sea indigno de la grandeza de Dios ni de la razon humana; y el deber de la inteligencia del hombre, aquí como en todos los misterios, es asegurarse de la realidad del hecho, y no escudriñar el principio.

Otra imposibilidad se puede objetar: ¿Cómo una Virgen puede ser madre y permanecer al mismo tiempo Virgen?

Basta hacer notar, en una materia tan delicada, que se confunden aquí dos ideas muy

distintas: la *virginidad* y la *esterilidad*. Imposible, es en efecto, que un seno estéril sea el seno de una madre, sin dejar de ser estéril; mas no es lo mismo tratándose de una Virgen. Sin duda una *virginidad fecunda* no puede ser sino efecto de una acción toda *sobrenatural, divina y milagrosa*; y justamente por eso la Iglesia proclama sobrenatural, divina y milagrosa la fecundidad de la Santísima Virgen María. Jesucristo nació de ella, no segun las leyes naturales, sino segun la omnipotencia del Espíritu Santo.

Debemos guardarnos de creer á la ligera esas mal llamadas *imposibilidades*, esas contradicciones que se achacan á la fé cristiana, pues que proceden *siempre* de ignorar la enseñanza infalible de la Iglesia, y muchas veces á esta ignorancia se une la rebeldía de la orgullosa razon y el deseo de entregarse con mas desenfreno á las depravadas pasiones.

§ III.

La verdad tiene el privilegio incommunicable de probarse en el momento en que se presenta; es como la luz, que se ve y no se demuestra.

B.º 9 Q es Jº

Antes de que podamos entender el testimonio que Jesucristo se ha dado á sí mismo, y ántes de ver si ese testimonio es digno de crédito y si se apoya en argumentos irreplicables, no será inútil exponer aquí en pocas palabras la enseñanza tan admirable como generalmente ignorada de la fé cristiana sobre la Encarnacion del Hijo de Dios.

Llámanse *misterio* á una verdad que se conoce bastante para formularla y para admitirla; pero que no puede comprenderse de una manera completa. El misterio es superior á la razon, mas no *contra* la razon: es el sello divino é inimitable que Dios pone á todas sus obras. Para quien sabe reflexionar, todo es misterio en el orden de la naturaleza como en el de la gracia; todo es misterio en la creacion y en la religion cristiana, como que proceden ambas igualmente de las manos de Dios. El misterio de la Encarnacion es el misterio de Dios hecho hombre; de Dios infinito é inaccesible, que se manifiesta á sus criaturas en una humanidad semejante á la nuestra, y que viene así á convertirse en nuestro Dios, en nuestro Pontífice, en nuestro Gefe, al mismo tiempo que en nuestro hermano.

Dios es amor, y el amor produce la union. Amándonos Dios tanto ¿qué tiene de sor-

prendente esta union admirable que llamamos Encarnacion? "En cuanto á nosotros, respondia en otro tiempo el Apóstol San Juan á los herejes que negaban la Encarnacion, podemos asegurarnos que creemos en el amor de nuestro Dios." Por esto vemos que Jesucristo nos dice á continuacion, que su presencia en medio del mundo es el exceso del amor divino: "Dios amó tanto al mundo, que le ha dado á su Hijo Unigénito."

El doble fundamento del misterio de la Encarnacion es, por una parte, la unidad indivisible y perfecta de la persona de Jesucristo, Hijo Eterno de Dios é Hijo de la Virgen Maria; y por otra, la distincion perfecta de sus dos naturalezas, divina y humana. En la conuinacion de estas dos verdades, la unidad de la persona y la distincion de las naturalezas, reside el misterio de Jesucristo.

Todos llevamos en nosotros mismos un misterio casi semejante. En la unidad indivisible de mi persona ¿no se ven, en efecto, dos naturalezas absolutamente distintas, la espiritual y la corporal, cuya union forma de mí mismo un hombre? El hombre no es sólo el alma ni sólo cuerpo; es el compuesto único de alma y cuerpo.

Y es tan exacta esta comparacion que lle-

vada mas adelante, nos pone de manifesto de qué modo la Virgen María es realmente la Madre de Dios, bien que ella no haya concebido en sus entrañas la divinidad de Jesús. Mi madre no ha dado á luz mas que mi cuerpo; y sin embargo, ¿no es mi madre, es decir, la madre de mi persona compuesta de mi alma y de mi cuerpo? Pues de la propia manera en Jesucristo la naturaleza divina es la más noble, y no obstante María, al concebir la sola naturaleza humana de Jesucristo, vino á ser la Madre de la persona divina.

Jesucristo es tan verdadero hombre como verdadero Dios; consustancial con su padre; hombre consustancial con su Madre; eterno, porque es Dios, sugeto al tiempo por ser hombre; á un mismo tiempo infinito y finito, increado y creado, omnipotente y pasible, Hijo de Dios é Hijo del hombre.

Tal es la doctrina cristiana acerca de la Encarnacion. ¿No es tan sublime y tan digna de la grandeza como de la bondad de Dios?

§ IV.

Pues todavía, con ser tan sobrenatural y divino el misterio de la Encarnacion, nada

es por otra parte mas natural ni más humano.

Como quiera que entre las criaturas todas no haya una idea más natural al hombre que el *hombre* mismo, de aquí el que naturalmente el hombre haya sido llevado á aplicar á un cuerpo y á una forma humana la idea que tenia de la divinidad. Tal ha sido el origen de la idolatría.

Siendo la Encarnacion á un mismo tiempo satisfaccion y remedio de esta tendencia, Dios en su amor y en su paternal bondad quiso mostrar al hombre un *hombre* que fuese Dios, para fijar sus adoraciones, y para dirigirle hácia su verdadero fin, haciéndole visible y aún palpable la sanidad eterna y la soberana verdad.

Tal es el Dios de los cristianos, el Hombre Dios. Nada puede darse menos metafísico, nada menos vago que este objeto divino de nuestra Religion. Por esto, entre nosotros, las inteligencias mas humildes como las mas elevadas, el niño y la sencilla mujer, como el filósofo y el sabio, gracias al misterio de la Encarnacion, tienen las ideas más claras, las más sublimes, y al mismo tiempo las más prácticas acerca de Dios y de la senda que debemos seguir para llegar á Él.

Preséntanos la Encarnación á un Dios adorado y á un Dios adorador. ¡Un Dios adorador! ¡qué prodigio! ¡Pero un hombre adorado! ¡qué prodigio también! Y finalmente, el mismo sujeto siendo juntamente Dios adorador y hombre adorado; recibiendo y dando las adoraciones en este doble concepto, recibíéndolas como hombre porque es Dios, dándolas como Dios, porque es hombre.... ¡qué grandeza y qué armonía!

§ V.

A la manera que en una superficie plana la sombra hace resaltar la luz, del mismo modo el error realza y hace resplandecer la verdad. Para comprender mejor la verdadera doctrina sobre el misterio de Jesucristo, no sería inútil dar cuenta, en pocas palabras, de los principales errores acerca de la Encarnación.

Aparecieron los primeros en tiempo de los Apóstoles, y ¡cosa notable! la notoriedad de los milagros y de la divinidad de Jesucristo era tal, que solo se negó en un principio la realidad de su humanidad. Los Docetas y los primeros Gnósticos pretendían que la carne de Jesucristo creada en el origen de

los tiempos, no había hecho mas que pasar por María para aparecer en el mundo.

Después de los Gnósticos, pareció, un tal Pablo de Samosata, el cual *separando* al Cristo del Verbo en vez de *distinguirlos* simplemente, destruía la unidad de la persona del Salvador, y compendia su error en esta fórmula capciosa: "Jesucristo no existió antes que María." Olvidaba que no hay sino una persona en el Hijo de María, y que esta persona es el Dios eterno.

Vino después el célebre heresiarca Arrio, presbítero de Alejandría, á fines del siglo tercero. Atacaba su heregia á un tiempo el misterio de la Trinidad y el de la Encarnación, y por consiguiente el de la Redención. Arrio enseñaba que el Verbo, segunda persona de la Santísima Trinidad, era una criatura, la primera de todas, en el orden de los tiempos y que por ella, como por un mediador, había creado Dios el universo. Andando los siglos, añadía Arrio, el Verbo se encarnó en el seno de María, y Jesús es el Verbo encarnado. Resultaba de aquí que el Verbo no es igual ni consustancial al Padre, y que Jesucristo no era Dios.

Aparese luego Nestorio, patriarca de Constantinopla, el cual, á los principios del siglo quinto, renovó y desarrolló la heregia de

Pablo de Samosata, y quiso ver en Jesucristo, no solo dos naturalezas, sino tambien dos personas, el Verbo y Cristo. Formulaba su heregia de un modo mas impio y no ménos insidioso que su antecesor. "María, decia, no es la Madre de Dios, es solamente la Madre del Cristo.

Estraviado por la violencia de la reaccion contra Nestorio, pretendió, treinta años despues, el monge Eutyches, que Cristo no tenia mas que una sola naturaleza, y nada mas que una sola persona; que no era en verdad hombre, y que en Él la divinidad absorvia completamente á la humanidad.

En el último siglo fué mas léjos todavía la soberbia y la audacia. Una caterva de impíos ignorantes de las cosas de Dios, de costumbres depravadas y de superficial talento, atreviéronse á decir, que Jesucristo era un hombre como nosotros, llevando Voltaire su furiosa impiedad al extremo de llamarle un vil impostor é *infame*.

En nuestros días, finalmente, tenemos á unas cuantas cabezas vacías que no ven en Jesucristo mas que un nivelador demócrata.

En vista de estas aberraciones criminales, la Iglesia Católica y Apostólica, regida por San Pedro y por los Pontífices romanos sus sucesores, enseña con invariable autoridad

lo que repetimos diariamente en el Santo Sacrificio, en el Símbolo de la verdadera fé: "Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, y nacido del Padre ántes de todos los siglos. Dios que procede de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios, verdadero, engendrado y no creado, consustancial al Padre, por quien todas las cosas han sido creadas, el cual descendió del cielo por nuestra causa y para nuestra salvacion, y tomó carne por virtud del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y se hizo hombre."

De este modo la verdad está entre ambos extremos: ni confusion ni separacion, sino UNION de dos naturalezas en la persona de Jesucristo Dios y Hombre.

§ VI.

No hay mas que un solo Dios; Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El Padre no ha tomado carne, ni tampoco el Espíritu Santo; pero el Padre está en el Hijo, y el Espíritu Santo procede así del Hijo como del Padre. Jesus, Hijo de Dios hecho hombre, posee la plenitud de la divinidad. No es el Padre, y sin embargo, quien le ve, ve al Padre, no es el Espíritu Santo,

y sin embargo, está todo en el Espíritu Santo, que procede de Él y es su propio espíritu.

Jesucristo, es pues, el verdadero Dios, el solo verdadero Dios, y toda criatura que aspira á Dios, aspira á Jesucristo, aun cuando ella no lo conozca. Conocer á Jesucristo, es conocer la verdad y la vida; ignorarle, es ignorar lo único necesario; amarle, es amar el bien supremo en este mundo y en la eternidad.

Jesucristo es el Criador del cielo y de la tierra, y al mismo tiempo el mediador entre la eternidad y el tiempo, entre Dios y la criatura. En Él se compendia toda la Religión de Dios, es decir, el vínculo que une á Dios con los hombres, y á los hombres con Dios. Por Él y para Él (1) existen todas las cosas, y particularmente nosotros sus criaturas racionales.

Su alma santa es el modelo ó tipo primitivo de todo el mundo espiritual é invisible, y su cuerpo el arquetipo de todo el mundo material.

Jesús es el hombre por excelencia, el hombre de los hombres, Aquel para quien fueron creados los hombres todos, el centro de

(1) Per quem et propter quem omnia (San Pablo.)

la creación, la razón del ser de todas las existencias; más todavía, el principio y el fin de todo, porque es el solo Dios vivo.

En Él se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia: en Él, Dios ha venido á ser *nuestro Padre*; y el abismo incommensurable que separa de los tiempos la eternidad, el Criador de la criatura, lo infinito de lo finito, se ha llenado por su Encarnación. Jesús es el cielo en la tierra: por eso la Iglesia llama á su Madre "Puerta del Cielo."

El día en que Dios empezó á ser Jesús, es el día más grande que ha habido en el mundo.

§ VII.

La Virgen es verdaderamente la Madre de Dios.

María es para Jesucristo en el tiempo, lo que su Padre es en la eternidad: ella le produjo, ella le engendró de su sustancia, y le dice con un derecho tan real como su Padre: "Tú eres mi Hijo. . . . *Filius meus es tú.*"

María es tan necesaria para Jesús, como el mismo Dios Padre; pues sin su Madre no sería Jesús, es decir, el Verbo encarnado.

La Virgen va asociada á todas las gran-

dezas de Jesus; con Él y para Él es ella Reina de la Iglesia y del mundo.

Por Él y á causa de El fué inmaculada en su concepcion, y exenta á la vez del pecado original y de todos los demás pecados. Por El y á causa de El presenta en si el milagro único de una virginidad fecunda.

Si Jesucristo es nuestra cabeza, y si nosotros somos sus miembros, la Virgen puede compararse con el cuello que une los miembros con la cabeza.

Por María ha venido á nosotros Jesus, y solo por Ella debemos nosotros ir á El.

Los protestantes no comprenden éste misterio de amor y de union, cuando creen purificar el cristianismo reprobando el culto de María, sin reflexionar que, cortando el cuello, amputan la cabeza.

§ VIII.

Echamos en cara los protestantes el nombre de *Mediadora* que damos á la Virgen María; y no ven que este glorioso atributo es la consecuencia segura de la maternidad divina.

Jesucristo es Mediador porque es verdadero Dios y verdadero hombre. Todo entero en la divinidad y en la humanidad, El es

causa de que mutuamente se penetren, y por decirlo así, se fundan Dios en el hombre y el hombre en Dios; la eternidad en el tiempo, y el tiempo en la eternidad; lo infinito en lo finito, y lo finito en lo infinito. De esta manera es mediador Jesucristo.

Segun el gran pensamiento de Santa Catalina de Sena, Jesucristo es el puente misterioso que une las dos márgenes de lo infinito y de lo finito. Nadie puede pasar de la una á la otra orilla, si no es por medio de este puente. Por el pasa todo lo que de la eternidad nos viene al tiempo, y por el tiempo, y por el tambien todo lo que del tiempo vuelve á pasar á la eternidad para abismarse en Dios.

Este puente no tiene mas que un arco, el cual pertenece á las dos orillas, apoyando e todo entero en una y en otra. En la una está el Padre, principio de todas las cosas, y del cual todo trae su origen; en la otra se halla María, la primera de las criaturas, que comunica inmediatamente con el puente, como el Padre mismo. María es pues la primera para recibirlo todo, y por consiguiente para comunicarlo á los que están á la orilla de lo finito.

Efectivamente, como nadie puede ir á la orilla de lo infinito, ó sea al Padre sin pasar

por el puente, que es Jesucristo, así no hay tampoco quien llegue al puente si no es pasando por esta orilla, que es María, la Virgen Madre. De la misma suerte, así como nadie puede venir á nosotros de la orilla de lo infinito ó si se quiere, del Padre, sin pasar por el puente, que es Jesucristo, así tambien nadie puede desde este puente llegar á nosotros sin pasar por la orilla de lo finito que es María.

No hay cosa mas exacta que esta asercion puesta por el Espíritu Santo en los labios sagrados de la Iglesia, á saber: que María es la verdadera Mediadora entre nosotros y su Hijo; que nadie llega á Jesucristo sino es por María, y que nada pasa del Cielo á la tierra ni de la tierra al Cielo, mas que por María.

En este sentido es la Virgen María nuestra *Mediadora*.

Jesucristo es una flor, cuyo perfume es Dios y cullo tallo es María. En vano querrá tenerse el perfume sin la flor, y en vano tambien queremos tener la flor sin el tallo, por que este tallo no ha llevado una vez sola la flor, sino que la lleva perpetuamente, y hace que florezca siempre en las almas.

§ IX.

La vida de la Santísima Virgen es un misterio profundo. Cuando meditamos en la divina maternidad, se entreven grandezas sin medida, que un doctor de la Iglesia (1) se atreve á llamar una especie de infinidad. *Quondam infinitatem.*

¡Que union, en efecto, por no decir que unidad, entre esta milagrosa Madre y el Hijo de Dios á quien llevó nueve meses en su seno virginal! Una sola sangre circula en sus venas, la sangre de Dios encarnado; y no deja de ser un verdadero prodigio el que la Madre de Dios no haya llegado á ser Dios.

Y sin embargo, la union corporal era menor aunque la espiritual del Hijo y de la Madre, como quiera que cada instante de la vida de María estrechaba hasta lo infinito el vínculo sagrado del amor, que la unia con Jesus su Dios.

En María, como en Jesus, todo se halla en el Espíritu Santo, que es la union, el amor, la vida y la perfeccion.

§ X.

La vida de María se divide en tres facces, que son las tres facces de un solo é inefable,

(1) San Buenaventura.

amor: el amor de *Dios*, el amor de *Jesus* y el amor de la *Iglesia*.

El amor de Dios llenó su corazón hasta el día de la Encarnación, llegando á convertirse en amor maternal de María, cuando su Dios vino á ser su Hijo, y tomando finalmente al pie de la Cruz un tercer carácter, cuando pasó su amor hácia nosotros, hombres regenerados, representados en el Calvario por el Apóstol San Juan.

Con harta justicia, pues, la Iglesia tributa á la Bienaventurada Virgen María los mas cumplidos homenajes, y la ama con el amor mas tierno.

Honrar á María, confesar á María, es confesar el cristianismo en su acto esencial, en el acto de la Encarnación: es confesar que Jesucristo es hombre, puesto que es hijo de una mujer; es confesar que María es Madre de Dios, una vez que Jesucristo es Dios.

El culto de María no es otra cosa que el culto de Jesus, es decir, el culto de Dios.

§ XI.

Con motivo de la Anunciación, vamos á decir dos palabras acerca de los Angeles.

La grande herejía de los tiempos modernos consiste en no creer nada concerniente

al mundo espiritual y sobrenatural. No se cree mas que lo que se ve y lo que se toca; y sin embargo, las realidades mas reales, por decirlo así, son las que no se ven ni se tocan. El mas real de todos los seres es Dios, que es el mas invisible. En el hombre, el alma tiene mas realidad, mas vida que el cuerpo. Otro tanto acontece con el mundo.

Los ángeles ó espíritus son las potestades invisibles que conservan y rigen el mundo: su fuerza y su manera de existir excede á todo humano concepto. Por medio de ellos gobierna Dios la materia (1), y por medio de ellos tambien, en las circunstancias mas solemnes, manifiesta exterior y milagrosamen-

(1) La fé nos enseña pocas cosas acerca de los ángeles. Nos dice tan solo que existen, que son espíritus, que los unos han sido fieles á Dios y están en la gloria eterna, y que los demás, rebelados por orgullo, están condenados eternamente. Nos enseña además la fé, que tanto los ángeles buenos como los malos ejercen una acción sobre los hombres y sobre los elementos.

San Pablo dice expresamente en su epístola á los hebreos:

"Todos los ángeles ¿no tienen acaso la misión de servir ó administrar el mundo? *Nonne omnes administratores spiritus?*" Estas palabras dan mucha luz acerca del mundo de los espíritus, cuya acción exterior se concilia perfectamente con la constante contemplación en que están de la esencia divina.

te su voluntad. Muchos de estos mismos *espíritus administradores*, como los llama el Apóstol San Pablo, se desviaron de su Criador; y el desorden de su rebelion, manifestado en los elementos de este mundo, es una de las causas mas ignoradas de cuantos desórdenes físicos le desconciertan. Su accion deletérea se halla contenida por los ángeles fieles, cuya fuerza es la fuerza del mismo Jesucristo; y la lucha no cesará en tanto que el Hijo de Dios venga al fin de los tiempos á completar su triunfo y libertar al universo.

Todas las generaciones humanas que van llenando los siglos, se asocian á la fidelidad de los ángeles buenos ó á la rebeldía de los demonios. Segun la eleccion que hubiésemos hecho en esta vida, participaremos en la eternidad la bienaventuranza y la gloria de los unos, ó del castigo y la maldicion de los otros.

Todo esto podrá parecer muy estraño en este siglo de materialismo; mas no por eso ménos cierto. Si queremos ser cristianos, es preciso creer no solo en la existencia de los ángeles y de los demonios, sino tambien en su accion sobre el mundo. El Evangelio abunda en estas ideas. Un ángel se apareció á Eva en el dia de su caída; un ángel se

apareció á María en el de la reparacion. Eva, la vírgen infiel, creyó al ángel infiel y nos perdió: María, la Vírgen Santísima, creyó al ángel fiel, y nos salvó.

En la Anunciacion, Gabriel lleva á María, como á la Soberana de los ángeles, el *salve* permanente de todo el mundo angélico. La Iglesia se le asocia en la tierra, repitiendo con él: "*Dios te salve, María.*"

BELEM.

§ I.

Despues de la Encarnacion del Hijo de Dios, la Vírgen salió de Nazareth, y estuvo tres meses al lado de la parienta Isabel, en la antigua ciudad de Hebron, en el lugar mismo en que, segun la tradicion, descansaban los sagrados restos de los Patriarcas Abraham, Isaías y Jacob.

Isabel llevaba entonces en su seno al percursor del Mesías, anunciado tambien por los Profetas, y que saltó de júbilo en el vientre de su madre al acercarse la humilde Vírgen que llevaba consigo á Dios.

Entonces fué cuando Maria, saludada por

te su voluntad. Muchos de estos mismos *espíritus administradores*, como los llama el Apóstol San Pablo, se desviaron de su Criador; y el desorden de su rebelion, manifestado en los elementos de este mundo, es una de las causas mas ignoradas de cuantos desórdenes físicos le desconciertan. Su accion deletérea se halla contenida por los ángeles fieles, cuya fuerza es la fuerza del mismo Jesucristo; y la lucha no cesará en tanto que el Hijo de Dios venga al fin de los tiempos á completar su triunfo y libertar al universo.

Todas las generaciones humanas que van llenando los siglos, se asocian á la fidelidad de los ángeles buenos ó á la rebeldía de los demonios. Segun la eleccion que hubiésemos hecho en esta vida, participaremos en la eternidad la bienaventuranza y la gloria de los unos, ó del castigo y la maldicion de los otros.

Todo esto podrá parecer muy estraño en este siglo de materialismo; mas no por eso ménos cierto. Si queremos ser cristianos, es preciso creer no solo en la existencia de los ángeles y de los demonios, sino tambien en su accion sobre el mundo. El Evangelio abunda en estas ideas. Un ángel se apareció á Eva en el dia de su caída; un ángel se

apareció á María en el de la reparacion. Eva, la vírgen infiel, creyó al ángel infiel y nos perdió: María, la Vírgen Santísima, creyó al ángel fiel, y nos salvó.

En la Anunciacion, Gabriel lleva á María, como á la Soberana de los ángeles, el *salve* permanente de todo el mundo angélico. La Iglesia se le asocia en la tierra, repitiendo con él: "*Dios te salve, María.*"

BELEM.

§ I.

Despues de la Encarnacion del Hijo de Dios, la Vírgen salió de Nazareth, y estuvo tres meses al lado de la parienta Isabel, en la antigua ciudad de Hebron, en el lugar mismo en que, segun la tradicion, descansaban los sagrados restos de los Patriarcas Abraham, Isaías y Jacob.

Isabel llevaba entonces en su seno al percursor del Mesías, anunciado tambien por los Profetas, y que saltó de júbilo en el vientre de su madre al acercarse la humilde Vírgen que llevaba consigo á Dios.

Entonces fué cuando Maria, saludada por

Isabel con el glorioso título de Madre del Señor, entonó aquel admirable cántico de su humildad y de su reconocimiento, recitado despues diariamente por los cristianos en sus oraciones: *Magnificat anima mea Dominum!*

Despues del nacimiento de San Juan Bautista, regresó la Virgen á Nazareth, en donde el casto José supo por conducto de un ángel la vocación incomparable de su esposa y el misterio de la Encarnacion. San José es, pues, el primer hombre á quien se reveló el cumplimiento de la grande obra de Dios.

Nada hay mas maravilloso, despues del destino de María, que el de José; pues que, representante visible del Padre Celestial, fué el custodio de los dos seres más santos que han existido jamás sobre la tierra: Jesus y María.

Los demás hombres acostumbraban adoptar hijos; Jesus ha adoptado su padre; y este padre adoptivo, humilde y casto como María, recibe como Ella y con Ella la misión secreta y enteramente divina de proteger la infancia del Verbo encarnado.

José vivía en Nazareth; y aun existían allí las ruinas de la casa, en la que ejercitaba el oficio de carpintero.

§ II.

Pero no era Nazareth en donde debia nacer Jesucristo.

“Y tú Belém, tierra de Judá, habia dicho siete siglos antes el Profeta Miqueas, no eres tú la última entre las ciudades de Judá porque de tí saldrá el caudillo que debe reinar en Israel, mi pueblo.”

Esta profecía se habia hecho célebre entre los judíos.

Belém era la ciudad de David y la cuna de su prosápia; justo era, por tanto, que el verdadero David y el verdadero Rey de Israel la eligiese para lugar de su nacimiento.

El Emperador Augusto, señor entónces del mundo, fué, sin saberlo, el instrumento de que se valió la Providencia para el cumplimiento de los divinos oráculos. Un edicto sale de Roma en el cual se ordena el empadronamiento universal de todos los pueblos sometidos á la dominacion romana; y la Judea, tributaria entónces del imperio romano, debe sugetarse á este orgullo caprichoso. Para facilitar tan inmensa operacion, todas las familias recibieron orden de restituirse, en una época dada, á la ciudad de que eran originarios. José y María, no obstante lo riguroso del invierno salieron de Nazareth: el

Hijo de Dios, oculto aun en el seno materno, nos enseñaba ya la tan fácil virtud de la obediencia.

§ III.

La Virgen y su esposo se encaminaron á Belém distante tres jornadas de Nazareth, y llegaron la noche del 24 de Diciembre á la ciudad de sus mayores, en donde el proyectado censo había reunido multitud de forasteros. María y José eran pobres, y los bethlemitas ignoraban que entraba en sus muros con aquellos dos oscuros viajeros, el tesoro del Cielo y de la tierra, la gloria prometida á su ciudad.

Aproximábase entretanto la hora solemne y el Hijo de Dios iba á dejar, para aparecer en el mundo, el Tabernáculo sagrado en que hacia nueve meses moraba.

Arrojados de la puerta de los mesones, María y José buscaron un refugio no distante de las ruinas del antiguo castillo de su abuelo David, y se guarecieron humildemente en uno de sus establos, que segun el uso de la Palestina, servia de asilo á los pastores y ganados.

§ IV.

Era la media noche, y las tinieblas, simbolo del pecado, cubrian la tierra.

Recogida en Dios profundamente, y toda abrazada en su amor, la Virgen Santa parió á Jesus, no solo sin dolores, sino en medio de un júbilo inefable. Salido sobrenaturalmente de aquel cuerpo virginal, el Divino Niño apareció á sus ojos. Envuélvelo en mantillas, y le acuesta en un pesebre.

Semejantes á los dos querubines de oro inclinados sobre el propiciatorio del Arca de la Alianza, María y José adoraban á Jesucristo. Veían con sus propios ojos, y tocaban con sus propias manos al Dios de Abraham, de Issac y de Jacob, al Mesías de los Profetas, al Deseado de las naciones, al Salvador y Creador del mundo.

Mas santos que los ángeles, lo adoraban en union de ellos.

§ V.

Mas ¿por qué el Verbo encarnado al aparecer en el mundo encubre ante la tierra los esplendores de su humanidad santa? ¿Qué cosa puede darse más gloriosa, que más real y divina que esta carne penetrada por la

Divinidad, y de tal modo unida al Verbo, como que es la carne y el templo vivo de Dios?

Ved aquí el segundo misterio de Jesucristo *distinto* del de la Encarnación, bien que no se halle *separado*. Este segundo misterio es el de la Redención, por medio del cual, el Hijo de Dios hecho hombre, vino á ser el Salvador y la víctima del mundo, tomando sobre sí nuestros pecados; y las miserias, los padecimientos, las humillaciones y hasta la misma muerte, que son la consecuencia y el castigo del pecado.

Mas adelante nos ocuparemos de esta importante distinción; el anonadamiento y los llantos del pesebre la hacen desde luego necesaria. Si el hombre no hubiese pecado (1); si hubiera permanecido en la primitiva gloria de su inocencia, el misterio de la Encarnación no se hubiera como encubierto y aun oscurecido por el misterio de

(1) La opinion filosófica y teológica que sostiene que la Encarnación del Hijo de Dios es independiente de la caída del hombre, y que se habría verificado aún sin el pecado original, la han profesado los mas graves y santos doctores, y su adopción es del todo legítima. Las razones en que se apoyan son tan concluyentes, que por mi parte las considero como fundamentales é indispensables para la inteligencia del misterio de Jesucristo.

Redención, que habría sido entonces inútil: Divinizada y llena de magestad, la humanidad del Señor hubiera sido resplandeciente, admirable y tal cual convenia á la humanidad de Dios; habría permanecido, segun la espresion de San Pablo, en la *forma divina*, y no se habría anonadado en la *forma de esclavo*.

Tal es el secreto de la pobreza, de la oscuridad, de la pequeñez y de las demas humillaciones del Dios Salvador: el no comprender este secreto es la razon de que mucho se escandalicen del Dios de los cristianos, y menosprecien su divina grandeza, que solo la inmensidad de su amor oculta á los ojos del mundo.

§ VI.

¿De qué manera el Niño del pesebre ha podido venir al mundo sin detrimento de la virginidad de su madre?

Desde el nacimiento de Jesucristo se nos revela un rayo de la gloria secreta de su carne. No puede ser de otro modo que por un milagro continuo de misericordia y de sabiduría, como el Dios-Hombre ha ocultado á los ojos de sus hermanos, bajo la humana forma, los esplendores que le son

propios. No obstante, en muchas circunstancias de su vida mortal ha predicho la gloria de su Resurreccion y de su Ascencion al cielo, levantando, por decirlo así, un momento el velo que lo ocultaba á nuestra adoracion. Las principales de estas circunstancias consignadas en los evangelios, son: su Natividad; su desaparicion milagrosa de entre los judíos de Nazareth que querian apedrearlo; su manifestacion á San Pedro y á los Apóstoles sobre las aguas del lago de Genesareth durante la tempestad; mas aún, su Transfiguracion en el Thabor; finalmente, lo que es mas que todo, su presencia real en la Eucaristia, cuando El mismo, la víspera de su pasion, dió con sus propias manos su adorable cuerpo á sus Apóstoles.

En estas varias circunstancias, despojándose por un instante de la flaqueza accidental de la carne, y viviendo segun las leyes del espíritu, celestiales y perfectas de los cuerpos glorificados, el Hijo de Dios se elevó sobre las terrenas que rigen nuestros cuerpos, y sutil como el espíritu, invisible, impalpable y puramente divino, salia del seno de la Virgen, y multiplicaba en el Cenáculo la presencia real de su cuerpo único, y obraba sus demas prodigios.

Prodigios, en verdad, para nosotros, mas

no para El; porque nada es prodigioso ni sobrenatural para el Señor de todas las cosas. El verdadero milagro para Jesus no es haber alimentado las turbas con siete panecillos, sino el haber tenido hambre y sed; no es el haber andado sobre las aguas, sino el haber experimentado fatiga; no es el haberse transfigurado esplendorosamente, sino el haberse velado mortalmente: el milagro, en fin, el gran milagro no es haber resucitado gloriosamente, sino el haber muerto en medio de la ignominia.

§ VII.

La noche de Navidad velaban los pastores en las cercanias de Belén, custodiando sus ganados. El Niño Jesus quiso tener por primeros adoradores á aquellos hombres sencillos y pobres, pues aunque El es el Rey de los Angeles, es tambien el Padre de los pobres, el Consolador y el Amigo de los que el mundo desdena.

Envióles, pues, á uno de sus Angeles, que se les apareció en medio de brillantes resplandores, y como los viese sobrecojidos de espanto:—"No temais, les dijo el mensajero celestial; ved que os anuncio una gran alegría. Hoy, en la ciudad de David, ha

nacido para vosotros un Salvador, que es el Cristo Señor. Conoceréislo por esta señal. Hallareis un niño envuelto en mantillas y acostado en un pesebre."—Y en el instante una tropa numerosa de la milicia celestial inundó los aires con cánticos de alborozo, alabando al Señor y diciendo: "Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!"

Los pastores obedeciendo la orden del Angel, corrieron precipitadamente á Belém, hallaron al Niño y á su Madre María, adoraron llenos de fé y de sencillez de corazón al Dios anonadado para salvarlos, ofrecieron á su Madre humildes presentes, y salieron de la gruta sagrada refiriendo en todas partes las maravillas de que habian sido testigos.

§ VIII.

Cosa larto comun es en el presente siglo, abusar de la predileccion de nuestro buen Dios hácia los pobres, haciendo de lo mas tierno que hay en la Iglesia una teoría de discordias, y alegando la santa pobreza de Jesucristo para trastornar la sociedad; para excitar los pueblos é insurreccionarlos contra los grandes y los ricos.

El Hijo de María responde de antemano á tan detestables sofismas. Reune, es cierto, en derredor de su pesebre á los grandes con los pequeños, á los reyes de Oriente con los pastores de Belém; pues en efecto, ante Dios ¿cómo ha de haber acepcion de personas? No, por muy necesarias que sean para la conservacion de la sociedad, y por consiguiente, por muy queridas que sean de Dios las distinciones humanas, no tienen valor á sus ojos, apreciándolas únicamente bajo otros conceptos.

Avisados por un signo celestial del nacimiento del Mesías, tres reyes que llegaban de Oriente imitaron la fidelidad de los pastores, y fueron desde el interior de la Caldea á poner á los piés del Niño Jesus el homenaje de sus adoraciones. Los pastores habian ofrecido los humildes obsequios de la pobreza; los reyes presentan al Señor los dones de su régia opulencia; y llenos de una fé no menos viva y mas meritoria quizá que la de los pastores, reconocieron en un pobre Niño, oculto en el fondo de un establo, al Dios Salvador prometido y esperado desde el principio del mundo. Prosternados en su presencia, ofreciéronle incienso, oro y mirra: incienso, como á Dios; oro, como á Rey; y mirra, como á hombre y víctima.

La tradicion cristiana nos ha conservado los nombres de estos santos reyes: Gaspar, Melchor y Baltazar, los cuales no pertenecian al pueblo judío. Eran no solamente reyes, sino magos, título que daban en Oriente á los que se dedicaban al estudio de las letras. Es decir, que llevaban á Jesus recién nacido las primicias de las naciones, de la ciencia y de la magestad.

§ IX.

Ocho dias despues de su nacimiento fué circuncidado el Niño con arreglo á lo prescrito en la ley de Moisés. José y Maria le dieron el nombre misterioso que les habia sido ordenado por el cielo: JESUS.

Jesus quiere decir *Salvador*, y es nombre de misericordia y de perdon.

José fué quien circuncidó al Niño; ceremonia simbólica en que se derramaba sangre, y que recordaba que el Hijo de Dios, debia hacerse hijo de Adán para salvar á los hombres. Así, pues, José, imágen verdadera del Padre Celestial que nos amó tanto que nos dió á su Hijo Unigénito como víctima expiatoria, hizo correr las primeras gotas de aquella sangre divina que debe consumir nuestra redencion.

Ciertamente Jesus, maestro de la ley, y ley viva del cielo y de la tierra, no estaba sugeto á la ley de Moisés su siervo; pero siendo preciso cumplir toda justicia, convenia que llevase la marca, así como debia llevar el castigo del pecado.

§ X.

Los malos no aman á Jesucristo; así se explica cómo la vida del Salvador no fué mas que una persecucion incesante.

Herodes, rey de Jerusalem, á quien la llegada de los Magos habia revelado el nacimiento del Rey misterioso que el mundo esperaba, participó del error popular respecto al Mesias, y creyó que este último apareceria como un conquistador y con un poderío todo exterior y mundano. Temió entónces perder el trono, y con ánimo de destruir al rival que temia, ordenó que fuesen degollados todos los niños de Belém.

Pero solo se salvó el que se deseaba sacrificar al furor del tirano. Advertido José sobrenaturalmente del riesgo, tomó al Niño y á su madre, y segun Dios se lo habia mandado, huyó á Egipto.

La santa familia permaneció allí dos años y medio hasta la muerte del perseguidor,

la cual acaeció el 25 de Marzo, tres años despues de la Encarnacion.

Las tradiciones cristianas y judáicas mas antiguas nos dicen que muchas familias de la Judea huyeron por este tiempo para evitar la crueldad de Herodes. Fijáronse casi todas, así como tambien Jesus, María y José, en una pequeña ciudad próxima á Menfis y habitada en otro tiempo por judíos. El nombre de este lugar, nombre tal vez profético, era *Luz* ó *Sol*; habian vivido en él el patriarca José, hijo de Jacob y Moisés, el libertador y legislador del pueblo de Israel, figuras bien manifestas ambos del único Salvador, Libertador y Legislador del verdadero Israel, que llegaba entónces á aquella misma ciudad, ocultando bajo el velo de su tierna infancia la magestad de su gloria.

El dulce recuerdo de la mansion del Niño Jesus nos ha sido conservado por aquellos famosos *terapéutas* ó solitarios, tan célebres en los primeros siglos de la Iglesia por su santa vida solitaria, y á quienes estableció el evangelista san Márcos, apóstol del Egipto, en aquellos lugares santificados.

Al cabo de dos años y medio de ausencia, José y María volvieron á Nazareth, á guardar allí oculto su tesoro.

Nazareth.

§ I.

El Hijo de Dios vivió los treinta primeros años de su vida, ignorado del mundo en la pequeña ciudad de Nazareth.

Allí ejerció el humilde y penoso oficio de carpintero, á imitacion de San José su padre adoptivo; mostrándose todavía en los primeros años del siglo II un arado, obra segun se decia, de sus divinas manos.

Antes de enseñar la penitencia, la humildad y el respeto á los que mandan, Jesus empezó dándonos el ejemplo. Santificaba el trabajo, que despues del pecado, llegó á ser el castigo del hombre; y nos dió, callan-

B^a 11 Q. es J^o

003907

la cual acaeció el 25 de Marzo, tres años despues de la Encarnacion.

Las tradiciones cristianas y judáicas mas antiguas nos dicen que muchas familias de la Judea huyeron por este tiempo para evitar la crueldad de Herodes. Fijáronse casi todas, así como tambien Jesus, María y José, en una pequeña ciudad próxima á Menfis y habitada en otro tiempo por judíos. El nombre de este lugar, nombre tal vez profético, era *Luz* ó *Sol*; habian vivido en él el patriarca José, hijo de Jacob y Moisés, el libertador y legislador del pueblo de Israel, figuras bien manifestas ambos del único Salvador, Libertador y Legislador del verdadero Israel, que llegaba entónces á aquella misma ciudad, ocultando bajo el velo de su tierna infancia la magestad de su gloria.

El dulce recuerdo de la mansion del Niño Jesus nos ha sido conservado por aquellos famosos *terapéutas* ó solitarios, tan célebres en los primeros siglos de la Iglesia por su santa vida solitaria, y á quienes estableció el evangelista san Márcos, apóstol del Egipto, en aquellos lugares santificados.

Al cabo de dos años y medio de ausencia, José y María volvieron á Nazareth, á guardar allí oculto su tesoro.

Nazareth.

§ I.

El Hijo de Dios vivió los treinta primeros años de su vida, ignorado del mundo en la pequeña ciudad de Nazareth.

Allí ejerció el humilde y penoso oficio de carpintero, á imitacion de San José su padre adoptivo; mostrándose todavía en los primeros años del siglo II un arado, obra segun se decia, de sus divinas manos.

Antes de enseñar la penitencia, la humildad y el respeto á los que mandan, Jesus empezó dándonos el ejemplo. Santificaba el trabajo, que despues del pecado, llegó á ser el castigo del hombre; y nos dió, callan-

B^a 11 Q. es J^o

003907

do, obedeciendo y trabajando, la leccion quizá mas difícil de todo el Evangelio.

Propensos como somos al orgullo, creemos siempre que la santidad está en proporcion del brillo de nuestras obras, buscando así, sin advertirlo, la gloria que procede de los hombres ántes que la que emana de Dios. Pues bien, Jesus, María y José en esa vida tan oscura, monótona y al parecer tan inútil que pasaron largos años en Nazareth, son una condenacion viva de tan perjudicial error.

Hacer bien las cosas pequeñas, santificar con un amor grande y una perfecta pureza de intencion el trabajo cotidiano, las penalidades y los oficios comunes de la vida, orar, vivir con poco y amar mucho; tal es el fondo de la santidad cristiana y del verdadero servicio de Dios.

No sin grave razon, pues, el Espíritu Santo, al dictar los Evangelios, guarda silencio sobre la vida de Jesucristo en Nazareth; silencio mas instructivo que todas las palabras, y mas elocuente que todos los discursos.

No es posible figurarse lo que debió ser para María y José aquella divina conversacion, aquella escuela de perfecta santidad. El mismo Niño Jesus enseñaba á su Padre y á su Madre explicándoles los secretos de

Dios "que nadie conoce sino es el Hijo, y aquel á quien el Hijo se digna revelarlos."

María y José son, pues, los primeros modelos y patronos de la vida religiosa en que el alma contemplativa presta dócil oído á la voz secreta de Jesus, uniendo á la contemplacion el humilde trabajo. ¡Dichosas las almas á quienes Dios llama de este modo á servirle en santo y oscuro retiro, porque ellas han escogido la mejor parte.

A los doce años de edad empezaban los hijos de los Israelitas á tomar parte en las prácticas públicas de la ley de Moisés. Aun en nuestros mismos tiempos va acompañando este día de los judíos de ciertas solemnidades.

Cuando Jesucristo cumplió aquella edad, José y María le condujeron al templo de Jerusalén para las solemnidades de la Pascua; y el velo misterioso que oculta la juventud del Salvador, se entreabre entónces por un día.

Después de haber cumplido los ritos de la ley, la Santa Familia abandonó la ciudad en medio de una de esas carabanas que en la época de las festividades llenaban los caminos de la Judea.

Al fin de la primera jornada, José y María no hallan á Jesus, que habian creído

estaba entre ellos. Vuelven atras, le buscan y le hallan en una de las naves del templo enmedio de los Doctores de la ley, que maravillados de la extraordinaria sabiduría de sus palabras, le habian hecho sentar contra la costumbre establecida en una de sus sillas. Esplicábales la ley y respondía á sus preguntas.

"Hijo mio, le dice María, ¿por qué haz obrado así con nosotros? Yo y vuestro padre os buscábamos llenos de pesadumbre."

Era la Madre la que hablaba á su Hijo. Dios responde á la muger:

"¿Por qué me buscabais? ¿Ignorais acaso, que debo emplearme en el servicio de mi Padre?"

Y levantándose los siguió, juntando de este modo la accion humana á la divina, la sujecion humilde de Hijo de María á la independencian de Hijo de Dios.

La mayor parte de los protestantes, movidos por una antipatía que no se comprende contra la dulce y casta Madre del Salvador, se apoderan como de un hallazgo de esta respuesta de Jesus, para esplicarla allá á su modo, gracias á la libre interpretacion de las Escrituras, con el fin de rebajar á la Santísima Virgen y mofarse de la veneracion que le tributa la Iglesia.—"Es una

muger como las demas, dicen, ignorante de los misterios de Jesucristo, instrumento pasivo de la Encarnacion, y desechada por El desde que cumplió su mision."

Pero una tradicion de diez y ocho siglos protesta contra los reformadores, y dá una interpretacion mas digna de aquellas palabras de Jesus á su Madre. Aquí, lo mismo que en las bodas de Caná y en la Sinagoga de Cafarnaum, Jesus responde á la Santísima Virgen no *con dureza*, sino de un *modo divino*. Quiere hacernos comprender, mejor quizá que á María, que su mision divina es infinitamente superior á los deberes de Hijo, y que en las cosas que pertenecen á su Padre no conoce otra voluntad que la de su Padre.

El misterio de la Santísima Virgen está, por otra parte, muy intimamente unido al misterio de la Redencion, para que no debieran reproducirse en aquel todos los caracteres de este. María vive oscurecida y humillada porque Jesus vive oscurecido y humillado; y de esta manera participa tambien del anonadamiento de Jesus, el cual no tuvo otro motivo para negarle la gloria y el honor, que el que tuvo para negárselo á sí mismo.

Obedeciendo á la voz de sus padres, Jesus Niño abandonó el templo para no volver á

el mas durante diez y ocho años; y toda su historia en tan largo período la comprendia el Santo Evangelio en aquellas solas palabras:

“Y les estaba sometido.

Algunos ingénios tan malignos como sutiles, han tratado de sacar partido de este período de la vida de *Jesus*: queriendo los tales buscar fundamentos á su incredulidad, han venido á descubrir, al cabo de diez y ocho siglos, que *probablemente y sin ninguna duda*, *Jesus* se habia hecho iniciar durante su adolescencia en los misterios ocultos del Egipto ó en la doctrina mística de los Escenios, y que de estas fuentes habia sacado su sabiduría y su poder.

Aun cuando accediésemos á esta hipótesis, sus esfuerzos no habrian adelantado mucho, pues ni los monasterios escenios ni todos los misterios de Egipto alcanzan de ningun modo á esplicar los milagros y las palabras de Cristo tan manifestamente sobrenaturales y divinas.

Pero estas suposiciones tan añejas ya de los incrédulos, no solo son gratuitas, sino contrarias á todas las antiguas tradiciones históricas y religiosas. Publico y notorio era en los primeros siglos, y los paganos se lo hechaban en cara á nuestros padres, que

Jesus habia sido carpintero y que habia pasado los años de su juventud en el humilde taller de Nazareth, fabricando instrumentos de labor, y atenido al trabajo de sus manos.

§ II.

En este intervalo murió José en Nazareth, habiendo sido el modelo más acabado de la vida retirada, pues que su muerte, lo mismo que su vida, son desconocidas del los hombres. La Iglesia, sin embargo, le coloca en su liturgia ántes de San Pedro, Vicario de Jesucristo. ¡Consuelo poderoso para tantas existencias ignoradas y aun despreciadas, y que por lo mismo, son tanto mas preciosas á los ojos de Dios!

Muriendo San José ocultamente en brazos de *Jesus* y de María, es por lo mismo el protector especial de los moribundos.

La Iglesia Santa nos enseña que José conservó el tesoro de una castidad perfecta. La virginidad parece ser la aureola de *Jesus*: todo lo que se le acerca, es puro y casto. El mismo es vírgen, su Madre vírgen su padre lo es tambien, y lo mismo su predilecto discípulo, á quien la antigüedad cristiana llama *el discípulo vírgen*. ¿Qué tiene

pues, de extraño que éxija la Iglesia en sus Ministros la misma pureza?

Algunos blasfemos han osado atacar la virginidad perpétua de María. Alegando, sin comprenderlo, un pasaje del Evangelio que habla de los *hermanos* de Jesús; osan acusar á la Virgen de una profanacion, tan indigna de la Madre de Dios como del mismo Hijo de Dios.

En Oriente, segun uso inmemorial, se llamaba, y aún en nuestros dias se llama con el nombre de *hermano* á todos los parientes próximos. Los *hermanos* de Jesús de que habla el Evangelio, y Santiago, que se llamó *hermano del Señor*, eran hijos de una hermana de la Virgen Santísima, mayor que ella en edad veinte años, esposa de Cleofas, y que estuvo con ella al pié de la Cruz.

Profetizada por Isaias, y consignada en el Símbolo de los Apóstoles, la virginidad de María, fué siempre desde su origen un artículo de fé en la Iglesia.

Por aquí puede conocerse la gran razon con que dice un autor célebre, "que un mediano conocimiento aleja frecuentemente de la fé, al paso que el conocimiento perfecto conduce siempre á ella."

El Precursor y el Desierto.

§ I.

Habian transcurrido treinta años de la vida retirada de Jesucristo, y se acercaba el tiempo en que iba á mostrarse en el mundo.

Pero ántes de darse testimonio así mismo, debía, segun un vaticinio que todo el pueblo judío conocia, recibir el testimonio del último profeta que habia de precederle y anunciar sus caminos.

Habiase presentado ya este Profeta precursor del Mesías; y retirado en una soledad á las márgenes del Jordan, empezaba á pre-

pues, de extraño que éxija la Iglesia en sus Ministros la misma pureza?

Algunos blasfemos han osado atacar la virginidad perpétua de María. Alegando, sin comprenderlo, un pasaje del Evangelio que habla de los *hermanos* de Jesús; osan acusar á la Virgen de una profanacion, tan indigna de la Madre de Dios como del mismo Hijo de Dios.

En Oriente, segun uso inmemorial, se llamaba, y aún en nuestros dias se llama con el nombre de *hermano* á todos los parientes próximos. Los *hermanos* de Jesús de que habla el Evangelio, y Santiago, que se llamó *hermano del Señor*, eran hijos de una hermana de la Virgen Santísima, mayor que ella en edad veinte años, esposa de Cleofas, y que estuvo con ella al pié de la Cruz.

Profetizada por Isaias, y consignada en el Símbolo de los Apóstoles, la virginidad de María, fué siempre desde su origen un artículo de fé en la Iglesia.

Por aquí puede conocerse la gran razon con que dice un autor célebre, "que un mediano conocimiento aleja frecuentemente de la fé, al paso que el conocimiento perfecto conduce siempre á ella."

El Precursor y el Desierto.

§ I.

Habian transcurrido treinta años de la vida retirada de Jesucristo, y se acercaba el tiempo en que iba á mostrarse en el mundo.

Pero ántes de darse testimonio así mismo, debía, segun un vaticinio que todo el pueblo judío conocia, recibir el testimonio del último profeta que habia de precederle y anunciar sus caminos.

Habiase presentado ya este Profeta precursor del Mesías; y retirado en una soledad á las márgenes del Jordan, empezaba á pre-

dicar la penitencia, el advenimiento cercano del Salvador y el reino de Dios. La fama de su santidad habíase difundido en toda la Judea. Llamábanle Juan, por sobrenombre *Bautista* ó *el bautizante*, á causa del bautismo de penitencia que administraba en las aguas del Jordán. No era, pues, este el bautismo propiamente dicho, sino una ceremonia expiatoria destinada á figurar de antemano el Sacramento de la regeneración.

Movidos á penitencia el mayor número de sus oyentes, confesaban sus pecados y se preparaban á recibir dignamente al Mesías: Juan Bautista era hijo del Sacerdote Zacarías y de Isabel, parienta de la Virgen, y pertenecía á la estirpe sacerdotal de Aaron. El era el que había saltado en el seno de su madre al aproximársele la Virgen en el día de su visitación.

§ II.

"En cuanto á mí decía Juan Bautista, á las turbas que le escuchaban, os bautizo en el agua; pero vendrá uno mas poderoso que yo, á quien no soy digno de desatar las correas de sus zapatos. El os purificará en el fuego y en el Espíritu Santo."

La austeridad increíble de su vida hizo pensar, sin embargo, á algunos en Jerusalem que era tal vez el Cristo que todos esperaban.

¿Quién eres tú? preguntáronle varios Sacerdotes y Levitas enviados al efecto: ¿qué nos dices de tí mismo?

Y Juan Bautista declaró solemnemente que no era él el Cristo, sino su Precursor, la voz anunciada por Isaías, que exclamaba en el desierto: "¡Preparad los caminos del Señor!" "Existe uno en medio de vosotros, añadía, á quien no conocéis ese es el que debe venir despues que yo, y que ha sido engendrado ántes de mí, por que es superior á mí."

Y Juan daba testimonio de su Maestro á quien él mismo esperaba, y á quien aun no había visto. Confundido humildemente entre las turbas, aproximóse Jesús á Juan para recibir el Bautismo, y como subiese luego del agua un brillante resplandor, los envolvió á ambos; una forma luminosa, semejante á una paloma, se puso sobre la cabeza de Jesús, y sonó una voz por todos oída, que decía: "Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mi complacencia. Juan Bautista se postró en seguida ante El y le dijo: "¿Qué, Señor, queréis que yo os bautise?"

¿No sois vos quien con mas razon debe bautizarme?—No: respondió Jesucristo, es necesario que cumplamos toda justicia.”

Despues de haber sido Jesus bautizado, se retiró al desierto. Habiale designado como al Mesías el último de los Profetas: el Padre celestial le habia proclamado su Hijo unigénito en quien tenia todas sus complacencias, y El mismo, con la pública humillacion de su bautismo, se habia proclamado el Penitente universal y la gran víctima cargada con los pecados del mundo.

§ III.

La penitencia es consecuencia del pecado. Jesus, apesar de ser la inocencia y la santidad misma se obliga á la penitencia tomando sobre sí la expiacion del pecado; y su carne sagrada se prepara para el ayuno y los padecimientos al sacrificio supremo de la inmolacion.

Ayuna por espacio de cuarenta dias en el desierto y realiza en sí la antigua y profética figura del macho cabrío, emisario cargado por el Sumo Sacerdote con la maldición debida á todos los pecados de Israel.

¡Notable coincidencia! Cumplíase esta ceremonia en Jerusalem en la misma época en que Jesus, inocente cordero de Dios, se retiró al desierto para llorar allí nuestros pecados.

Tipo perfecto de la penitencia de los cristianos, Jesus ofreció de este modo el primero á su Iglesia el ejemplo y la leccion de la mortificacion de la carne.

Mas aun: dá el ejemplo de la victoria que la carne debe alcanzar con él y por El en la gran lucha que compendia la historia de la humanidad.

Para hablar con propiedad, Jesus cuenta solamente un enemigo, y ese es el primero de sus servidores, que se habia rebelado contra El desde el origen de los tiempos, arrastrando en su pecado un número inmenso de espíritus celestiales, y disputando al Hijo de Dios el corazon del hombre, su tesoro mas preciado.

Desde Adán que sucumbió, hasta el Antecristo que con Satanás será arrojado de este mundo, esta lucha gigantesca aparece bajo mil formas, y constituye la historia de la Iglesia; siendo imposible al hombre que no conoce su secreto, comprender nada de la historia de la humanidad, no ménos que de la vida de Jesucristo.

Y en efecto ¿cómo puede ser Jesus Salvador de los hombres, si no es dándoles la facultad de vencer al enemigo de su salvacion y siendo el primero en triunfar de él?

En medio de los elementos sensibles de que ellos disponen, los demonios, del mismo modo que los ángeles buenos, pueden aparecer bajo una forma exterior. Satanás, pues, apareció á Cristo en el desierto; y viéndole humillado con tan gran penitencia, tomándole como al Santo de Dios, y no como á Dios mismo, intentó poner á prueba por un triple esfuerzo la fidelidad del Hijo del Hombre.

La primera tentacion de Jesucristo correspondió á la tentacion de Adán; "Si tú eres el Hijo de Dios, le dice el demonio, conviérte estas piedras en pan."—"El hombre no vive solo de pan; respondió Jesus, sino de la palabra que sale de la boca de Dios.

El mismo era esa palabra, ese Verbo eterno de Dios, vida y verdadero alimento del hombre, lo cual habia olvidado Adán.

Del mismo modo Jesus fué tentado del orgullo y de la ambicion; y su triple victoria, cubriendo la triple derrota de Adán y de todos sus hijos, es el secreto de todas nuestras victorias sobre el mismo espíritu

tentador. Nosotros somos en verdad miembros del Cristo, y cuando nos unimos á El por la fé y el amor, participamos de su poder.

Jesus abandonó el desierto, y volvió á Nazareth. La luz del mundo aparecia en fin en el horizonte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECAS



Vida pública y manifestación de Jesucristo.

Llámase vida pública de Jesucristo al conjunto de sus obras y de sus palabras durante los tres años que transcurrieron desde su salida del desierto hasta el día de su pasión.

Este espacio de tiempo es muy corto; pero tampoco había necesidad de que durase mas. Jesucristo debía aparecer sobre la tierra tan solo para sembrar la vida y servir de base al edificio viviente y espiritual que iba á elevar, su Iglesia. No hizo mas que pasar para hacerse seguir, para llevarnos en pos de El, de lo visible á lo invisible, de la tierra al cielo, entrando en el seno de su

Padre, despues de haber cumplido su obra de salvacion y de vida.

Empezó Jesus por elegir doce discípulos á quienes llamó sus *apóstoles*, es decir, *enviados*, pobres todos, sin ninguna ciencia humana; pero sencillos y temerosos de Dios. El primero fué un pescador, llamado Simon, á quien Jesus apellidó Pedro.

Estos doce hombres siguieron constantemente á Jesucristo, fueron testigos de sus acciones, de sus milagros, de toda su vida; y uno de ellos, San Juan, el mas querido de Jesus, pudo decir á los primeros cristianos: "lo que os enseñamos, lo hemos visto con nuestros propios ojos, y lo hemos tocado con nuestras propias manos."

Para confirmar la fé de estos doce Apóstoles que Jesucristo eligió, fué para lo que principalmente hizo su primer milagro de convertir en las bodas de Cana el agua en vino á ruegos de su santa Madre.

Seguido de sus apóstoles, recorrió por espacio de tres años las ciudades y campos de la Judea, de la Samaria y de la Galilea, manifestando á todos su poder divino con innumerables milagros, de los cuales los Apóstoles han consignado los mas notables en el libro de los Evangelios.

Curaba á los enfermos poniéndoles las

manos, daba vista á los ciegos, oído á los sordos y vigor á los paralíticos. Evangelizaba á los pobres, consolaba á los afligidos, bendecía á los niños, llamaba á sí á todos los que padecían y no eran amados. Con una misericordia que rebosaba santidad reanimaba á los débiles, convertía á los pecadores, enseñaba la humildad y la mansedumbre.

Inflexible para con el orgullo y la hipocresía, estimatizaba en público la secta de los Fariseos y Escribas, cuya justicia era toda exterior, y los cuales contribuían poderosamente á estraviar al sencillo pueblo del verdadero servicio de Dios.

Iba de ordinario acompañado de un gentío inmenso, ávido de su santa palabra, al cual esponía los consejos y preceptos de la Religion de Dios; desfigurada por las falsas tradicciones. Maestro de una ley mas perfecta, enseñaba el amor de Dios y el amor del prójimo, el perdon de las injurias, la misericordia para con los pobres, la humildad y el cordial desasimiento de las cosas del mundo.

Perseguido por la envidia de los Fariseos, á quienes arrancaba su máscara de hipocresía, y los cuales no podían negar su santa vida ni sus obras milagrosas, se vió Jesus muchas veces obligado á huir de ciu-

dad en ciudad y hasta el desierto. En estas ocasiones anunciaba á sus Apóstoles que seria vendido por uno de ellos, entregado á sus enemigos, abofeteado, colmado de ultrages, condenado á muerte y crucificado; que por este medio salvaria al mundo y se atraeria al universo desde lo alto de la cruz, que al tercer dia resucitaria por su propio poder y les enviaria á predicar la salvacion por toda la tierra.

La resurreccion de un hombre muerto hacia cuatro dias, llamado Lázaro habiendo atraído á Jesus un considerable número de discipulos, fué causa de que al terminar el tercer año, los fariseos y los príncipes de la sinagoga se resolviesen al cabo á hacerle parecer como seductor del pueblo y como blasfemo. Al efecto, sobornaron á uno de los discipulos llamado Júdas el cual le entregó la víspera de la Pascua, dando allí principio los dolores de la pasion, de que pronto vamos á hablar.

Siendo lo que mas nos importa por ahora, el que el mismo Jesus nos dé la respuesta á esta cuestion fundamental, *¿quién es Jesucristo?* necesario nos es examinar el Evangelio y buscar allí con una sinceridad ilustrada al par que sencilla, la solucion de este gran problema.

Jesus, Hijo de Dios.—¿Qué es lo que
Él dice de Si mismo?

§ I.

Cuando deseamos saber qué es un hombre? parece natural interrogarle ante todo del modo que los judíos á Juan Bautista: *¿Quién eres tú? ¿Qué dices de tí mismo?* para ver en seguida si sus obras y su vida toda están acordes con su respuesta.

Tal vino á ser la cuestion que propusieron á Jesus sus doce Apóstoles, sus discipulos, sus enemigos y sus jueces, á la cual satisfiso el Salvador con una claridad verdaderamente aterradora para los que no creían en él.

dad en ciudad y hasta el desierto. En estas ocasiones anunciaba á sus Apóstoles que seria vendido por uno de ellos, entregado á sus enemigos, abofeteado, colmado de ultrages, condenado á muerte y crucificado; que por este medio salvaria al mundo y se atraeria al universo desde lo alto de la cruz, que al tercer dia resucitaria por su propio poder y les enviaria á predicar la salvacion por toda la tierra.

La resurreccion de un hombre muerto hacia cuatro dias, llamado Lázaro habiendo atraído á Jesus un considerable número de discipulos, fué causa de que al terminar el tercer año, los fariseos y los príncipes de la sinagoga se resolviesen al cabo á hacerle parecer como seductor del pueblo y como blasfemo. Al efecto, sobornaron á uno de los discipulos llamado Júdas el cual le entregó la víspera de la Pascua, dando allí principio los dolores de la pasion, de que pronto vamos á hablar.

Siendo lo que mas nos importa por ahora, el que el mismo Jesus nos dé la respuesta á esta cuestion fundamental, *¿quién es Jesucristo?* necesario nos es examinar el Evangelio y buscar allí con una sinceridad ilustrada al par que sencilla, la solucion de este gran problema.

Jesus, Hijo de Dios.—¿Qué es lo que
Él dice de Si mismo?

§ I.

Cuando deseamos saber qué es un hombre? parece natural interrogarle ante todo del modo que los judíos á Juan Bautista: *¿Quién eres tú? ¿Qué dices de tí mismo?* para ver en seguida si sus obras y su vida toda están acordes con su respuesta.

Tal vino á ser la cuestion que propusieron á Jesus sus doce Apóstoles, sus discipulos, sus enemigos y sus jueces, á la cual satisfiso el Salvador con una claridad verdaderamente aterradora para los que no creían en él.

Si tú eres el Cristo, dínoslo; preguntá-
banle un día los judíos congregados en el
Templo y en el pórtico de Salomón.

—Yo os hablo, les respondió; y vosotros no
me creéis. Los milagros que he hecho en
nombre de mi Padre, dan testimonio de mi.
Mi Padre y Yo somos un solo ser.

Irritados al ver á un hombre pobre y sin
prestigio producirse ante ellos como Cristo
y Dios á un mismo tiempo, y á cuya veni-
da veían ligadas esperanzas tan ambicio-
sas como descabelladas, indignanse con esta
respuesta, y buscan piedras para apedrear
á Jesus.

¿Por qué, les dice inalterable, quereis
apedrearme?

—Por que eres un blasfemo, y por que no
siendo mas que hombre, quieres hacerte pa-
sar por Dios.

§ II.

Hallándose Jesus en otra ocasion en el
Templo, acababa de perdonar á la muger
adúltera; y los fariseos indignados de su po-
der y de una misericordia que no compren-
dian, preséntanle nuevas cuestiones, con
propósito deliberado de no creer en El.

Hay realmente dos maneras de interrogar á
Jesus, una sencilla é ingénua, como la del
que busca la verdad y por consiguiente la
halla presto; otra soberbia y despreciativa,
ó al menos curiosa, en la que no se busca á
Dios, porque no se le busca con amor.

En medio de esta turba que le acosa ex-
clama Jesus:

—*Yo soy la voz del mundo:* el que me
sigue no anda en tinieblas, antes bien tendrá
la luz de vida.

—Tu testimonio es falso, responden los
fariseos, porque tú eres el único que das tes-
timonio de tí mismo.

—Vosotros no sabeis, respóndeles Jesus,
de donde procedo ni adonde voy. En cuan-
to á mí, lo sé, y me doy testimonio á mí
mismo; porque no soy solo, y mi Padre que
me ha enviado, está conmigo y da tambien
testimonio de mí.

—¿Y dónde está tu Padre?—le dicen.

—Vosotros no conocéis ni á Mí ni á mi
Padre, respondió Jesus: si me conociéseis
á Mí, tambien conoceriais á mi Padre.

—¿Quién eres tú, pues?—exclamaron.

—*El principio de todas las cosas, Yo, el
que os habla.* ¡Abraham, vuestro padre, ha
deseado ardientemente verme, me ha visto
y se ha regocijado!

—¡Cómo! replicaron los judíos, aun no tienes cincuenta años, y ¿has podido ver á Abraham?

Y Jesús les dijo:

—En verdad, en verdad os digo: *antes que Abraham fuese, soy Yo.*

Antes que Abraham fuese, soy Yo. ¡Qué palabras! No dice *Yo era*, sino *Yo soy*; como en otro tiempo en el desierto á Moisés: "*Yo soy el que es....*"

§ III.

Estando Jesús en Nazareth, presentándole un paralítico recostado en un pobre lecho. Era sábado, día que con tanta escrupulosidad se guardaba entre los judíos.

Viendo Jesús la fé de aquellos infelices, dice al paralítico: "Hijo mío, ten confianza, tus pecados te son perdonados."

Entonces muchos Escribas que se hallaban presentes, dicen entre sí: "Este hombre blasfema. ¿Quién puede perdonar los pecados, sino es Dios solo?"

Pero Jesús, penetrando sus pensamientos, les dice: "¿Qué cosa es mas fácil de decir á este enfermo? ¿Tus pecados te son perdonados, ó levántate y anda? Pues para que se-

país que el Hijo del Hombre tiene el poder de perdonar los pecados: levántate (dice al paralítico,) toma tu lecho y anda!"

Y levantándose en efecto el paralítico, cargado con su lecho, se fué á su casa.

Léjos de mostrarse convencidos los fariseos murmuraron contra Jesús por haber curado en sábado al enfermo. ¡Hombres de duro corazón y de espíritu mezquino, que anteponen la observancia de las prácticas exteriores á la ley suprema de la caridad!

Por eso, sin duda, Jesús curaba á los enfermos precisamente en sábado, y se contentaba con responder á las murmuraciones de los judíos: "El que os habla, es mayor que el templo, y el Hijo del Hombre es el Señor mismo del sábado."

Palabras notabilísimas, porque para los judíos Dios solo era superior al templo; y aquel solo era Señor del sábado, que se lo habia impuesto en un principio al primer hombre, y despues á Moisés, en memoria de la creación.

§ IV.

Al dirigirse Jesús por primera vez á Jerusalem, despues de la festividad de la Pascua,

uno de los gefes de la Sinagoga: el sábio Nicodemus, vino al anocheecer á buscarle secretamente, diciéndole.

—“Maestro, conozco claramente que sois enviado de Dios, porque nadie puede hacer los milagros que vos haceis, si Dios no está con él.”

Y Jesus, despues de haberle hablado del Espíritu Santo, único que puede dar la inteligencia de las cosas de Dios.

—Nadie, le dice, ha ascendido al cielo sino aquel que ha descendido del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo. Y así como Moisés elevó la serpiente en el desierto, es preciso que del mismo modo el Hijo del Hombre sea elevado en la Cruz, para que todo el que crea en El, no perezca, sino tenga la vida eterna. Porque Dios ha amado tanto al mundo, que le ha dado á su Hijo Unigénito, á fin de que el que crea en El, no perezca sino tenga la vida eterna... El que cree en El, no está juzgado; mas el que no cree, lo está, porque no cree en el nombre del *Hijo Unigénito de Dios*.

Nótese bien estas últimas palabras: *Hijo de Dios*: ni Jesus, ni los judios entendian significarse meramente por ellas un hombre justo, un amigo de Dios; sino que todos sabian que ese era el nombre propio del Ver-

bo Divino, de la segunda persona de la Santísima Trinidad, del Hijo Eterno y Unigénito de Dios, Dios como el Padre y como el Espíritu Santo. Así vemos á cada paso en el evangelio que los judios motejan á Nuestro Señor por haberse querido igualar con Dios llamando á Dios *su Padre*; y luego cuando Jesus declara solamente ante Caifas que es el Cristo Hijo de Dios, vemos al Sumo Sacerdote y á los miembros todos del Consejo que desgarran sus vestidos, se tapan las orejas, llamándole blasfemo, y le condenan por unanimidad á muerte, como blasfemo sacrilego.

§ V.

Tenemos, ademas de esto, otro testimonio que el Salvador se da de sí mismo ante los judios reunidos en el templo, despues de verificado uno de sus milagros.

“En verdad, en verdad os digo, lo que hace el Padre lo hace igualmente el Hijo. El padre resuscita los muertos y los vivifica y del mismo modo el Hijo da vida á quien quiere.”

“El Padre no juzga á nadie, antes somete todo juicio al Hijo; para que todos hon-

ren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo ha enviado.

“De la propia manera el Padre tiene la vida por Sí mismo, así ha concedido al Hijo tener la vida en El, y le ha dado el poder de juzgar, porque es el Hijo del Hombre.”

¡Oh sagradas profundidades del misterio de la Encarnación, en que el Hijo de Dios, verdadero hombre y verdadero Dios, se iguala á su Padre, haciéndose, al par que su ministro y su esclavo, nuestro hermano, nuestra víctima y también nuestro juez.

§ IV.

No es menos explícito Jesús ante sus Apóstoles y sus Discípulos, que ante sus enemigos. En medio de las diversas circunstancias, hay una en que parece abrirles de par en par las puertas de su corazón, y es en el cenáculo, despues de la Santa Cena, algunas horas antes de su Pasión.

“Vosotros creis en Dios, les dice con la ternura y la solemnidad propias de un último adios.

Vosotros creis en Dios, creed, pues, en Mí

Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Si me conocéis, conocerías por tanto á mi Padre, presto le conoceréis y ya le habeis visto.”

El apóstol Felipe, el mas sencillo tal vez de los doce, no comprendiendo estas palabras le dice con asombro:

“Señor, mostrarnos al Padre, y esto nos basta.”

“¿Qué, replica Jesús; despues de tanto tiempo como estoy con vosotros, ¿no me conocéis todavía? Felipe: *el que me ve á Mí, ve á mi Padre* ¿Cómo dices tú: mostradnos al Padre? ¿No creis que *el Padre está en Mí, y que yo estoy en el Padre*? Creed al menos despues de los milagros que he obrado.”

“Si pedís alguna cosa á mi Padre en mi nombre, yo os la consederé, á fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo, y si me rogais en mi nombre, yo os escucharé.”

“El que me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y nosotros iremos á El y haremos en El nuestra morada.”

“Todo lo que es del Padre, es tambien de Mí

“El que me rechaza á Mí, rechaza al Padre.”

Finalmente, hasta en los dolores de su Pasión, en el Calvario, dando su último suspiro, Jesús afirma que es Dios: habla, promete, manda como Dios: muere conforme ha vivido. Es decir, ó es el mas osado, el mas sacrilego de los blasfemos, si no es lo que dice ser; ó si es lo que dice ser, no hay duda en que es Dios *encarnado* Hijo de Dios hecho hombre, tan verdadero Dios como tan verdadero hombre.

§ VII.

Ahí teneis lo que Jesucristo ha dicho de sí mismo; lo que solo El se ha atrevido á decir desde que el mundo es mundo, y desde que los hombres hablan. Otros muchos antes y despues que El, se han presentado como enviados, como sus profetas; como ministros de Dios: sus títulos eran verdaderos ó falsos: entre los primeros se encuentra Moisés, los Profetas, los grandes Santos; entre los segundos hállanse Zoroastro, Manes, Mahoma, Lutero, Calvino y todos los iluminados de la Reforma. Ninguno, sin embargo, se ha llamado Dios; ninguno ha podido llamarse Dios. No: no está en manos del hombre enaltecerse con tan incon-

cebible orgullo ni rebajarse á tan abyecta locura.

Pues bien: Jesucristo dice constantemente de Sí que es Dios.

§ VIII.

No es esto todo. Hasta cuando no habla de su divinidad, habla siempre como Dios, y el Evangelio nos ofrece en cada página palabras inauditas, inconcebibles, que serian verdaderas extravagancias, el colmo del ridículo y del absurdo, si no fuese Dios quien las profiere.

Hallándose un día en Cesaréa pregunta en esta forma á sus discípulos.

¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?

Unos dicen, responden los discípulos, que Juan Bautista, otros que Elías, otros que uno de los Profetas.

Y vosotros, replicó Jesús, ¿quién decís que soy yo?

Entonces Simon Pedro le dice:

Vos sois el Cristo. Hijo de Dios vivo.

Jesucristo, lejos de rechazar estas palabras como de un blasfemo, las acepta amorosamente, y responde á San Pedro.

Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan

por que no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo á mi vez te digo; que tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y á ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y todo lo que atareis en la tierra será atado en los Cielos, y lo que desatareis sobre la tierra será desatado en los Cielos.

¿Qué es esto? ¡Dar un hombre á otro hombre las llaves del Reino de los Cielos! ¡Prometerle que lo que atare ó desatare sobre la tierra, será atado ó desatado en el Cielo; y disponer como Señor de la Omnipotencia de Dios!

¿Y quien es este hombre que se muestra revestido de tan soberano y absoluto poder? Para el que tiene fe y sentido comun, este hombre no puede menos de ser Dios; pero para el incrédulo, no es sino un pobre loco que habla á un pescador de Galilea tan pobre y tan loco como El.

Escuchad todavía mas. Jesus pende de la cruz, y va á morir. Uno de los ladrones crucificados á su lado, movido de arrepentimiento, le pide misericordia.

Señor, le dice, acordaos de mí cuando estuviereis en vuestro reino.

Hoy mismo, le responde Jesus, serás conmigo en el Paraíso.

Algunos dias despues, derramando su divino aliento sobre los Apóstoles en el Cenáculo, les dice.

Recibid el Espíritu Santo, los pecados que vosotros perdonáreis serán perdonados, y los que retuviéreis serán retenidos.

Finalmente, estando en el Monte de las Olivas: *Todo poder, dice, me ha sido dado en el Cielo y en la tierra.* Id, pues; enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñadlas á observar mis mandamientos, y ved que estoy con vosotros perpétuamente hasta la consumacion de los siglos.

Jamás habló de este modo hombre ni Profeta alguno.

§ IX.

Hemos mostrado pues, entre las diferentes palabras y afirmaciones de Jesus, el testimonio que dá constantemente de Sí mismo durante el curso de su vida pública.

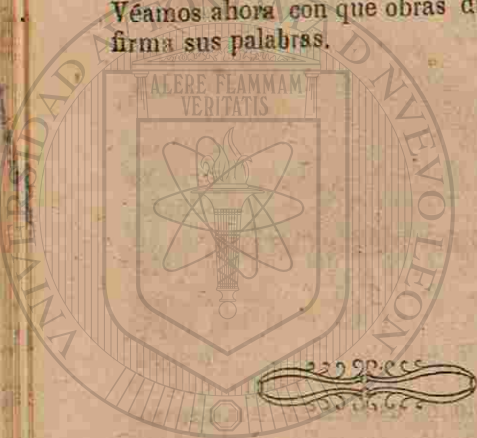
A esta gran cuestion ¿quién eres tú?

B. 13.—Q. es Jesucristo.

7.

¿qué dices de tí mismo? le hemos oído responder siempre: *Soy el Cristo, Hijo de Dios igual en todo á mi Padre, Dios hecho hombre para salvar al mundo.*

El se llama Dios. El habla como Dios. Véamos ahora con que obras divinas confirma sus palabras.



Milagros de Jesucristo.

§ I.

Un milagro es un hecho exterior que excede *evidentemente* las fuerzas de la naturaleza, es el ejercicio *extraordinario* de la Omnipotencia de Dios en el mundo.

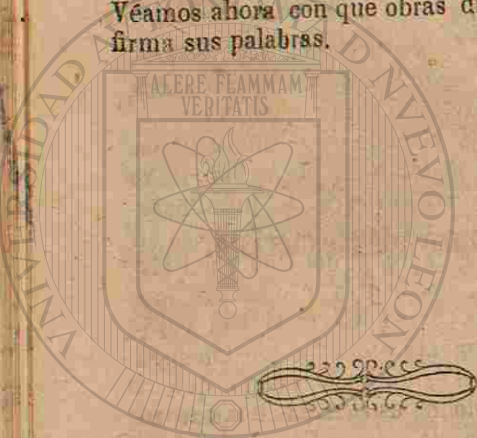
Negar la posibilidad de los milagros, es negar el poder de Dios, ó mas bien su existencia.

Siendo el milagro el sello de la divinidad (1) si Jesucristo es Dios, Jesucristo ha debi-

(1) Los nombres que han hecho milagros, los han realizado en el nombre de Dios, en el nombre de Jesucristo, Jesucristo solo ha hecho milagros en su nombre propio y por su poder personal.

¿qué dices de tí mismo? le hemos oído responder siempre: *Soy el Cristo, Hijo de Dios igual en todo á mi Padre, Dios hecho hombre para salvar al mundo.*

El se llama Dios. El habla como Dios. Véamos ahora con que obras divinas confirma sus palabras.



Milagros de Jesucristo.

§ I.

Un milagro es un hecho exterior que excede *evidentemente* las fuerzas de la naturaleza, es el ejercicio *extraordinario* de la Omnipotencia de Dios en el mundo.

Negar la posibilidad de los milagros, es negar el poder de Dios, ó mas bien su existencia.

Siendo el milagro el sello de la divinidad (1) si Jesucristo es Dios, Jesucristo ha debi-

(1) Los nombres que han hecho milagros, los han realizado en el nombre de Dios, en el nombre de Jesucristo, Jesucristo solo ha hecho milagros en su nombre propio y por su poder personal.

do hacer milagros, y como los judios de Cafarnaum, tenemos el derecho de preguntarle ¿qué milagros haceis á fin de que creamos en Vos?

Jesucristo no teme esta prueba. Sus hechos hablan mas alto aun que sus palabras.

§ II.

En la segunda mansion que Jesucristo hizo en Jerusalem para la fiesta de los Tabernáculos, seguido de sus discipulos, encontró á un pobre mendigo ciego de nacimiento.

Maestro. Dijéronle los Apóstoles, ¿qué pecado ha cometido este hombre, ó sus padres para haber cegado?

No es por que hayan pecado, respondió el Señor, sino á fin de que las obras de Dios se manifiesten en Él. mientras estoy en este mundo, soy la luz del mundo.

Habiendo dicho estas palabras, escupió en la tierra, hizo un poco de lodo con su saliva, enbarró los ojos del ciego, y le dijo:

Vé y lábete en la piscina de Siloe (1)

(1) La fuente de Siloe, en siríaco, fuente del Me-
rias.

Fué, pues, el ciego, se lavó y volvió con vista.

Sus vecinos, cuando le vieron sanado decian: No es él sino un hombre que se le parece.

Pero cómo afirmase que era él mismo: ¿Cómo le preguntaron, se han abierto tus ojos?

Ese hombre llamado Jesus, respondió, hizo un poco de barro, untó mis ojos, y me dijo "Vé á la piscina de Siloe y lávate." Fuí, me lavé y tengo vista.

Llevaronle á los Fariseos, que estaban reunidos en el Templo por ser Sábado.

Los Fariseos quedaron sobrecojidos. Interrogaron al ciego, el cual les refirió ingenuamente lo acontecido.

¿Qué dices tú, le decian, de ese que te ha abierto los ojos?

Es el Profeta, respondió.

Los Judíos dudaron entónces de que realmente aquel hombre hubiese sido ciego, y para averiguarlo llamaron á sus padres.

¿Es ese vuestro hijo, ciego de nacimiento dijéronles, ¿y cómo es que ve ahora?

Si, ese es nuestro hijo, ciego de nacimiento respondieron los padres, mas no sabemos cómo vé, ni quien le ha abierto los ojos. Preguntadle á él mismo.

Los Fariseos se miraron, pues, y le inter-rogaron nuevamente.

Dá gloria á Dios! sabemos que ese hombre es un pecador.

Si es un pecador, les dijo, no lo sé; lo que sé es que yo era ciego, y que ahora veo.

Mas como le estrechasen con nuevas preguntas: Ya os lo he dicho, respondió el mendigo, ¿queréis oírlo de nuevo? ó quereis tambien haceros sus discípulos?

Cargáronle entonces de maldiciones, diciéndole: Sé tu su discípulo; en cuanto á nosotros, lo somos de Moisés. Respecto de Jesus, decimos que ni sabemos quién es ni de dónde procede.

Es cosa bien estraña, repuso el ciego, que no sepais de dónde procede, y sin embargo haya podido abrimme los ojos. No se ha oído jamás que nadie haya dado vista á un ciego de nacimiento: si ese no fuera el hombre de Dios, no tendríá poder alguno.

Tu no eres mas que un pecador, esclamaron los Fariseos, y ¿quieres enseñarnos?

Los judíos indignados le arrojaron del Templo, y habiéndole encontrado Jesus, le dijo: ¿Crées en el Hijo de Dios?

¿Y quién es, Maestro, para que yo crea en El?

Jesus respondió: El mismo que te habla.

Créo, Señor, exclamó el mendigo, y posternándose le adoró.

§ III.

Ocurrió en seguida la entrada de Jesus, en una villa llamada Naim, yendo acompañado de sus discípulos y de una grande multitud de gentes. Al aproximarse á las puertas de la ciudad, encontró á casi toda la poblacion que iba acompañando el cadáver de un jóven, á quien iban á enterrar, hijo único de una pobre viuda.

Al ver á la pobre madre desolada, Jesus se sintió movido de compasion, y le dijo: "No llores" y acercándose al ataúd le tocó, y los que le conducian se detuvieron.

Segun costumbre de los judíos el cadáver llevaba el rostro descubierto; y Jesus dijo: "Jóven, levántate yo te lo mando."

En seguida el muerto se levantó, y empezó ha hablar, y Jesus lo devolvió á su madre.

Sobrecojidos todos de espanto exclamaron: El Gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo. El ruido de este prodigio se difundió en toda la Judea y en los países comarcanos.

A fines del primer siglo de la Iglesia, un discípulo de los mismos Apóstoles, llamado Cuadrato, en una apología del cristianismo dirigida al Emperador Adriano, citaba como testigos irrecusables de los milagros de Jesucristo á muchos de los que el Salvador habia milagrosamente curado ó resucitado, los cuales vivian aún cuando él escribía:

§ IV.

Otro milagro de Jesucristo tuvo testigos mas numerosos todavía.

Como se hubiese retirado á la Decápolis, ciudad inmediata al mar de Galilea, acudieron de todos los pueblos contiguos una multitud de gentes, y despues de tres dias de buscarle, descubriéronle sobre una montaña solitaria, rodeado de sus doce discípulos, á quienes hablaba del reino de Dios.

Movido de compasion á vista de aquella muchedumbre, fatigada del hambre y del cansancio, y viendo declinar el dia, Jesus se dirigió al Apóstol Felipe, y le dijo: ¿En dónde compraremos pan para alimentar á esta gente?

Doscientos denarios no son bastantes ni aun para dar á cada uno una migaja.

Andrés, hermano de Simon Pedro dijo:

Aquí hay un jóven que tiene cinco panes de cebada y dos peces ¿pero qué es eso para tantos?

Dijole Jesus: Mandad sentar á toda esa gente, eran cerca de cinco mil, sin contar las mugeres y los niños

Tomó Jesus los panes, y levantando los ojos al cielo, bendíjoles, los partió y dió á sus Apóstoles para que los distribuyesen á la turba.

Concluida la comida, dijo Jesus á sus discípulos: Recojed los pedazos que hayan quedado, y con ellos llenaron doce cestas.

Del propio modo que bajo la accion invisible y creadora de Dios, el grano germina en la tierra y alimenta á los hombres, así la adorable mano de ese mismo Dios Creador, hecho visible en su humanidad, multiplicaba el pan y artaba á todos.

En vista de este prodigio incomparable, esclamaban aquellas gentes: Este es en verdad el Profeta que debe aparecer en el mundo,

Por el Profeta que debe venir, los Judíos entendian el Mesías, esto esplica por qué se levantaron todos y quisieron llevarse á Jesus y hacerle Rey; por que las profecías todas relativas al Mesías anunciaban que este seria *Rey de Israel*.

Mas conociendo la intencion de aquellas gentes, el Salvador se retiró solo á orar en la montaña

§ V.

Habia mandado Jesus á sus Apóstoles que descendiesen á la costa de Betsáida, tomasen una barca y le esperasen en Cafarnaum á donde El iria á reunírseles.

Empero sobrevino de improviso un viento furioso, y al despuntar el sol apenas habian, apesar de sus esfuerzos, recorrido el espacio de treinta estadios, ó sean tres leguas. A cosa de las cuatro, vieron que Jesus andaba sobre el mar y se acercaba á la barca, lo cual hizo le tuviesen por un fantasma, y lanzaron gritos de espanto.

Pero El, dirigiéndoles acto continuo la palabra: Tened confianza, les dijo, soy yo, no temais.

Entónces le dijo Simon Pedro: Señor si sois voz, mandadme ir á donde estais.

Ven, pues, le respondió Jesus.

Pedrosalió al punto de la barca, y dió algunos pasos sobre las olas. Mas viendo la violencia del oleaje, tuvo miedo, y como que advirtiese que se undia, gritó.

Señor, Señor salvadme.

Jesus entónces le dió la mano, y le dijo: Hombre de poca fé, ¿por qué has dudado? Entrados ambos en la barca, en seguida se sosegó la tempestad y se hallaron en la playa.

Poseidos de asombro y de admiracion, los discípulos que estaban en la barca, se prosternaron á los piés de Jesus, y exclamaron:

Maestro, verdaderamente sois vos el Hijo de Dios.

En efecto, Dios permanecia, no obstante las humillaciones de su Encarnacion, Señor Omnipotente de la naturaleza: con una sola palabra apaciguó la tempestad del mar, símbolo de esas otras tempestades, harto mas profundas y deplorables que ha venido á calmar en nuestros corazones.

§ VI.

¿Será preciso citar aquí tanta multitud de interesantes milagros como el Salvador parece sembrar á su paso, y cuyo divino cómputo forma los Evangelios? La repentina curacion del ciego de Jericó, á quien Jesucristo dice: "Vé y le restituyó la vista, la de la pobre muger que de diez y ocho años de angustioso padecer, con el simple con-

tacto de los vestidos de Jesucristo sana inmediatamente: y tantas otras manifestaciones de la divinidad y del amor al mismo tiempo del buen Jesus.

Pero descuellla entre todos un milagro, el mas importante y solemne quizá de todos; pues sirvió á los Fariseos de pretexto de sus últimos conciliábulos: á saber, la resurreccion de Lázaro.

Lázaro era un hombre rico, muy amado de Jesus, y hermano de Márta y de María Magdalena.

Habitaba en Betania, á cuatro leguas de Jerusalem, y daba frecuentemente hospitalidad al Salvador y á sus Apóstoles.

Cayó enfermo Lázaro, y como sus hermanas le viésen en peligro, se lo anunciaron á Jesus, que á la sazón se hallaba en Galilea, y le dijeron:

“Señor el que amais está enfermo.”

Jesus respondió: esta enfermedad no es de muerte, sino para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

Apesar del amor que Jesucristo profesaba á Lázaro y á sus hermanas, permaneció dos días en el lugar en que se hallaba, y despues dijo á sus discípulos:

Ahora vámonos á Judea. Nuestro amigo Lázaro duerme, y voy á despertarle.

Mas si duerme ¿está curado? dijeron los Apóstoles.

Jesus respondió: Lázaro ha muerto y me alegro de no haber estado allí por vosotros, cuya fé vá á confirmarse y robustecer más y más.

Pusiéronse, pues, en camino, y al llegar Jesus á Betania, llevaba Lázaro cuatro dias de muerto y de estar depositado en el sepulcro.

Marta y María continuaban en su casa sumidas en el dolor y en el mas aservo llanto. Sus conocidos y amigos se habian quedado con ellas para compadecerlas y consolarlas.

Sabedora Marta de la proximidad de Jesus, levántase, le sale al encuentro y exclama: Señor; si hubiéseis estado aquí no hubiera muerto mi hermano.

Y Jesus le dijo: Tu hermano resucitará.

Sé, dijo Marta, que resucitará en el último dia.

Yo soy, repuso Jesucristo, *la Resurreccion y la vida*. El que cree en Mí vivirá aun cuando hubiese muerto; y aquel que cree en Mí, no morirá eternamente.

¿Lo crees tu así?

Y la fiel Maria respondió: Sí, Señor, creo que vos sois Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que ha venido á este mundo.

Apartóse Marta en seguida para llamar á María su hermana, la cual levantándose acto continuo, salió también á ver á Jesús, y arrojándose á sus pies, le dijo.

¡Oh Señor! mi hermano no hubiera muerto si hubiérais estado aquí.

Viendo Jesús que el mismo ella que los Judíos que le habían seguido lloraban, se enterneció, y conmovido su corazón, les dijo.

¿En dónde le habeis colocado?

Y ellos le respondieron, Señor, venid á verle. Y Jesús lloraba; visto lo cual por los Judíos, decían: Mirad como le amaba. Otros añadían en voz baja: ¿no podía, el que ha dado vista á un ciego, impedir que Lázaro hubiese muerto?

Jesucristo entre tanto se acercó al sepulcro, el cual era una especie de concavidad abierta en la roca y cerrada con una gran piedra.

Levantad esa piedra, dijo Jesús.

Entonces dijo Marta: Señor, ya huele mal, por que hace cuatro dias que ha muerto.

¡No te he dicho ya, replicó el Salvador, que si crees, verás la gloria de Dios?

Levantada la piedra, dirigiendo Jesús una mirada al cielo, dijo.

Padre mio, os doy gracias porque me habeis oído. Por lo que á Mi hace, se que siempre me oís, mas dígoos esto, á fin de que este pueblo sepa que me habeis Vos enviado.

Y exclamó: ¡Lázaro, sal fuera!

Levantóse el muerto inmediatamente, atado todavía de pies y manos, con las ligaduras fúnebres y cubierto el rostro con una especie de sudario.

Y Jesús dijo: Desatadle para que pueda andar.

Un número considerable de judíos que estaban presentes creyeron en Jesucristo, y en seguida el ruido que causó la resurrección de Lázaro, se difundió en Jerusalén y por toda la Judea.

Al saber esto los enemigos del Señor, se llenaron de rabia y se reunieron en Jerusalén, en casa de Caifás, Sumo Sacerdote, diciendo: es preciso tomar una resolución, *por que este hombre hace milagros, y nosotros no podemos negarlo.*

VII.

Los judíos, en efecto, como los paganos de los primeros siglos, jamás pensaron en

negar los milagros de Jesucristo. Si hubieran podido no hubieran dejado de hacerlo, y ese hubiera sido el medio mas sencillo de derribar por su base las nuevas creencias. Pero ¿cómo negar hechos realizados en medio del día, dentro de los mismos muros de Jerusalén ó de las principales ciudades de la Judea, á vista de un pueblo inmenso, y ante los mismos enemigos del Salvador?

Preciso era, sin embargo, explicar de algun modo esos milagros, en los cuales se apoyaba toda la predicacion de los Apóstoles. No pudiendo, pues negarlos, los desnaturalizaban atribuyéndolos unas veces á un poder diabólico, otras á obra de magia, y finalmente á un supuesto hurto del nombre incommunicable de Jehová, que decían haber robado Jesus en el Templo: fábulas ridículas que seria inutil refutar.

El orgullo, la falsa justicia, el interes personal y otras mil pasiones, animaban á los fariseos contra Jesucristo, con harta razon pues les pudo decir el Salvador despues de la resurreccion de Lázaro: "Aun cuando viérais resucitar á un muerto, no lo creeríais."

De esta incredulidad de una parte de los judíos resulta para todos una gran leccion, á saber: que para creer no es bastante toda-

vía ver milagros, sino que es preciso además amar la verdad, buscarla de buena fé, y tener un corazon sencillo y puro.

Llevamos demostrado que Jesus se ha llamado así propio Dios, y que ha confirmado con milagros su palabra. Réstanos ahora ver si su vida entera corresponde á sus palabras y á sus obras.





Carácter divino de Jesucristo.

§ I.

Durante los tres años de su vida pública, el Hijo de Dios predicó el Evangelio, pasó haciendo bien y enseñando, mas aún con su divina santidad, que con sus palabras y discursos.

La enseñanza de Jesús es á un tiempo mismo sublime y sencilla. Al oírle, se ve claramente que Dios es quien habla; pero quien habla para todos; para el mas humilde, como para el mas elevado: para el pueblo sencillo, como para el mas versado en la ley.

En la sinagoga de Cafarnaum, despues de haber instruido á la muchedumbre que con la mayor atencion le escuchaba, resumia en estas dos palabras, *humildad y dulzura*, las lecciones todas que acababa de dar á los hombres. "Bendígoos, Padre mio, exclamaba, por haber ocultado á los orgullosos y á los sábios las verdades que anuncio, mientras que las habeis revelado á los humildes."

"Sí, Padre mio, tal es vuestra voluntad"

"Mi Padre me ha constituido Maestro en todas cosas: nadie conoce al Hijo si no conoce al Padre; y nadie conoce al Padre si no es el Hijo, y aquel á quien el Hijo se digne revelarlo."

"Venid, pues, á mí, todos los que sufrís y estais cargados, y yo os consolaré."

"Tomad sobre vosotros mi yugo: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo de vuestras almas."

"Por que mi yugo es suave, y mi carga ligera."

Tal era la gran enseñanza en que el Divino Maestro hacia consistir toda la perfeccion de la ley: la *humildad*, es la perfeccion del amor de Dios, y la *dulzura* que es la perfeccion del amor del prójimo.

§ II.

Este propio precepto de la humildad y dulzura; es lo primero que Jesucristo recomienda en su admirable sermón de la montaña, que encierra toda la médula de la moral evangélica.

"Bienaventurados los pobres de espíritu (es decir, aquellos cuyo corazón está desprendido de las cosas terrenas,) porque de ellos es el Reino de los Cielos."

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, por que ellos serán hartos.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados."

"Bienaventurados los misericordios, por que alcanzarán misericordia."

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios."

"Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios."

"Bienaventurados, finalmente, los que padecen persecucion por (defender) la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos."

Hé aquí el código maravilloso de la san-

itud cristiana, y el único secreto de la felicidad. A estas dos virtudes fundamentales la *humildad* y la *dulzura*, desconocidas hasta entonces en el mundo, deben agregarse el celo del bien, la penitencia, la misericordia y la ternura para con los demás hombres, la pureza, la paz y la paciencia; y tendremos en compendio la vida del Divino Maestro, que no enseñaba mas que lo que El mismo practicaba.

"Vosotros sois la luz del mundo, decia á sus discípulos en este mismo discurso: vosotros sois la sal de la tierra: que vuestra luz brille ante los hombres. no por vuestra gloria, sino por la gloria de vuestro Padre que está en los Cielos.

"Si vuestra santidad no es mas sólida que la de los Escribas y fariseos, no entrareis al Reino de los Cielos."

"La ley os decia, amad á vuestros amigos y aborreced á vuestros enemigos; mas yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os dañan, y rogad por los que os persiguen.

"De este modo sereis los verdaderos hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, y que hace lucir el sol así sobre los malos como sobre los buenos.

"Si amais á los que os aman, si solo sois

buenos para con vuestros hermanos, ¿qué mérito tendréis?

¿No hacen eso mismo los paganos?

"Guardaos de la hipocresía y no hagais vuestras obras buenas para ser vistos de los hombres. Cuando deis limosna, procurad que vuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha; y vuestro Padre que ve lo oculto, os dará una gran recompensa."

"Cuando oréis y ayunéis, evitad las miradas de los hombres, y no hagáis lo que los hipócritas, que solo buscan ser estimados de ellos.

"Por lo que toca á vosotros, cuando oréis, poneos en presencia de vuestro Padre celestial y no cifreis vuestra confianza en las muchas palabras ¿No sabe acaso vuestro Padre lo que os hace falta?

Habéis de decir así:

"Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga á nos tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

"El pan nuestro de cada dia dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en tentacion, mas líbranos de mal."

De este modo hablaba Jesus, Debe ser-

virtuosos de gran consuelo, escuchar á nuestro Dios como nos señala. El mismo las peticiones que debemos dirigirle.

Misterios sin número están ocultos en esta oración del Señor, habiendo agotado todo su talento los escritores piadosos de todos los siglos para comentar las siete peticiones que contiene.

§ III.

Jesucristo nos ha dado ese amor nuevo en que el universo se abrasa, que no retrocede ante ningún sacrificio, y al que por eso se le ha llamado caridad. (1)

Amaos unos á otros como yo os amo, y repetid sin cesar, en esto se conocerá si sois mis discípulos, en que os améis unos á otros. Tal es el nuevo mandamiento que os dejo.

“No juzgueis, y no sereis juzgados; no condenéis, y no se os condenará.

“Dad á los que os pidan.

(1) Fenelon veía en ella el sello de la divinidad del cristianismo. “Cómo, dice, una Religión que se resume en dos palabras, *amor de Dios y amor del prójimo*, podría no proceder del verdadero, Dios que es todo amor?

“Si dais un vaso de agua por mi amor al último de vuestros hermanos, en verdad os digo, que no perdereis vuestra recompensa.

“Todo lo que haceis en favor del menor de vuestros hermanos, lo haceis conmigo. Tratad, pues, á los demás como quereis que se os trate á vosotros mismos, y no hagáis con ellos, lo que no quisiérais se hiciese con vosotros.

—Señor, le pregunta San Pedro, ¿si un hermano me ofende, deberé perdonarle hasta siete veces?

—Y Jesús le responde.

—No solo siete veces; sino sesenta veces siete, es decir, siempre.

Aquí es, sobre todo, donde sentimos no poder transcribir tantas páginas adorables como el Evangelio encierra, empapadas de este amor, de esta suavidad incomparables, y que dán mejor á conocer á Jesucristo como Dios, que pueden hacerlo los milagros.

§ IV.

Jesús acostumbraba valerse, para instruir al pueblo, de una forma tan accesible á todos como es la *parábola*.

A favor de familiares conversaciones y de historias sencillas, de una vulgaridad sublime, facilitaba la inteligencia de su divina doctrina. Jesucristo templaba de este modo la profundidad de su enseñanza, y difundía con medida lo que El poseía sin ella, á fin de que nuestra debilidad pudiera soportarla.

“El sembrador—decía en cierta ocasion,—salió para sembrar su grano:

“Parte de la simiente cayó enmedio del camino, y las aves del cielo la comieron,

“Otra porcion cayó en la piedra, y se secó por falta de riego.

“Algunos granos cayeron en las espinas, cuando empezaban á brotar, las espinas las sofocaron.

“El resto de la semilla cayó en buen terreno, donde produjo frutos centuplicados.

Esplicando á sus apóstoles esta parábola, les mostraba el Salvador de qué modo El mismo era el misterioso sembrador que habia salido del seno de su Padre para traer al mundo la simiente. Esta simiente es su palabra, la cual cae á veces sobre corazones soberbios y endurecidos, y el demonio se la lleva al momento: otros la reciben con alegría desde luego; pero la dejan perecer y sofocar por las locas disipaciones y por los cuidados del mundo. Finalmente, los verdade-

ros fieles reciben la palabra de Dios en los corazones puros y llenos de buena voluntad, y entonces es cuando dá al momento los frutos admirables de la santidad cristiana.

§ V.

En otra ocasion quiere Jesus, hacer comprender á los que le escuchan cuánto aborrece el orgullo, y de qué modo la humildad y el arrepentimiento acercan á Dios á los mayores pecadores, y dice:

“Dos hombres subieron un dia al templo para orar: el uno era fariseo y publicano el otro (1)

“El fariseo oraba en pié de esta manera
“¡Dios mio! te doy gracias, porque no soy como el comun de los hombres, injusto, adúltero ni ladrón, ni como ese Publicano que

[1] Los fariseos formaban una secta numerosa entre los judíos, y eran célebres por su rigidez afectada, su observancia minuciosa de los menores detalles de la ley y por una religion puramente exterior.—Los publicanos eran los recaudadores del fisco; encargados por los romanos de percibir los impuestos en la Judea. Eran tenidos, en su generalidad, por hombres desmoralizados, y muy despreciados de los judíos.

está ahí. Ayuno dos veces en la semana, y doy el diezmo de todos mis bienes.

“Y el publicano, postrado humildemente á los piés del templo, ni aun se atrevia á levantar los ojos al cielo, y dándose golpes de pecho, exclamaba:

“Tened piedad de mí, Dios mio, que soy un gran pecador.

“En verdad os digo, añadía el Señor, el publicano salió perdonado, y el fariseo mas culpado; porque todo el que se ensoberbece será humillado, y el que se humilla será exaltado.

§ VI.

Estando Jesus cierto dia en Jerusalem rodeado de publicanos y de pecadores, á quienes convertia su palabra, los escribas y los fariseos murmuraban de El, diciendo:

—¡Ved al hombre que acoje á los pecadores!

Pero El les contestó con esta lección de misericordia:

“Uno de vosotros, dice, tiene cien ovejas; una de ellas se estravia, y el dueño abandona las noventa y nueve para correr en busca de la que ha perdido; y cuando la

ha encontrado, la carga alegremente sobre sus hombros, y al volver á su casa, llama á sus vecinos, y les dice: congratuláos conmigo, porque he hallado la oveja que habia perdido.

Este buen pastor es el Hijo de Dios, que ha abandonado la gloria de su Padre y el rebaño fiel de sus ángeles para venir en medio de nosotros y salvar en su misericordia á la humanidad perdida.

§ VII.

Insistiendo mas sobre esta misericordia infinita de Dios para con el arrepentimiento, que parece compendiar todo el misterio de Jesucristo, añadía el Divino Maestro:

“Tenia un hombre dos hijos, y el mas joven dijo un dia á su padre: Padre mio dadme la parte de vuestros bienes que me pertenece.

“Y el padre se la dió.

“A poco el joven reunió sus riquezas, y se marchó á un país lejano, en donde disipó pronto sus bienes en insensatos desórdenes.

“Como sobreviniese en aquel país una grande hambre, el hijo pródigo empezó á experimentar necesidad.

"Púsose, pues, entonces al servicio de un habitante de aquel país, el cual lo envió al campo á cuidar los cerdos; y habria deseado en esta ocupacion alimentarse con las sobras de los puercos; pero nadie se atrevia á dárselas.

"Entonces, movido de arrepentimiento exclamaba: ¡Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, pues, é iré á mi padre, y le diré: Padre mío, he pecado contra el Cielo y contra vos, no soy digno de ser llamado hijo vuestro, recibidme en el número de vuestros sirvientes

"Y levantándose, partió á la casa de su padre. Este al verlo de lejos, se compadeció y corrió á él, se arrojó á su cuello y lo abrazó.

"Y como el hijo deseara pedirle perdon pronto,—dijo á sus criados, traedle su vestidura blanca, colocadle en el dedo un anillo, y ponedle las sandalias. Matemos una ternera y celebremos un festin en señal de regocijo, porque ved como he hallado al hijo que habia perdido; habia muerto y ved como ha resucitado."

Con estas dulces palabras el buen Jesus nuestro Salvador, consolaba á los pobres

pecadores, les daba valor, y restituia al aprisco las ovejas descarriadas de su padre.

Verdad es que solo para llevar á cabo esta grande obra habia descendido á la tierra: y si algo puede llamarse principal en su perfecta santidad, es sin duda su ternura, su misericordia y su amor.

§ VIII.

Acababa Jesus de entrar en el templo para instruir al pueblo, y en esto los escribas y fariseos le trajeron una muger convencida de adulterio, y colocándola en medio de aquella reunion, dijeron á Jesus:

—Maestro esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio: Moisés en la ley mandó que sean apedreadas las adúlteras: ¿vos pues, qué decís?

Conociendo la misericordia, del Salvador esperaba obtener de él una sentencia absolutoria que fuese una trasgresion clara de la ley. Pero Jesus nada respondió é inclinándose escribia con el dedo en la tierra: accion misteriosa, que no es este el lugar á propósito para explicarla.

Y como los fariseos continuasen preguntándole, se volvió á ellos y les dijo:

Aquel de entre vosotros que esté sin pecado, arrójele la primera piedra.

Confundidos con estas inefables palabras salieron unos tras otros, y Jesus quedó solo con la acusada, es decir, Jesucristo con la pecadora, el médico con la enferma, la gran misericordia con la gran miseria.

Entonces dijo Jesus.

—Mujer dónde están los que te acusaban ¿te ha condenado alguno?

—Nadie, Señor, respondió ella llena de confusion y de arrepentimiento.

—Pues bien, le dijo Jesus, yo tampoco te condenaré, véte y no peques mas.

§ IX.

Habia en Jericó un hombre rico, jefe de los publicanos y de conducta sospechosa: llamábase Zaqueo.

Como atravesase Jesus por aquella ciudad, y una turba numerosa se agolpase al paso, deseoso Zaqueo de conocer al Señor, y no pudiendo verlo por ser muy pequeño de estatura, se adelantó y subió en un sicó-

moro que se hallaba en la margen del camino por donde Jesus habia de pasar.

Con poco basta para mover el corazon de Dios: basta desear á Jesus para que El acuda á quien lo llama.

Llegado ante el sicómoro, levantó Jesucristo los ojos y vió al pecador.

—Zaqueo, le dijo, baja pronto, porque deseo hoy entrar en tu casa.

Dióse prisa Zaqueo para bajar y recibió gozoso á Jesus en su casa.

Admiráronse los judíos, murmurando y diciendo entre si:—Ha preferido la casa de un pecador.

Mas el pecador habia dejado de serlo, y Jesus no se le habia aproximado en vano.

Prosternándose, en efecto ante el Hijo de Dios, díjole Zaqueo:

—Señor, quiero dar á los pobres la mitad de mis bienes, y restituir el cuádruplo á quienes he defraudado.

Y Jesus respondió amorosamente.

—Hase levantado hoy la salud en esta casa, pues que el Hijo del Hombre ha venido á buscar y á salvar al que habia perecido.

§ X.

Hay empero en la vida de Jesucristo otra historia de misericordia, mas interesante

quizá, y aún mas célebre, á saber: el arrepentimiento y perdon de la Magdalena.

María, apellidada Magdala, en razon de un castillo que poseía cerca del lugar llamado Magdala, era hermana de Marta y de Lázaro.

Dotada de juventud, de riqueza y de hermosura, abusaba de los dones de Dios, y sus escándalos eran conocidos de todos. Movida sin duda por alguna predicacion de Jesucristo, se resolvió á cambiar de vida.

Un dia que el Señor se hallaba en Cafarnaum, en casa de un fariseo poderoso, llamado Simon, tomó María un vaso de alabastro lleno de preciosos perfumes, y entró en la habitacion donde Jesus comia con sus discípulos. Segun costumbre de los judíos, y de toda la antigüedad, los convidados se hallaban recostados en el alrededor de la mesa sobre una especie de camillas destinadas á descansar.

María Magdalena se adelantó, pues, y prosternandose sin decir palabra, á los piés del Señor, regábalos con sus lágrimas, y enjugándolos despues con su cabellera, los besaba repetidas veces, y los ungía con esquisitos perfumes.

Muy cerca está del corazon de Jesus el que se halla á sus piés.

El fariseo, entretanto, decia entre sí: Si ese fuera el Mesías, no dejaria de conocer á la mujer que le toca, y la clase de pecadora que es.

Conociendo Jesus su pensamiento, volvióse hácia él, y le dijo.

—Simon, tengo una cosa que decirte.

—Hablad, Maestro.

—Tenia un hombre, dijo Jesus, dos deudores; el uno le debia quinientos denarios, y cincuenta solamente el otro. No teniendo ninguno de ellos con que pagarlos; perdonó á ambos la deuda: Dime ahora: ¿á cuál de los dos amó mas?

Sin duda, repuso Simon, á aquel cuya deuda era mayor.

—Has contestado bien, dijo Jesus; y despues, volviéndose hácia la pobre Magdalena, añadió: ¿Ves á esta mujer? Yo he entrado á tu casa, y no me has dado agua para lavarme los piés; pero ella los ha regado con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz y esta despues de haber entrado, me ha besado sin cesar los piés. Tú nos has derramado perfumes sobre mi cabeza, y ella sí: por esto te digo: muchos pecados le son perdonados por que ha amado mucho.

Y volviéndose luego á Magdalena con

una dulzura verdaderamente divina, le dice:

"Tus pecados te son perdonados."

Los judíos que estaban con El á la mesa, se decían: "¿quién es este que hasta los pecados perdona?"

Pero Jesus, sin curarse para nada de estas murmuraciones farisáicas, dijo á Magdalena:

"Tú fé te ha salvado: véte en paz."

Y la pecadora se levantó pura y perdonada, para empezar su admirable y penitente vida, haciendo del nombre de Magdalena el modelo del santo arrepentimiento y de la segunda inocencia.

Esta es la misma María Magdalena á quien un año despues vemos en la resurreccion de Lázaro, su hermano, y á quien llamamos al pie de la cruz con la Virgen María y con el discípulo predilecto Juan.

De este modo perdonaba Jesus: perdonábalo todo y siempre á los corazones sencillos y arrepentidos, añadiendo á tantos testimonios de su Divinidad el que entre todos nos es mas caro, la bondad sin límite ni medida.

Es preciso, sin embargo, no confundir como se acostumbra en nuestros dias, esta bondad divina de Jesucristo con no sé qué

falsa *indulgencia* y universal *tolerancia* que debe usarse no con el pecador, sino con el pecado. Si Jesus hubiera sido semejante al cristo imaginario de los filántropos, el Evangelio no sería el *santo* Evangelio, ni Jesus hubiera sido de Dios. Porque Dios es santidad y justicia infinitas, al mismo tiempo que es amor y bondad: repele el pecado como la luz repele las tinieblas, y por eso es tan opuesto á su esencia el ser indiferente al vicio como el serlo al arrepentimiento y á las lágrimas del pecador.

El Evangelio, pues, debe tener una faz austera y terrible, que en vano algunos se lisojean de suprimir, guardando acerca de ella un estudiado silencio. "El cielo y la tierra pasarán, dijo Jesus; pero no pasará mi palabra."

Véase, si no, cuál fué la primera palabra de la predicacion evangélica: "Haced penitencia porque se acerca el reino de los cielos; si no haceis penitencia todos perecereis."

La dura y austera penitencia: hé aquí, pues, el fundamento necesario de todo el cristianismo.

"Esforzaos, dijo Jesucristo en el sermón de la montaña, esforzaos á entrar por la puerta estrecha; porque la puerta ancha y

el camino fácil conducen á la perdición, y son innumerables los que toman este camino. ¡Cuán estrecha es la puerta y cuán difícil el camino que conduce á la vida, y qué pocos son los que le hallan!

“Muchos habrá que se presentan en el último día, y digan: “Señor, abridnos,” y el señor les responderá: “No os conozco, lejos de mí todos los malvados.”

“Si alguno quiere ser mi discípulo, dice también el Salvador, que se renuncie á sí propio, que tome su cruz y me siga: porque el que quisiere salvar su vida por Mí la hallará.” Porque ¿de qué sirve al hombre ganar el mundo entero si al cabo pierde su alma? No temais á los que matan el cuerpo, y que no pueden matar el alma y el cuerpo en el infierno. (1)

El infierno no hemos de entender que es ese conjunto de calderas hirviendo, de feos demonios y otras vulgaridades de esta especie, bajo cuyas figuras se le suele pintar comunmente. Los tormentos reales del infierno son mucho mas horribles que lo que se nos muestra con esas pinturas. El fuego eterno del infierno es ciertamente un fuego real y verdadero; pero un fuego sobrenatural, que devora sin consumir, un fuego tenebroso del cual nuestro fuego terrestre no es sino una palidísima muestra.

Quince veces en el Evangelio nos habla Jesus del infierno; Jesus, el buen Jesus, el Dios de Zaqueo y de Magdalena.

Pocos días antes de su pasión, despues de haber predicho á sus apóstoles la ruina próxima de Jerusalén, y écholes conocer algunas señales precursoras que anunciaran á los hombres el fin del mundo, les habla de este último juicio en que todas las generaciones humanas comparecerán ante El.

“El Hijo del Hombre, dice, vendrá lleno de magestad con sus ángeles: sentaráse sobre el trono de su gloria, y las naciones todas se congregarán á sus piés. Entonces separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los machos cabríos: colocará las ovejas á la derecha, y á la izquierda los machos cabríos; y el Rey dirá á los de la derecha: “Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde el origen del mundo,” y en seguida, dirá á los de la izquierda: “Apartaos de Mí, malditos; id al fuego eterno, que fué preparado para el demonio y los suyos.”

Y los condenados irán al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna.

El infierno de fuego; el infierno de fuego eterno, es, por decirlo así, la última espresion con que Jesucristo significa el castigo

que recibirán los que desprecien su amor eterno.

Y no váyamos á imaginarnos que esta reprobacion del mal, por parte de Jesus, se limita al pecado solo, cuando el hombre pecador permanece endurecido en el vicio. Tan dulce y misericordioso como es el Divino Salvador para el pecador arrepentido, es terrible para el culpable impenitente.

No es solo el farisismo lo que El maldice, es tambien al mismo fariseo.

“¡Malditos vosotros, exclama; escribas y fariseos hipócritas, que bajo una pureza aparente, sois injustos y corrompidos! ¡Ciegos! purificad primero el interior del vaso, antes que limpiarlo por fuera.

“¡Malditos vosotros, sepulcros blanqueados, que pareceis brillantes exteriormente, y por dentro estais llenos de podredumbre!”

“¡Malditos vosotros, escribas y fariseos, que imponéis á los demás cargas pesadas; mientras vosotros mismos las tocaís solo con la punta de los dedos! Serpientes y raza de víboras ¿cómo creéis evitar el juicio del infierno?”

El Evangelio nos presenta á Jesucristo á cada paso lanzando estos terribles anatemas contra los réprobos.

§ XIII.

¡Qué distancia hay de este odio del mal y de esta santidad viva á la tolerancia fria que con tanta frecuencia en nuestros dias se reviste del nombre de *caridad*!

¡Cuán léjos están las palabras de Jesus de las máximas de los falsos moralistas que vienen desmoralizando al mundo, de un siglo á esta parte! Han inventado una moral, al decir ellos, filosófica y cristiana; pero tanto tiene de cristiana como de filosófica en el sentido verdadero y profundo de la palabra: una moral que, ni tiene base, ni sancion positiva; que nada puede contra las menores pasiones, que toda ella desde el principio al fin, contradice la palabra de Jesucristo, pues que omite todo lo que Jesucristo ordena, es decir, la fé, el amor práctico de Dios, la penitencia, la oración, la mortificación, la humildad, el perdon de las injurias, el desprendimiento de las riquezas, la castidad misma.

La poca vida que alienta aun en esta moderna moral, débela al Cristianismo, en cuyo seno ha vivido, y que la sostiene, sin saberlo contra su propia miseria. Algunos

hombres buenos, que aparecen ser obra de esa moral mezquina, no son en realidad otra cosa más que cristianos á medias, y sin que ellos lo conozcan. ¿Qué sería de estos si fuesen verdaderos cristianos?

Otro tanto acontece á esta filosofía moderna, tan sonora, pero tan vana, que ha venido á colocarse presuntuosamente en el lugar de *hermana primogénita del cristianismo*. Todo lo que esta filosofía tiene de bueno, procede de la enseñanza religiosa que ataca, y sin cuya ayuda no sería mas, apesar de cuanto diga ella, que el pálido reflejo de la verdad que á lo lejos la ilumina.

Es una ilusión ridícula creer que los auxilios de esta elevada enseñanza dicen relación solamente á las inteligencias vulgares, y que los espíritus privilegiados pueden pasarse sin ellos. ¿Cómo si el Verbo de Dios no fuese mas que una especie de *maestro de primeras letras del género humano*! Todo el mundo, incluso los filósofos, y aun los filósofos mas que nadie, deben ir á la escuela de Jesucristo; primero porque El es Dios, y nosotros todos somos siervos suyos; y segundo, porque El es hombre, y su abatimiento es el soberano remedio de nuestro orgullo.

Jesucristo es el hombre por excelencia, el tipo y el modelo de la perfección humana. Apesar del carácter absoluto y divino de esta perfección, Jesucristo, sin embargo, se nos presenta como el modelo que debemos imitar, como la vía práctica por donde debemos marchar. "Os he dado el ejemplo, dice, para que del mismo modo que yo he obrado obreis vosotros."

Imitar á Jesucristo: tal es, pues, la vocación de todo el mundo, y el Apóstol San Pablo declaraba á los primitivos cristianos, que Dios no admite en la vida eterna á otros sino á los que vé conformes á la imagen de su Hijo.

Jesus es el molde divino en el que debemos todos, si nos es lícito hablar así, refundirnos y reformarnos. El mismo nos ha dicho de sí, que renueva (*Ego reficiam vos*) al hombre degenerado por la caída original; y el cristiano, el hombre nuevo, el hombre de Jesucristo es el verdadero hombre, el Adán verdadero. En el pensamiento primero del Dios Creador, el hombre es el cristiano. ®

Nada es mas asequible, nada mas suave que esta imitación de Jesucristo, que se resume en dos palabras: *Amor de Dios y amor del prójimo*. El discípulo de Cristo ama lo

que ama su Maestro, desprecia lo que su Maestro desprecia: su vida entera aspira á ser una copia esmerada de la vida de Jesus, pues él piensa de todo lo que Jesus piensa; sus juicios son conformes á los juicios de Jesus, y del mismo modo son sus afecciones y sus simpatías; esfuerzase por medio del trabajo cotidiano en practicar la humildad, la dulzura, la paciencia, la misericordia, la modestia, la castidad, la religion perfecta de su divino modelo; como Él y por Él, ama á los pobres, á los niños y á los desvalidos, vive en medio del mundo sin tener el espíritu del mundo; su vida entera es una excelente oracion, pues durante toda ella se esmera en referir á Dios sus actos, sus palabras, sus penas y sus goces.

Tal es el cristiano, tal es el hombre. Si hay tan pocos hombres en nuestro siglo, es porque hay pocos cristianos, pocos hombres que se dejen renovar por Jesucristo.

La primera necesidad de nuestra sociedad y de nuestra civilizacion, es pues la fé, la fé viva y práctica de Jesucristo. Fuera de Jesucristo, nada hay grande, nada sólido, no hay camino verdadero, no hay porvenir. "La obra de Dios es que creais en mí (*Opus Dei, est ut credatis in me.*)

§ XV.

Recapitulémos.—Tal es el testimonio que Jesus se ha dado así mismo durante los tres años de su vida pública.

A la pregunta fundamental que nosotros le hacemos hoy, cómo le hacian los judíos: "¿Quién eres tú?" responde con palabras tan claras que no dejan lugar dudar: "SOY EL HIJO DE DIOS HECHO HOMBRE."

Esta asercion que pasma y da al traste con la razon humana, la apoya Jesucristo en obras absolutamente divinas.

Finalmente, el testimonio de sus palabras y de sus obras, recibe nueva luz al ver su vida y su santidad perfectas.

Nosotros los católicos somos, por tanto, profundamente racionales por el mero hecho de creer en Jesucristo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Oscuridades y dificultades del Evangelio.

§ I.

Hay sin embargo algunos pasajes en el curso de esta narración evangélica, que paran á veces al lector, y que parecen oscurecer la luz de la evidencia.

Pero la reflexión y un conocimiento mas profundo del texto, disipan al instante estas ligeras nubes. Basta, pues, para explicar algunos pasajes y resolver esas dificultades, no perder de vista lo que la fé nos enseña acerca de la persona de Jesucristo, el cual es *Dios*, es *hombre* y es *victima*. En la combinación de estos tres elementos del misterio de Jesucristo se halla la luz.

Así vemos al Salvador responder á un jóven que atraído por su dulzura, pero desconociendo su divinidad, le llama: "*Maestro bueno.*"

"¿Por qué me llamas *bueno*? Dios solamente es el bueno."—¿Cómo! se preguntará: ¿Jesus es Dios, y puede decir que no es bueno?—Podía decirlo en aquellas circunstancias; mas aún, debía decirlo. Aquel jóven creía que hablaba con una criatura; y Jesus, conocedor de la verdad divina, no quería un homenaje que solo se tributaba á su humanidad. Dios solo es efectivamente la bondad infinita, la pura bondad; las demás criaturas y la misma humanidad de Jesucristo no son sino una bondad relativa, simple reflejo de la bondad de Dios.

En otra ocasion le oimos decir: "El Padre es mayor que Yo." Y sin embargo, la fe enseña que el Hijo es igual al Padre.

Pero el Hijo por su Encarnacion, no es tan solo como el Padre el término final de nuestra adoracion. sino que tambien es el camino adorable. Debemos elevarnos desde su humanidad hasta la divinidad invisible, objeto principal de toda adoracion.

Mas á fin de que no nos equivoquemos limitando solo á su humanidad la adoracion de que Jesucristo es objeto, El mismo, ape-

ser de ser Dios, y en razon de su naturaleza humana, es el primer adorador: por eso le ruega á su Padre y le obedece: El no hace mas que enseñar, dice la doctrina del Padre, y ejercer el poder que del Padre ha recibido: El se eclipsa á cada paso para descubrirle, ó mas bien, no aparece con otro fin que el de manifestárnosle.

Dios *adorado* es igual al Padre: Dios *adorante*, está sujeto al Padre y el Padre es mayor que El.

A propósito de dificultades y de objeciones, preciso es decir algo de esas *posesiones diabólicas* que tan frecuentemente se nos presentan en el Evangelio.

Nada es mas cierto ni mas positivo que la realidad de esos hechos sobrenaturales. La antigüedad entera, cristiana, judía é idólatra, está ahí para testificárnoslo. Reconociáse la posesion por señales claras, enteramente distintas de esas enfermedades extrañas, entonces tan conocidas, como lo son ahora, la epilepsia, la catalepsia, el delirio, etc. Este fenomeno estaba tan averiguado y era tan notorio, que ninguno de los enemigos de la Iglesia naciente pensó en hacer de él un arma contra la veracidad del Evangelio.

Para esplicar dicho fenómeno habria que

escribir un tratado completo, que seria por cierto muy útil en los tiempos que atravesamos. La fé en Dios es una verdad proporcionada de ordinario á la creencia en el demonio con todos los ángeles que tomaron parte en la rebelion, se designa en la Escritura con el nombre de *Príncipe del mundo* que por medio de la Encarnacion de la Redencion del verdadero Rey del mundo ha empezado á arrojar al demonio del cielo que tiene usurpado, y que esta accion divina, estendiéndose paulativamente sobre la faz de la tierra por la propagacion de la santa Iglesia, nada tiene de extraño que en nuestros paises santificados por el cristianismo, y mas que todo, por la Eucaristia, el *Príncipe de este mundo* vea disminuir su poder.

Vence todavía frecuentemente en los paises idólatras hechos ciertos de la posesion diabólica y de los mas graves testimonios sobre esta materia están ahí para testificar noslo.

§ III.

En este punto, como en todo lo relativo á Jesucristo, es preciso, además, no querer explicarlo todo. Si el Evangelio tiene pa-

sajes clarísimos, también tiene profundidades insondables, destinadas á probar la fé y á conservarle su carácter esencial de virtud libre y meritoria.

"Todo se convierte en bien para los elegidos, dice Pascal, hasta las oscuridades de la Escritura, puesto que ellos la veneran por razon de los esplendores divinos que hallan en ellas, y todo se convierte en mal para los impios, hasta lo mas claro, de que blasfeman, por esa oscuridad que no comprenden,

"Hay suficiente luz para los que no desean otra cosa sino ver, y demasiada oscuridad para aquellos que tienen una disposicion contraria. Sobra la claridad para ilustrar á los buenos, al paso que se toca la oscuridad para humillarlos. Hay mucha oscuridad para cegar á los malvados, y demasiada claridad para condenarlos y hacerlos inexcusables."



El misterio de la Redención y la pasión de Jesucristo.

§ I.

Hemos señalado ya la diferencia fundamental, que se desconoce á cada paso entre el misterio de la Encarnación por el cual el Hijo de Dios se ha hecho hombre, y el misterio de la Redención, por el cual nos ha remido muriendo por nosotros.

La Encarnación es un misterio puramente de amor y de vida: la Redención es también un misterio de amor, pero lo es al mismo tiempo de expiación, de dolores, de anonadamiento y de muerte.

Por la Encarnación Jesús es un hombre

glorificado, por la redencion se ha convertido en un varon de dolores.

La Encarnacion supone solamente en Dios la voluntad de comunicarnos su propia vida y de hacernos sus hijos en vez de sus esclavos. la Redencion supone ademas, el pecado original (1) la desgracia del hombre y la voluntad de Dios de rehabilitarle

(1) La doctrina católica acerca del pecado original suele ser una piedra de tropiezo para algunas gentes que la acusan de ser una teoria injusta y cruel. Si nos lo consintieran los estrechos límites de esta obrita, fácil nos seria probar á estos espíritus preocupados que sus acusaciones no son sino hijas del conocimiento superficial que tienen de aquella doctrina.

Diremos, sin embargo, que las tradiciones de la humanidad de todas épocas y lugares, están conformes en suponer y aceptar como una realidad el pecado original, pues todas refieren que el hombre creado integramente puro, se rebeló contra su Dios, seducido por la mujer y por el espíritu del mal, al que se representa en todas aquellas tradiciones bajo la forma de una serpiente ó dragon; que á consecuencia de esta prévaricacion, está la especie humana sujeta á los males de la vida presente, y que continuará en esta esclavitud hasta que un Dios Encarnado Hijo de una Virgen venga á rehabilitarle y restaurarle en su gloria primitiva. Esta creencia universal no es mas ni menos que el sentido comun del cual es peligroso siempre el apartarse.

despues de su caída, y de abrirle de nuevo la vida eterna de que voluntariamente se habia privado.

Si el hombre no hubiera pecado, Jesucristo Hijo de Dios ó Hijo de Maria, hubiera sido el Pontífice, el Rey y Gefe Soberano de la creacion. Con haber pecado el hombre y haberse hecho Jesucristo su Salvador, la gloria del Verbo Encarnado quedó velada por la penitencia; y por un milagro continuo de su omnipotencia ha ocultado sus esplendores bajo las humillaciones y sufrimientos que son la consecuencia de nuestros pecados.

Sobre todo, Jesus murió; milagro estupendo el mas inefable tal vez de todos los misterios de Jesucristo. El ha echado sobre sus hombres el castigo debido á nuestra rebeldía, y nosotros, uniéndonos á nuestro Salvador por la fé y el amor, hacemos con El un dichoso cambio que consiste en que Jesus, toma nuestra muerte, y nos da su divina vida.

§ II.

Ved, pues, aquí, una idea fundamental que Lutero no ha comprendido. Sus instantos materiales, unidos á su error, le han

hecho sostener respecto de la creacion, proposiciones increíbles. "Peca cuanto quieras, decia á uno de sus amigos, pero cree tambien con fé viva: *pecca fortiter, sed crede, fortius*. Por lo que á mi me toca, desearia hallar un nuevo y grave pecado que cometer mil veces al dia para hacer rabiarse al demonio. ¿Jesucristo no ha muerto por mí? ¿Acaso no cubre mis pecados con el manto de su justicia?

De esta manera, trastornando toda la moral cristiana y toda la economia del misterio de la Redencion, imaginábase Lutero que era bastante creer que Jesucristo nos habia redimido para participar de sus méritos,

Si así fuese, la religion cristiana seria una escuela infame de inmoralidad y todos los vicios, todos los crímenes podrian cobijarse bajo el manto de esta fé tan cómoda. Por fortuna la verdad es muy otra, y la fé verdadera que salva, ha de ser una adhesion total viva de todos los hombres á Jesus su Salvador.

Jesucristo viene á nosotros para salvarnos, con tal que le recibamos y le devolvamos amor por amor. Porque el amor del mismo modo que la fé no es una abstraccion estéril, sino un principio de vida cristiana

y de obras santas, segun nos lo ha dicho el mismo Señor. *El que me ama observa mis mandamientos*. Si Dios nos salvase sin nuestra cooperacion, seriamos máquinas y no hombres.

Uniéndonos á Cristo y haciéndonos uno con El, nos hacemos partícipes de todos sus méritos y de su vida divina y eterna, y El, por el contrario, toma sobre sí nuestros pecados, nuestras miserias y el enorme castigo que pesa sobre nosotros. Hácese por nosotros pecador y digno de muerte para que nosotros nos hagamos por El hijos de Dios é hijos de la luz.

§ III.

Importa no contemplar el misterio de los dolores de Jesus, sino con los ojos de la fé y del amor.

Si no juzgamos mas que por de fuera y por las apreciaciones de los sentidos, pareceria que muchos mártires han sufrido mas que Jesucristo. Sin embargo, cuando empezamos á comprender los profundos y verdaderamente espantosos misterios de la Redencion, todo cambia de aspecto, y los dolores de Jesucristo toman proporciones tan vastas como el mundo.

En efecto, Jesus es no solo el Dios Cria-

dor y Señor supremo, sino que es además por la union indivisible de la naturaleza divina y humana en su adorable persona, el centro de toda la creacion y en especial de la humanidad. Así como es el santo de los santos, es el hombre de los hombres. Y desde que el hombre se hizo pecador y como tal, esclavo del demonio, sujeto á los padecimientos, á la expiacion y á la muerte, Jesus, el Hombre de Dios, redentor de los hombres, ha venido á ser, como si dijéramos, el pecado universal, el maldito de los malditos, de tal modo que San Pablo no teme decir que se ha hecho por nosotros *pecado y maldicion*.

Nuestro Redentor se presentaba, pues á Dios su Padre como cargado de todos los pecados que los hombres todos han cometido desde el origen del mundo y cometerán hasta la consumacion de los tiempos. Y como que Dios es la justicia cabal y perfecta que castiga todas nuestras faltas segun la gravedad de cada una, preciso es ver con ojos de fé á nuestro adorable Salvador abrumado bajo el incomprensible peso de todos los pecados del mundo, y bajo el peso, mas incomprensible todavia, de todos los padecimientos temporales y eternos que son su necesario castigo.

Cualquiera que reflexione un instante en esta medida, que parece excederlas todas, comprende que ha sido preciso á Jesus la omnipotencia divina para vivir un solo instante en este estado de víctima universal.

Así se explica una antigua tradicion cristiana, que refiere que jamás se vió que Jesucristo se riese. Su pasion ha empezado de hecho con su vida, y el Calvario ha venido á consumir esta obra de expiacion infinita.

§ IV.

Durante tres años y medio, Jesus venia manifestándose al mundo por la predicacion de la salud eterna y con el esplendor de sus milagros. Cualquiera que hubiera querido verle y oírle habria podido convencerse de ello.

Aproximábanse las fiestas de Pascua, y el odio de los fariseos y de los escribas habia llegado á su colmo. Habíanse congregado con motivo del gran milagro de la resurreccion de Lázaro, obrado recientemente en Betania, y ciegos de cólera habian lanzado el anatema sobre la sagrada cabeza del Salvador, sin ver que al obrar así, no eran sino instrumentos de los misericordiosos,

designios de Dios sobre la humanidad entera.

Para dar el hijo de Dios ejemplo de obediencia y de respeto á la ley, observaba exactamente todas las prescripciones religiosas que El mismo habia dado á Moises en el Sinaí. En este concepto habia ido á Jerusalem algunos dias antes de Pascua á fin de celebrarla en union de sus apóstoles; iba á inmolar el cordero pascual, figura del verdadero sacrificio en que el mismo Hijo de Dios, Cordero de Dios, habia de sacrificarse por la salud del género humano. Entusiasmado el pueblo todo de Jerusalem con sus numerosos milagros: y atraído por el encanto divino de su misericordia y de su dulzura, habiase agrupado en derredor de El, y aclamándole el Rey de Sion, le habia llevado en triunfo por las calles de la ciudad.

Irritado el príncipe de los sacerdotes Caifás en este último homenaje y dominado de un furor sobrenatural, reunió el Sanhedrin, es decir, el gran Consejo religioso de los judíos en el cual resolviose por unanimidad que se aprehendiese con sigilo la persona de Jesus, pues no se atrevian á poner en público las manos sobre El á causa del entusiasmo popular.

El odio que tenian á Jesus, quedó satisfecho aun mas de cuanto podian esperar por medio de la traicion de uno de los doce discípulos queridos del Salvador, llamado Júdas Izcariote, cuyo nombre ha llegado á ser objeto de horror y de execracion. Habíase encargado Júdas hacia tiempo del dinero que servia para el sustento diario de Jesucristo y de los que le acompañaban; pues aunque Jesus no tenia nada propio, ni tampoco sus apóstoles, sin embargo, algunos piadosos discípulos y santas mugeres ayudaban con sus limosnas al divino Predicador de la buena nueva. La posesion de este poco dinero, suscitó en el corazon de Júdas la terrible pasion de la avaricia: poco á poco fué endureciéndose su corazon, y vivió sin ver los continuados milagros del Señor y sin comprender su dulce palabra. Hallándose en Betania siete dias antes de su pasion como María Magdalena derramase á los piés del Salvador un perfume precioso, que Júdas estimase en trescientos denarios (1) irritose, diciendo con falsa caridad, que mejor empleado habria sido aquel dinero en socorrer á los pobres; pero habiéndole Je-

(1) Precisamente unos doscientos pesos de nuestra moneda.

sus reprendido con severidad por su murmuración, resolvió entonces vengarse y entregar á su Maestro. La ocasión no se hizo esperar mucho. El Juéves Santo se presentó el sacrilego apóstol á Caifás y al gran Consejo, y les dijo: "¿Qué quereis darme y yo os lo entregaré?" Y ellos le ofrecieron treinta denarios (2) precio por lo comun de un esclavo. De este modo cumplian los judíos, sin saberlo, la célebre profecía consignada en sus propios libros, en que se anunciaba que el Mesías seria vendido en treinta denarios por los hijos de Israel.

Salió, pues, Júdas, é hizo le acompañase una cohorte de soldados de la Sinagoga, á los cuales se incorporó una turba de criados con hachas y linternas.

Al anochecer del Juéves Santo, día 14 de Abril, habia Jesus reunido á sus apóstoles en una casa situada sobre el Monte Sion, en el lugar mismo en que habia descansado en otro tiempo el Arca de la Alianza antes de edificarse el templo, y donde se hallaba el sepulcro de David. Celebraron, pues, la Pascua segun el rito mosáico, comieron el cordero pascual con el pan azimo, y las yer-

(2) Unos veinte pesos de nuestra moneda mexicana.

bas amargas que mandaba la ley. Despues de la cena sagrada instituyó Jesus la Eucaristía.

Sabiendo que estaba cerca su hora y que debia abandonar el mundo, quiso en el exceso de su amor divino, dejar á sus hijos errantes sobre la tierra una vianda celestial, destinada á reanimar sus fuerzas y á conservar en ellos la santidad de la vida divina. El pan de los cristianos, este alimento de las almas es Jesus mismo, presente en la realidad, aunque esté velado bajo los accidentes del Santo Sacramento.

Tomó, pues, Jesus en sus santas y venerables manos el pan, y levantando los ojos al cielo, lo bendijo, lo partió y presentó á sus apóstoles, diciéndoles:

"Tomad y comed todos, porque este es mi cuerpo."

Despues tomó una copa de vino, bendíjola igualmente, y la dió á sus Apóstoles, diciendo:

"Tomad y bebed de ella todos, pues esta es mi sangre, la sangre del nuevo y eterno testamento, (misterio de fe!....) que será derramada por vosotros y por muchos para la remision de los pecados. Cada vez que hagais lo que acabo de hacer, hacedlo en mi memoria."

Júdas comulgó como los demás discípulos, y rompiendo con el sacrilegio los últimos vínculos que le ligaban al Hijo de Dios, salió para vender á su Maestro.

Cuando hubo salido Júdas, dió Jesus gracias á su Padre celestial con sus Apóstoles; y San Juan, el discípulo querido, que durante la cena habia reclinado su cabeza sobre el pecho de su buen Maestro, nos ha dejado el compendio de las palabras adorables que forman en su Evangelio el discurso de la Cena (1) Jesus explica en ellas los secretos de su union con nosotros, los misterios de nuestra vida espiritual, y nos hace ver los arcanos del Sacramento de su amor.

Después de este discurso, ó mas bien himno, como le llama el Evangelio, el Salvador salió del cenáculo, seguido de sus once Apóstoles, y continuando hablándoles del Reino de Dios, se dirigió hácia una colina situada al Oriente de Jerusalem, llamada el monte de las olivas. Al llegar entraron en el huerto denominado Gethsemani, cuyas grutas servian de asilo á los viajeros pobres que llegaban de Jerusalem para las fiestas.

Jesus y sus discípulos se retiraron allí

(1) Evangelio de San Juan, desde el capítulo 12 versículo 31, hasta el capítulo 18.

varias veces durante la noche para consagrarse á la oracion. Sabedor de esto Júdas, se encaminó hácia allá con los soldados y los emisarios de Caifás.

§ VI

Al entrar en Gethsemani, dijo Jesus á sus discípulos:

“Deteneos aquí, y esperadme; voy un poco mas lejos á orar. Orad tambien vosotros, para no caer en la tentacion.

Y se llevó consigo á sus tres apóstoles predilectos: Pedro, el discípulo de la fe Juan, el del amor y Santiago, el discípulo de la oracion.

En este momento empieza la pasion.

Abandonando voluntariamente Jesucristo su humanidad santa á la justicia de su Padre, sintió las primeras angustias de la muerte que iba á padecer por salvarnos.

—Mi alma está triste hasta la muerte,— dijo á sus tres apóstoles:—esperad aquí, y velad conmigo.

Y abrumado de tristeza y de pesar, subió á alguna distancia y entró en una gruta que todavía se venera bajo el nombre de “gruta de la agonía” Allí poniendo Jesus su ros-

tro junto á la tierra, cayó en el mas profundo desfallecimiento y en angustias indecibles.

El horror todo de la multitud de los pecados del género humano, descargó entonces sobre El como una tempestad. Aproximose á El Satanás como en otra ocasion estando en el Desierto, y el Salvador, oprimido por todo género de penas, clamó á su Padre:

"Padre mio, si es posible, libradme de este cáliz de amargura; sin embargo hágase vuestra voluntad y no la mia."

Y cayendo en una verdadera agonía, empapado el cuerpo en el sudor de sangre que corria hasta la tierra, redoblaba su fervorosa oracion.

En esto, como en todo el Evangelio, para comprender el misterio de Jesucristo, es preciso no olvidar que sin dejar un solo punto de ser Dios, Jesucristo es verdadero y perfectamente hombre, dotado de todas las facultades de nuestra humana naturaleza, y semejante en todo á sus hermanos, excepto en el pecado, como dice San Pablo.

Es preciso ademas, tener presente que este hombre Dios es el varon de los dolores, puesto que es el mártir y la gran víctima de nuestros pecados. Nuestras culpas son las que han causado su Pasion; y los

judios deicidas no han sido mas que el instrumento exterior de este crimen infinito. El Hijo de Dios, eterno adorable, padecia de este modo en su humanidad, y daba á sus lágrimas y á su muerte un precio absolutamente divino.

Una hora despues de este combate sobrenatural, Jesucristo, ensangrentado y cubierto de una palidez lívida, se levantó y aproximó á los tres apóstoles. Agoviados estos de fatiga y tristeza se habian dormido uno tras otro.

¡Qué,—les dijo Jesus,—no habeis podido velar una hora conmigo! Velad y orad para no entrar en la tentacion, que está próxima"

Y alejándose de nuevo, empezó nuevamente á orar y á agonizar. Volvió segunda vez junto á sus descuidados discípulos, á quienes habia vencido el sueño: y contristado del abandono en que le dejaban, les dejó para emprender de nuevo su oracion. Para Jesus, lo mismo que para nosotros; para el *Hombre*, lo mismo que para los hombres, es la oracion el gran preparativo para la lucha y para la victoria.

En esto se acercaba Júdas. La agonía de Jesus habia durado cerca de tres horas, y era ya media noche. Tranquilo y apacible

el Redentor, adelantóse por última vez á sus discípulos.

“Ahora podeis descansar y dormir,—les dijo con una especie de amarga tristeza,—pues que ya se acerca el que ha de entre garme.”

Levantáronse los apóstoles sobresaltados, y en el mismo instante Júdas, acompañado de los soldados del templo, y de una turba armada, entró en el huerto. Habia dado á los judíos esta señal: “Aquel á quien yo abrazare, es Jesus Nazareno; aprendedle, y atadle con cuidado.

—Dios os guarde, Maestro,—dijo á Jesus acercándosele, y le abrazó.

—Amigo díjole bondadosamente el Salvador—¿á qué has venido? ¿qué, Judas! ¿vas á entregar con un ósculo al Hijo del Hombre?

Despues adelantándose a la tropa que venia á prendedle, les preguntó:

¿—A quién buscáis?

Y dijeron:

—A Jesus de Nazareth.

—Yo soy,—contestó Jesucristo.

A estas palabras retrocedieron los soldados llenos de espanto, y cayeron de espaldas.

Por última vez el Hijo del Hombre habia querido mostrarse Hijo de Dios, á fin de

hacer ver á sus verdugos mismos que era su Señor, y que sus humillaciones y padecimientos eran completamente voluntarios.

Levantáronse los soldados, prendieron á Jesus, y despues de haberle atado, golpeado é injuriado, hiciéronle salir del huerto de las Olivas, y lo condujeron á casa del Sumo Sacerdote Anás: Durante este tiempo, Caifás, que ejercia aquel año el Sumo Pontificado, reunió en su palacio el gran Consejo de los Sacerdotes.

Los Apóstoles que habian sido negligentes en prepararse con la oracion, huyeron acobardados ante los judíos. San Pedro quiso resistir un momento; pero cedió como los demas, y se contentó con seguir de lejos á su Divino Maestro hasta el átrio del palacio de Caifás.

San Juan acudió en breve á reunírseles; y como le conoció el esclavo que guardaba la puerta, hizo entrar á Pedro, y ambos confundidos entre la multitud de los soldados romanos, se aproximaron á la lumbre encendida en medio del patio.

§ VII

Pareció Jesus ante Anás. Este le preguntó acerca de su doctrina y de sus discípulos.

—Yo hablo en público y ante las gentes,—respondió el Salvador con serenidad.—He enseñado en vuestras Sinagogas y en el Templo en presencia del pueblo. ¿Porqué, pues, me preguntais? Preguntad á los que me han oído; ellos darán testimonio de lo que he dicho.

Un soldado brutal, tomando por un insulto estas palabras de Jesus, le dió una bofetada diciéndole:

—¿Así respondes al gran Sacerdote?

—Si he hablado mal, pruébame,—replicó el Salvador con una dulzura y una magestad divina;—pero si he hablado bien, ¿porqué me hieres?

En todo el curso de su Pasion, Nuestro Señor parece haber querido reunir todos los ejemplos de las virtudes cristianas mas necesarias y mas sublimes, y á la vez todos los géneros de dolores y de humillaciones contrarias á nuestros diferentes vicios. En su agonía se muestra vencedor del abatimiento del ánimo, de la mala tristeza y de la desesperacion, que son otras tantas expiaciones de nuestras insensatas alegrías, de nuestras disipaciones, de nuestras flojeadas en el servicio de Dios. Preséntase ante nosotros como dechado de perseverancia en la oracion, no obstante el disgusto y el té-

dio, enseñándonos de este modo á vencer hasta las mas violentas tentaciones. Su dulzura para con sus Apóstoles, tan cobardes y tan débiles, y mas que todo para con el traidor Judas, nos enseña la misericordia y el perdon de las injurias. Por último, cuando seamos ofendidos en el rostro ó sintámos algun ultraje sangriento, miremos á nuestro Maestro, abofeteado por un criado, y sin embargo, conservando siempre la paz de su corazon y la majestad de su inocencia.

§ VIII

Poco tiempo permaneció el Hijo de Dios en casa de Anás. Caifas, hollando todas las reglas, habia reunido en medio de la noche el Consejo de los Príncipes de los Sacerdotes en número de veintitres, y habia advertido á Anás para que Jesus fuese llevado ante el Consejo.

Estos jueces impíos no aspiraban á juzgar, sino á condenar, y por eso habian comprado falsos testigos (1) para que se presentasen y acusasen sucesivamente á Nuestro

(1) El Talmud de los judíos confiesa paladinamente este soborno.

Señor, pero sus testimonios se contradecían groseramente.

—¿Nada respondes á los que te acusan? preguntó el Sumo Sacerdote, impaciente al ver la tranquilidad de ánimo de Jesus. Mas El callaba.

—Conjúrote en nombre de Dios vivo,—exclamó Caifás levantándose,—que nos digas si eres tú el Cristo, Hijo de Dios vivo?

—Sí: tú has dicho que lo soy,—respondió Jesus,—y vosotros vereis al Hijo del Hombre aparecer á la derecha de la Majestad de Dios en las nubes del cielo!

—¿Para qué necesitamos mas testigos contra El, exclamó entonces el Príncipe de los Sacerdotes desgarrando sus vestiduras.

—Acabais de oír como blasfema.

—¡Digno es de muerte! clamaron todos á un tiempo: y echándose sobre el Salvador los soldados y los criados, lo hirieron y le escupieron en el rostro. Arrastráronle á una de las prisiones del palacio: la faz adorable de Dios, marchita y mancillada, quedó cubierta con un velo, y los miserables que le herían, se mofaban de El, diciéndole:

—Profetiza, Cristo, y adivina quién te ha herido.

§ IX

Durante el interrogatorio estaba Pedro en el patio de Caifás enmedio de una turba numerosa.

Antes de entrar en Gethsemaní habia hecho á su Maestro protestas de abnegacion, sinceras indudablemente, pero presuntuosas y apesar de la advertencia de Jesus habiase dormido en vez de orar.—“Aun cuando todos os abandonen, yo no os abandonaré,” le dijo, y el Hijo de Dios le respondió con tristeza: —“Esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces.”

En efecto, Pedro negó tres veces á Jesucristo.

Una criada que se dirigió á él al entrar en el patio le preguntó “si no era uno de Jesus de Nazareth.” Y respondió Pedro: —“Mujer, no le conozco; no se de quién hablas.”

Adelantóse temblando enmedio de los soldados y se aproximó al hogar. Algunos momentos despues, otra mujer que habia reparado en él, lo hizo notar de los que se calentaban, é interrogado entonces segunda vez, negó de nuevo el débil Apóstol bajo juramento “conocer á semejante hombre.”

Trascurrida una hora, uno de los sirvientes del Pontífice, que habia acompañado á

Júdas al Huerto de las Olivas, entró en el patio, reconoció á Pedro, y le dijo: —“¿No eres tú de los que estaban en el huerto con El?” —Entonces Pedro blasfemó y juró por tercera vez que no habia conocido jamás á Jesus.

Y en seguida cantó el gallo.

En este instante salía el Salvador de la sala del Consejo, y era llevado á la prision. Al pasar junto á Pedro le dirigió una mirada severa y compasiva; y Pedro, conmovido por esta mirada divina, se acordó de la palabra profética de su Maestro: se levantó, salió en seguida y lloró amargamente.

Una interesante tradicion refiere que fué á buscar aliento y consuelo junto á la Santísima Virgen y el Apóstol San Juan, el cual durante la Pasion no abandonó á la Madre de Jesus.

La negacion de Pedro fué uno de los mayores dolores de Jesucristo. Pedro era su discípulo elegido, designado para reemplazarle en la tierra como futuro Gefe de los demas Apóstoles y de toda la Iglesia; así es que su defeccion era tanto mas cruel, cuanto que la confianza y el afecto de su Maestro habian sido completos.

¡Dolorosa expiacion de nuestra ingratitud para con el buen Dios!

§ X

Arrepintióse Pedro de su pecado: lloró, recurrió á María, y no desesperó de la bondad de Jesus.

Tambien se arrepintió Júdas; dice el Evangelio, cuando vió las extremas consecuencias de su crimen. Pero hay dos especies de arrepentimiento; uno que nace del amor y que conduce á Dios: otro que nace de la vergüenza mal entendida y que conduce á la desesperacion. De esta clase era el sombrío arrepentimiento de Júdas, cuando viendo condenar á muerte al que habia sido tan bueno para él, se presentó ante los Principes de los Sacerdotes y les dijo, arrojando á sus piés las treinta monedas de plata: “Hé pecado entregándoos la sangre del Justo.” Rechazáronle con desprecio; y él, poseida su alma de terror, salió corriendo como un insensato á ahorcarse de un árbol fuera de las puertas de la ciudad. Su cuerpo reventó, y saliéronsele de su sitio las entrañas. —“¡Infeliz de aquel por quien el Hijo del Hombre sea entregado, habia dicho Jesucristo; mas le valdria no haber nacido!”

El suicidio es el crimen sin perdon. En las faltas que los hombres cometen en este

mundo, deben acordarse de la bondad del Salvador: por esto la desesperacion es quizá el único pecado que separa al alma absolutamente de Dios.

§ XI

En la madrugada de aquel día, Caifás tuvo otra reunion en que intervinieron, no solamente los Príncipes de los Sacerdotes, sino los Ancianos del pueblo, los Escribas de la ley y los Fariseos. El Señor fué interrogado de nuevo en esta reunion, y allí volvió á afirmar que era el Cristo Hijo de Dios hecho hombre, con lo cual se confirmó la sentencia condenatoria dada aquella noche. Mas como quiera que el Gobernador romano pudiese solamente confirmar las sentencias capitales, Jesus fué conducido al palacio de Poncio Pilato, que era por aquel tiempo Gobernador de Jerusalem, en nombre del emperador Tiberio.

Pilatos era un hombre débil y egoísta, deseoso de complacer á todos, y poco amante de la justicia. Eran cerca de las seis de la mañana cuando Jesus compareció ante el Tribunal. Los judíos acusaron al Salvador de una multitud de crímenes, presen-

tándole sobre todo como un sedicioso, que se llamaba Rey de Israel, menospreciando así la autoridad del César Tiberio.

Pilatos, pues, interrogó á Jesus, llamándole desde luego la atencion su majestad y dulzura.

—¿Eres tú Rey? —le preguntó.

—Sí,—respondió Jesucristo,—tú lo has dicho. Yo soy Rey, pero mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, yo me veria rodeado de servidores que tomarian mi defensa. He venido a este mundo para dar testimonio de la verdad!

—¿Y qué es la verdad? —preguntó Pilatos, el cual sin esperar respuesta se adelantó hácia los judíos y les dijo que, no encontrando ningun crimen en aquel hombre, lo enviaria á Herodes, Tetrarca de Galilea. Acababa en efecto de saber Pilatos que Jesus era Galileo.

¡Insensato juez! Semejante á tantos hombres de nuestros tiempos, se atreve á preguntar á Dios “qué es la verdad, qué es la Religion,” y da tan poca importancia á la única cosa necesaria en este mundo, sin que se digne esperar una respuesta. —“La verdad, le habria respondido Jesus, soy Yo mismo; la verdad es mi palabra; la Religion es la práctica de la verdad; es mi servicio,

es la obediencia á mi ley. Tú estás en este mundo por Mí y para Mí, para salvar tu alma por medio del conocimiento de esta ley; pues ¿de qué te servirán todas tus grandezas, si al cabo pierdes tu alma?

Jesus es Rey porque es Dios Encarnado; es Rey y Señor; es el Rey de los Reyes, y toda autoridad sobre la tierra emana de El, descansa en El, y debe servir para su gloria. Su reino está en este mundo. Jesus es el Cielo que viene á reinar sobre la tierra, á destruir poco á poco el poder del demonio, y á restablecer así la paz y la unidad, trastornadas por el pecado original. Este reino, uno, santo y universal, se llama la Iglesia.

§ XII.

Herodes, Tetrarca ó Rey de Galilea, era un príncipe voluptuoso y cruel, presumido de sabio y jefe de una secta filosófica entre los judíos. Triste filosofía, por cierto, que no reconoce por fundamentos la fé y la virtud.

Habiendo oído hablar de Jesus, como de un aventurero que hacía milagros, esperaba, junto con sus cortesanos, ver algun pro-

dijio; y empero Jesucristo no habló una palabra en su presencia. Herodes desilusionado se mofó de él, mirándole como á un loco, y lo mandó vestir con una túnica blanca, distintivo de la demencia. Mandó además que se le pusiesen entre sus manos por cetro una larga caña; y de esta manera, Jesucristo, en medio de la gritería de los blasfemos, fué llevado de nuevo á Pilatos.

Nuestra rebelion contra Dios es una verdadera locura; justo, pues, que el Redentor, víctima expiatoria de la desobediencia, apareciese con la librea de esta locura en este dia terrible de reparacion.

Los clamores del pueblo, excitado por los Fariseos y los Príncipes de los Sacerdotes, se redoblaban con un furor creciente. Pilatos interrogó de nuevo á Jesus, pero Este no respondió nada.

El gobernador creyó encontrar un medio ingenioso para salvar á un hombre cuya inocencia veía claramente. Era costumbre en las fiestas de la Pascua, que las autoridades romanas concediesen á los judíos la gracia de libertar á un reo de la pena capital.

Hallándose preso á la sazón un famoso bandido llamado Barrabás, esperó Pilatos que proponiéndosele al pueblo juntamente con Jesus, no vacilaria en anteponer á Je-

sucrismo. Con esta intencion recordó á los judíos la costumbre de la Pascua, y les preguntó á quien querian librar, á Barrabás, ó á Jesus, llamado el Cristo.....

Los Fariseos supieron excitar tan diestramente á las turbas, que lograron se levantara hácia Pilatos un grito universal que decia: "No á este sino á Barrabás." ¿Y qué he de hacer con el otro? preguntó impaciente Pilatos.—"Crucifícale."—gritaron todos.

Por una coincidencia misteriosa, el verdadero nombre de Barrabás era tambien Jesus, pues Barrabás no era otra cosa mas que un sobrenombre, y significaba en hebreo, *hijo de Abbas*, es decir *del Padre*. En consideracion al nombre sagrado del Salvador, los Evangelistas no le han llamado Jesus Barrabás, sino con el sobrenombre, segun nos enseñan algunos doctores antiguos.

Jesus, Hijo de Dios é Hijo de María, libraba de este modo de la muerte al hombre que llevaba su nombre, y que era el *hijo del padre*, es decir el hijo de Adan. Jesus Barrabás representaba en este dia sangriento de la Pasion á todo el género humano entero, es decir, al hijo culpable de Adan, rescatado por Jesus, es decir, por el Hombre nuevo, por el Dios de Adan, al mismo tiempo que Dios y hermano nuestro.

§ XIII.

El gobernador dudaba cada vez mas. "Yo no encuentro crimen alguno en este hombre"—repetia á los fariseos y á los judíos, y por toda respuesta se alzaba tumultuoso por todas partes el popular clamoreo. El cobarde juez, subyugado por el miedo creyó conciliarlo todo haciendo azotar á Jesus, esperando de este modo satisfacer el odio del pueblo.

Llevaron, pues, arrastrando á nuestro divino Salvador al patio del Pretorio, en donde los soldados romanos le despojaron de su túnica blanca, le ataron á una columna, y le azotaron. Sus sagradas carnes fueron al punto desgarradas con los látigos de cuero armados de puntas férreas, de que se valian los romanos para estas crueles ejecuciones: y luego que terminó al suplicio, los verdugos hicieron sentar á Jesus sobre una piedra, cubrieron sus espaldas con un harapo de púrpura, colocaron sobre su cabeza espinas entretregidas á manera de corona y pusieron en sus manos un cetro de caña.—"Salve, rey de los judíos," le decian riéndose y arrodillándose por burla ante El: abo-

feteábale, le cubrían de salivas, y tomando la caña le daban con ella en la cabeza.

El pecado de la carne debía sufrir su castigo en la misma carne; y el Hijo Santísimo de María expiaba de este modo en su inmaculado cuerpo todas las impurezas, todas las infamias de sentidos depravados.

Ensangrentado su cuerpo, traspasado de dolores, el Redentor del mundo fué llevado nuevamente ante su juez. Saliendo Pilatos fuera de la sala del Pretorio, le mostró á la muchedumbre, diciendo: "¡Ved al hombre!"

Sí, ¡ved al Hombre! al Hombre por excelencia, al Hombre Dios, al nuevo Adán, venido á la tierra para ráparar la caída del primero y para rehabilitar al hombre, es decir, para restituirle la vida divina que ha perdido.

¡Ved al Hombre! centro de todas las obras de Dios en el órden de la naturaleza, en el órden de la gracia y en el orden de la gloria; sin El, el hombre no puede tener entrada para con Dios. Tan cierto es que solo en el conocimiento del misterio adorable por el cual Dios se ha hecho Hombre, es donde está encerrado para la humanidad entera el secreto de su rehabilitacion, de su vida y de su felicidad.

§ XIV.

Pilatos quedó burlado en su esperanza, el pueblo suele ser cruel, y la vista de la sangre le irrita siempre. Apenas hubo aparecido el Hijo de Dios, cuando se levantaron gritos furiosos, — "¡Fuera, fuera! ¡crucifícale!"

¿Y por qué he de crucificarle? preguntaba Pilatos, ¿no es inocente? ¿He de crucificar á vuestro rey?" — Nosotros no tenemos otro rey, sino á César, y no queremos que este sea quien reine sobre nosotros. El se ha llamado el Hijo de Dios, y segun nuestra ley debe morir. Si lo absuelves haces traicion al César.

Estas palabras intimidaron á Pilatos y sofocaron la voz de su conciencia. Subió, pues, al tribunal, que segun la costumbre antigua se hallaba situado al aire libre, y ante el pórtico del palacio. Mandó en seguida que le trageran agua, y lavandose las manos en presencia de las turbas. "Soy inocente, dijo, de la sangre de este justo, vosotros sois responsables de ella."

"Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" exclamó con una sola voz aquel pueblo de Dios, y que maldito

desde entonces como Cain, y errante como él sobre la tierra; arrastrará al traves de los siglos y entre todas las naciones el castigo de su delito.

Pilatos condenó, pues, á Jesus al suplicio de la cruz, el mas infamante y cruel de todos los suplicios de la antigüedad. Escribió en hebreo, en griego y en latin la inscripcion que segun costumbre debia fijarse sobre la cabeza de los reos, y fué como sigue: JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDIOS. Los príncipes de los sacerdotes quisieron cambiar estas palabras, diciendo que Jesus no era rey de los judíos; sino solamente que habia querido serlo; pero el gobernador romano, que unia á cierto desprecio de los judíos, la irritacion de una mala conciencia, denegó con aspereza su pretension respondiendo: "Lo escrito, escrito queda."

De este modo vino á ser Jesus proclamado rey de los judíos, es decir, del verdadero pueblo de Dios; y eso en nombre del imperio romano, señor entonces del universo; y en tres lenguas sagradas, hebrea, griega y latina.

A las ocho de aquella mañana pronunció Pilatos la sentencia. Preparóse pues la cruz, que segun las antiguas tradiciones, se

formó de una madera misteriosa. Para hacer mas notable el suplicio de su víctima, como tambien para aumentar su afrenta, los príncipes de los sacerdotes agregaron al Salvador dos facinerosos que habia en la cárcel, condenados tambien al suplicio de cruz.

Durante este tiempo, Nuestro Señor estaba entregado á los soldados de Pilatos, quienes viéndole ya sentenciado, le herian y ultrajaban con mayor crueldad. Jesus no salió ya del pretorio, mas que para subir al Gólgota, ó monte Calvario, situado en la parte occidental de Jerusalem, fuera de los muros. Este era el lugar de las ejecuciones de muerte.

§ XV.

El camino que recorrió el lúgubre cortejo, era de un cuarto de legua. Llamóse desde entonces "vía dolorosa" y actualmente los piadosos peregrinos de Jerusalem pueden aun bañar con sus lágrimas estas piedras consagradas por las sangrientas huellas del Divino Redentor.

Jesus mismo llevó su cruz, y cayó en tierra varias veces, oprimido por el peso de esta querida y cruel carga. Vese todavía el

lugar en que la Santísima Virgen, su Madre, acompañada de San Juan y de Santa María Magdalena, se habia colocado para esperarle y seguirle. La humilde María, oculta, por decirlo así, á los ojos mismos de los cristianos, desde el dia de la Encarnacion, volvía entonces á aparecer de nuevo, y del modo mas solemne, cerca de su Hijo en el misterio de la Redencion.

Refiere ademas la tradicion, que, habiéndose arrojado á los piés de Jesus una mujer piadosa para darle una bebida que lo vigorizase, y enjugar su santo rostro, cubierto de sudor, de sangre y de salivas, recompensó Jesucristo su valor y su fé, imprimiendo milagrosamente las dolorosas facciones de su semblante en el lienzo que ella le presentó.

Jesus y los dos ladrones llegaron al Gólgota á eso de las nueve de la mañana, segun aparece de las mas antiguas tradiciones cristianas, y de las indicaciones de los cuatro Evangelios. Dice terminantemente San Márcos: "*et hora tertia crucifixerunt eum*: crucificáronle á la hora tercera," es decir, á la hora de tertia, ó sea á las nueve de la mañana. (1) Las tinieblas cubrieron el Calvario

(1) Aunque la creencia universal de toda la Iglesia confiesa que Jesucristo solo estuvo vivo

á la hora de sexta, ó lo que es lo mismo, al medio dia. Desde la hora de sexta, hasta la novena, toda la tierra quedó envuelta en tinieblas (San Mateo). Confúndese por lo comun la hora de la crucifixion con la del principio de estas tinieblas, apesar de la palabra expresa del Evangelio. Nuestro Señor Jesucristo permaneció, pues, *seis horas en la cruz*, y no tres, como se dice vulgarmente.

§ XVI.

Los judios despojaron á Nuestro Señor,

por el espacio de tres horas en el madero de la Cruz, á saber: desde las doce del dia hasta las tres de la tarde, y prueban muchos autores que era moralmente imposible, que pudiese ser crucificado antes de las once y media de la mañana; con todo, nuestro autor dice con formales palabras, que Jesucristo fué crucificado á las nueve de la mañana, resultando por lo dicho, que habria estado Jesucristo vivo, pendiente de la cruz, el espacio de seis horas. Nosotros, por respeto á tan gran prelado, y porque funda su opinion en el texto de uno de los Evangelios, nos abstenemos de manifestar los graves inconvenientes que de lo dicho presentan algunos autores; aunque nos quedamos mas gustosos en la doctrina que asegura, que á las doce del dia fué crucificado, ó muy cerca de las doce, y que espiró á las tres de la tarde.

de su larga túnica, que estaba pegada á las heridas, y estendiendo al Divino Cordero sobre el madero de su sacrificio, le clavaron en él, taladrándole las manos y los piés.

Sobre su cabeza, coronada de espinas, colocaron la inscripcion de Pilatos; elevaron en seguida la Santa Cruz, y la afianzaron en la roca; y el fruto de este nuevo árbol de vida apareció á todos, santos y réprobos, suspendido entre el cielo y la tierra.

Era la hora en que segun el rito mosaico, los Sacerdotes ofrecian á Dios el sacrificio diario de la mañana inmolando un cordero. El de la tarde se verificaba á las tres.

Crucificaron á los dos ladrones á ambos lados de la cruz de Jesus: á la derecha estaba el que se convirtió, ó sea *el buen ladrón*, Dimas.

Los soldados dividieron entre si los vestidos de los tres reos; pero como la túnica de Jesus era toda de una pieza, no quisieron desgarrarla, y la echaron suertes sobre ella. Todo esto era el cumplimiento textual de las profecías, y el conjunto de los signos por los cuales debía reconocerse á Jesucristo como futuro Mesías, Rey de gloria y varon de dolores, verdadero Gefe del verdadero Israel.

El Gólgota estaba lleno de gente, y los

fariseos se gozaban en su triunfo.—“Vaya,” gritaban irónicamente apostrofando al Divino Crucificado, y aludiendo á una de sus profecías: “tú que pretendes destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres dias; desciende ahora de la Cruz.”—“¡Miradle, añadan, salva á los otros, y no puede salvarse así mismo! Si es el rey de Israel, que descienda de la Cruz, y entonces creeremos en él.”

El pueblo y los soldados repetian estas blasfemias.

§ XVII.

En medio del tumulto y de los gritos, se dejó oír la voz del Hijo de Dios: esta voz era la plegaria de nuestra salvacion.

“Padre mio, exclamó Jesus, perdonadlos que no saben lo que hacen.”

“Oh no! No sabemos lo que hacemos cuando cometemos el pecado. El pecado es quien por medio de los judíos crucifica y ultraja al Señor. Cuando leemos en los Evangelios los exsesos de los judíos, nos indignamos contra ellos; ¿pero porqué no indignarnos contra nosotros mismos, que con tanta frecuencia en nuestra vida hemos

hecho lo que hicieron aquellos grandes culpables, entregando á Jesús, renegando de él avergonzándonos de él, menospreciando su santa ley, hollando con los pies la sangre adorable con que ha redimido nuestra alma caucificándolo en el fondo de nuestro corazón, y quizá blasfemando de él.

§ XVIII

Al oír aquella dulce y adorable palabra "Padre mío, perdonadlos, que no saben lo que hacen," el corazón de Dimas, aquel ladrón crucificado á la diestra de Jesucristo, se sintió conmovido de un súbdito arrepentimiento. Al ver tanto amor, misericordia tanta, reconoció á su Dios; y siendo la primera conquista de la cruz del Salvador, volvió á Jesús sus ojos bañados en lágrimas, "Señor, le dijo con una humilde confianza: acordaos de mí cuando esteis en vuestro reino."—Y Jesús le respondió.—Hoy mismo serás conmigo en el Paraíso."

¡Cuántos infelices pecadores se han consolado con esta divina respuesta! ¡Cuántas amorosas y santas lágrimas ha hecho ella derramar! ¡Qué poder tan grande comunica al arrepentimiento! Pero también, ¡qué fé

tan prodigiosa la de aquel gran penitente del Calvario, que no viendo ante sí mas que un hombre desfigurado, cubierto de sangre, pendiente como él de un infame patíbulo, sin embargo, al traves de tantas sombras reconoce á su Salvador y á su Dios. Apesar de los crímenes de que se siente culpable, cree en el amor de Dios y en su misericordia sin limites. Y su fé no queda burlada, pues que Jesús con sus sagrados labios le declara absuelto y santificado, puesto que solo los justos, los hombres purificados ante Dios, pueden entrar en el Paraíso.

Cualesquiera que seámos, tengamos confianza. Nuestro Dios, es nuestro Salvador, y desde lo alto de su cruz nos promete perdonarnos. Acordémonos del buen ladrón, pero acordémonos también de la palabra de San Agustín contra la presuncion de la falsa penitencia: *Unus ne desperes, unicus ne praesumas*.—El evangelio ofrece este ejemplo para darnos esperanza; pero no ofrece sino este ejemplo solo, á fin de salvarnos de presuncion.

§ XIX

Tres horas habia que Jesucristo estaba pendiente de la Cruz, cuando á la hora sexta

del día, es decir, hacía el medio día, tinieblas sobrenaturales cubrieron toda la tierra; y duraron hasta la hora de nona. No eran aquellas tinieblas un eclipse ordinario, sino un oscurecimiento milagroso de la luz destinado á hacer conocer en todas partes que la obra divina tocaba á su término.

Muchos historiadores paganos y judíos, han atestiguado la verdad de estas tinieblas del Viernes Santo: y uno de ellos afirma que eran tan densas, que se veían distintamente las estrellas. Moises para libertar al pueblo del Dios de la servidumbre de Faraon, había cubierto el Egipto de tinieblas semejantes durante tres días, sin embargo de que no había obrado con otro poder que el del mismo Hijo de Dios que moría aquí en la Cruz, verdadero libertador de su pueblo y Señor único de la naturaleza.

Al pié de la Cruz se hallaba de pié inmóvil y transida de dolor, la Inmaculada Virgen, á quien el Hijo de Dios había elegido por madre suya.

Alto designio fué de Jesucristo el querer que María estuviese de pié junto á la Cruz y que allí nos fuese dada por Madre. Después de haber querido que le acompañase durante el curso de su vida, quiso sobre todo que le asistiese en su muerte; que estuviera

junto á su Cruz, y esto en calidad de gran testigo de la Divina Sangre que su Hijo derramaba por la salud del género humano. La cruz se apoya de este modo sobre María, tanto como María sobre la Cruz. "Quitad á María, y la Cruz cae," decía San Cirilo al Concilio Ecumenico de Efeso. La Virgen estaba acompañada de San Juan, de Santa María Magdalena y de algunas santas mugeres que seguían constantemente á Nuestro Señor. María en cuyo seno se había obrado el misterio de la Encarnación, se unía en el Calvario á su Hijo Jesus, ofreciéndose con El en sacrificio por los pecados del mundo. Había parido sin dolor á Jesucristo, tres veces santo: y ahora que su Hijo y su Dios había cumplido su misión sobre la tierra, tocábale parir á costa de dolores inconcebibles, al hijo adoptivo y culpable por el cual moría Jesus. Este hijo pródigo, este segundo hijo de Dios y de María, es el género humano, es la Iglesia, y Jesucristo ha muerto tan sólo para darle la vida espiriritual y eterna.

La humanidad estaba representada en el Gólgota por San Juan, el discípulo amado de Jesus, el discípulo puro y virgen que vino á ser desde entonces hijo de María. Poco tiempo antes de espirar, reanimando Jesus

sus desfallecidas fuerzas, dirigió los ojos á su Madre y á San Juan, que le contemplaban con dolorosa ternura; "Muger, dice á la Virgen, mostrándole á San Juan, he aquí á tu hijo." Y mostrando en seguida la santa Virgen á su fiel apóstol, añadió:—Hé aquí á tu madre."

Este era el último fallo del sacrificio de María, la cual de la boca misma de su Hijo único, recibía otro hijo, quedando todos nosotros comprendidos en esta palabra de Nuestro Salvador. María nos hizo participar del amor inefable de que estaba abrazado su corazón hácia Jesús su verdadero Hijo y su Dios; y así como en el día de la Encarnación el amor que había tenido hasta entonces á su Dios, vino á convertirse en el amor á Jesús su Hijo, del propio modo el día de la Redención, el amor á Jesús fué en ella el amor á toda la Iglesia, es decir, á todas las criaturas que aman á Jesucristo y que viven en su vida.

La devoción á María es, pues, para los cristianos, inseparable de la devoción á Jesús, de la propia manera que la devoción al mismo Dios.

§ XX

Aproximábase la hora solemne, las tinie-

blas empezaban á disiparse y dejaban ver suspendido en la Cruz el cuerpo lívido y palpitante del Redentor. Toda su sangre se había ya derramado, y sombras de muerte velaban su faz sagrada.

Para que comprendamos el abismo de sus dolores y el abandono en que la Justicia Divina había sumergido su humanidad, exclamó con una voz llena de angustias: ¡"Dios mío Dios mío!" ¡porqué me has desamparado?

Víctima como se ofrece del pecado, no se atreve, no puede ya llamar á Dios *su Padre*. Si nosotros tenemos, nosotros miserables pecadores, el derecho de repetir este nombre dulce de Padre, no es sino porque debemos á nuestro Salvador, que anonadándose por nuestro amor, nos ha restituido en su muerte la gloria de nuestra herencia perdida.

"Sed tengo," exclamaba moribundo Jesús; movido de compasión uno de los soldados romanos, tomó una esponja, la empapó en un poco de vinagre mezclado con agua, y á favor de su lanza, la aproximó á los secos labios de Jesucristo. Empero Jesús rehusó este último alivio, y sabiendo que la redención del mundo estaba terminada, levantó su cabeza cargada de espinas, y ex-

clamó:—/Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu!"

Despues, mostrándose como Dios, por última vez, lanzó un grito inmenso.—*Consumatum est.* Todo está consumado.

E inclinando la cabeza, emitió su espíritu; *omi sit spiritum.*

¡Dios acababa de morir! ¡Misterio incomprensible de amor! Sí; Dios muere en su humanidad, y ese espíritu que el de morir exhala sobre el mundo; es el espíritu principio de toda vida, el espíritu que en el día de la creación comunicó la vida á nuestro primer padre; no solo la vida natural y terrestre, sino la vida divina y eterna, espíritu de amor que perdimos al separarnos de Dios por el pecado, y que nos ha restituido nuestro Padre Celestial por los méritos de su Hijo Unico Jesus Crucificado.

Jesus muere, y su alma deja de animar y vivificar su cuerpo; pero su cuerpo, así como su alma, permanecen unidos á la divinidad, y el Hijo de Dios no permite á la muerte extender mas allá de esta desunion transitoria su accion sobre la humanidad santa de Jesus.

Esto es cabalmente lo propio que nos sucederá á nosotros si vivimos y morimos para Jesucristo: en el momento en que el de-

monio, príncipe de la muerte, tienda sobre nosotros su mano terrible, nuestra alma, unida á la alma santa del Salvador, será libertada con ella y por ella del poder del enemigo: y el día de la resurrección general, nuestro cuerpo mismo, vencido, degradado y quebrantado por el pronto, recobrará una nueva é imprecadera vida, por la virtud Divina del cuerpo de nuestro Redentor.

Por aquí se ve que la vida de Jesus es nuestra vida, su muerte es nuestra muerte, y su triunfo y su gloria eterna son nuestro triunfo y nuestra gloria.

§ XXI

Jesucristo murió el Viérnes Santo, día décimo quinto del mes de Abril, á la hora de nona, es decir, á las tres de la tarde. En el momento de espirar sucedieron grandes prodigios. Tembló la tierra, y la roca del Calvario se partió en el espacio que separaba la cruz de Jesus de la del mal ladrón. Un terror secreto se difundió en Jerusalem, y sobre todo en el templo, donde se inmolaba el Cordero vespertino. El velo que separaba el santuario de los sacerdotes del Santo de los Santos, se desgarró de

arriba á abajo con gran estruendo: el arca de la alianza dejó su fondo al descubierto, y la puerta principal del Templo se abrió por sí misma con estrépito.

El alma adorable de Jesucristo, en el momento que dejó de animar su cuerpo crucificado, descendió al seno de las almas santas, que desde el principio del mundo esperaban la venida del Redentor, las consoló y las hizo saber que el momento de su libertad era al fin llegado.

El cuerpo de Jesus, entretanto, permanecía aun pendiente del patibulo. Pero como se aproximaba la noche, y al siguiente día era sábado, día en que tan rigurosamente se abstendian de todo trabajo los judios, quisieron los fariseos concluir el acto, y ordenaron que se terminara quebrantando las piernas á los ejecutados. Los verdugos dieron en consecuencia el golpe mortal á los dos ladrones; pero un soldado llamado Longinos, adelantándose hácia la Cruz del Divino Salvador, tomó su lanza y la clavó brutalmente en el costado Sacrosanto del Hijo de Dios. El corazón de Jesus fué así traspasado de parte á parte, y San Juan, que no habia abandonado el pié de la Cruz, dice en su Evangelio, que de esta herida manaron sangre y agua.

Los demas verdugos, asegurados por este medio de la muerte de Cristo, dejaron de romperle las piernas, cumpliéndose de este modo la profecía de Moises, que dice: "Vosotros no quebrantareis ninguno de sus huesos."

La ley judaica prohibia que los cuerpos de los ajusticiados quedasen pendientes de la Cruz durante el sábado. La Santísima Virgen, San Juan y algunos otros discípulos de Jesus, resolvieron pues; sepultar su cuerpo; y con este fin uno de ellos, llamado José de Arimathea; hombre rico y poderoso, se presentó á Pilatos y le pidió permiso para desclavar de la Cruz y recoger en un sepulcro de su propiedad los restos inanimados del Hijo de María. (1) Pilatos concedió el permiso, no sin tomar nuevamente testimonio de la muerte de Jesus. El piadoso José, ayudado de algunos fieles, tributó á su

(1) Entre los fieles de que nos habla el autor, debe contarse no solo á José de Arimathea, que se ofreció á la Santísima Virgen para sepultar el cuerpo de Jesus, porque como nos dice San Juan en el cap. 19, se juntó con él el célebre Nicodemo, quien llevó una gran cantidad de aromas para embalsamarlo: y ambos acompañados de algunos fieles, lo descendieron de la Cruz, y lo sepultaron en un sepulcro nuevo. *Nota del Editor.*

Maestro aquel triste y postrer homenaje. El cuerpo sagrado se bajó de la cruz, y fué colocado en los maternales brazos de la Santa Virgen. Quitáronle la sangrienta corona de espinas que circundaba su frente; pusieron aparte los clavos arrancados de sus abiertas llagas, y encamináronse con la dolorosa carga hácia el sepulcro, nuevamente abierto en la piedra, y que José de Arimathea habia consagrado á ser sepultura de Jesus.

Lavado el cuerpo de Jesus, segun costumbre de los judios, embalsamaron sus llagas con perfumes y aromas, y suspendiendo hasta el siguiente dia por ser sábado la completa terminación de aquellos piadosos oficios, las santas mujeres envolvieron la cabeza en un sudario y todo el cadáver en una sábana ó mortaja. En seguida lo bajaron á la concavidad abierta en la piedra viva que los peregrinos de Jerusalem veneran todavía hoy; y despues de la última despedida y de los postreros ósculos de amor, la Madre toda Dolorosa entró en Jerusalem con San Juan, su hijo adoptivo, con Santa Magdalena y sus demas compañeras.

Los Fariseos y los Príncipes de los Sacerdotes andaban entretanto muy alerta, acordándose de que habia anunciado Jesus

muchas veces que resucitaria al tercer dia. Así es que tan luego como espiró Jesus, fueron á pedir á Pilatos que les diese soldados "por temor, decian, de que los discípulos del impostor fuesen á sustraer el cuerpo para esparcir en seguida la voz de que habia resucitado." Pilatos, atormentado ya por los remordimientos, los despidió con ceño, diciéndoles.

—Guardias teneis, vigilad vosctros mismos el sepulcro.

Efectivamente, los judios mismos cerraron entonces la entrada del sepulcro con una losa; y pusieron sobre las junturas de la piedra el gran sello del templo para impedir toda supercheria.





DIRECCIÓN GENERAL DE

La Resurrección y el triunfo de Jesucristo.

§ I.

Jesús es la vida. Había padecido muerto, no como vencido, sino en calidad de vencedor, puesto que esta muerte iba a ser seguida de un magnífico triunfo que había de aherrojar al que tiene el imperio de la muerte, es decir, al demonio. ®

Catorce veces en el curso de sus predicciones Jesucristo había anunciado que después de su Pasión y de su muerte, resucitaría al tercer día, y había indicado además que esta resurrección sería como el signo definitivo por el cual no solo sus Apóstoles,



DIRECCIÓN GENERAL DE

La Resurrección y el triunfo de Jesucristo.

§ I.

Jesús es la vida. Había padecido muerto, no como vencido, sino en calidad de vencedor, puesto que esta muerte iba a ser seguida de un magnífico triunfo que había de aherrojar al que tiene el imperio de la muerte, es decir, al demonio. ®

Catorce veces en el curso de sus predicciones Jesucristo había anunciado que después de su Pasión y de su muerte, resucitaría al tercer día, y había indicado además que esta resurrección sería como el signo definitivo por el cual no solo sus Apóstoles,

sino tambien los mismos judíos infieles podrían reconocer algun dia era el Hijo de Dios.

“Esta generacion perversa y adúltera,—decia,—exige una señal, y no se le dará otra mas que la de Jonás. Así como este fué sepultado durante tres dias en las entrañas de un monstruo, del mismo modo el Hijo del Hombre, despues de haber sido entregado, abofeteado y crucificado, será colocado en el sepulcro, y resucitará al tercer dia.”

Los enemigos de Jesucristo conocian tan perfectamente esta profecía, y de tal modo comprendian su importancia, que su primer cuidado despues del descendimiento de la Cruz, fué vigilar al Santo Sepulcro, poner en él guardias, y cerrar con el sello público la entrada de la sepultura.

Esta prevision, inspirada á los judíos por su odio y su recelo, cede por completo en provecho de nuestra fé, así como la obstinada incredulidad de los Apóstoles, y principalmente la de Santo Tomás. Ante estos dos hechos combinados, las suposiciones de fraude que la impiedad opone, sin creerlas las mas veces ella misma, se convierten en una imposibilidad material.

Apesar de todo, siendo para nosotros la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo

lo que fué para los Apóstoles y lo que debía ser para los judíos, el signo de los signos, el milagro de los milagros, y la prueba de las pruebas, es de suma importancia conocer sus pormenores, y dar á nuestra fé el apoyo de la evidencia.

La Providencia Divina se ha dignado facilitarnos esta tarea rodeando la Resurreccion del Salvador de circunstancias determinadas hasta tal punto, que el buen sentido y la buena fé bastasen para resolver esta cuestion capital.

§ II.

San Pedro y San Juan se habian asociado á María y ocultándose para llorar y orar con ella. San Juan mismo confiesa en su Evangelio que se habian olvidado de la palabra profética del Salvador respecto á la Resurreccion. La Santísima Virgen, que era la única iniciada en el misterio de Jesucristo, sabia lo que iba á suceder; pero entonces, como antes, conservaba como escondidas todas estas luces en su corazón.

En cuanto á los demas Apóstoles, habiéndose dispersado acá y acullá desde la noche del juéves: sumidos en el abatimiento y en

una especie de desesperacion, habian pasado dispersos el dia del sábado y el de la Pascua, hasta que volvieron á reunirse la noche que siguió al sábado, y que precedió á la Resurreccion. Tomás Didimo, sobrecojido de un terror pánico, se habia alejado bastante de Jerusalem.

§ III

Desde la noche del viérnes no cesaron de relevarse los guardas puestos por los judios en el sepulcro del Señor. Entretanto, las santas mugeres habian vuelto á Jerusalem y se habian apresurado para comprar porcion de perfumes, á fin de concluir el embalsamamiento del cuerpo de Jesus. No habiendo, pues, podido salir el dia del sábado, ignoraban como los Apóstoles, que los príncipes de los sacerdotes hubiesen enviado soldados para velar el sepulcro.

En el momento que empezaba á amanecer, la piedra sepulcral se estremeció de repente.

Un ángel brillante como el relámpago, se apareció ante los guardias aterrados, que callaron de espaldas: la puerta sellada se hizo pedazos, y saltó como vidrio, Jesucristo habia resucitado!....

Acabábase de cumplir su palabra. "Dejo, habia dicho, mi vida para recobrarla; nadie me la quita: por mi voluntad propia la abandono; tengo poder de dejarla y de recobrarla. Tal es el precepto que he recibido de mi Padre."

La muerte habia quedado vencida, y nuestro caudillo reconquistaba en aquel punto, mas para nosotros que para sí mismo, todo cuanto Adán habia perdido por el pecado.

Cuando se recobraron los guardias de su espanto, huyeron á la ciudad para referir á Caifas y á los príncipes de los sacerdotes lo que habia acontecido. Estos perseverantes en su mala fé, y obstinados por el odio, continuaron su crimen, y dieron á los soldados una suma considerable, á fin de que difundiesen, como en efecto lo hicieron, la noticia de que durante la noche, y mientras ellos dormian, los discípulos del Crucificado habian venido á llevarse el cuerpo. Ridícula é imposible fábula, tan desacreditada desde el primer momento, que nadie osó contradecir á los Apóstoles cuando en las plazas de Jerusalem y hasta en el templo descubrian abiertamente la grosera mentira de los enemigos del Señor. (1)

(1) En el siglo pasado, los filósofos impíos, á

§ IV

Pregúntase á veces en donde y de qué manera estuvo Jesucristo resucitado durante los cuarenta dias que mediaron desde el triunfo de la Resurreccion al triunfo definitivo de su asencion á los cielos.

En esta pregunta se contiene el grande y admirable misterio de la glorificacion de los cuerpos á que todos somos llamados por Jesucristo. En la tierra, en esta vida mortal, preparatoria é imperfecta, nuestros cuerpos se hallan en un estado como de enfermedad, y á causa del pecado en cierta decadencia, que debe un dia desaparecer. Este dia será el de la resurreccion de los

quienes se llamaban *espíritus fuertes*, dijeron y escribieron, propósito de este supuesto robo del cuerpo del Señor, cosas verdaderamente increíbles pues no pudiendo presentar prueba ninguna de que el tal robo se hubiese hecho al aire libre, tuvieron valor de suponer que los Apóstoles habian abierto en treinta y siete horas una mina de un cuarto de legua de longitud, y oradando la *roca viva* sobre que está construida la ciudad de Jerusalem, y que forma esclusivamente el terreno del Gólgota. ¡Qué tal!! ¿Se pueden decir mas disparates? Pues, sin embargo, á las gentes que tales sandeces escribian, se les llamaban hombres de talento.

cuerpos, en el cual entraremos con Jesucristo, rey de la gloria, en una vida toda espiritual, toda perfecta; estado que apenas podemos concebir, habituados como estamos á no ver nada en nuestro derredor que no sea material é imperfecto. Dejaremos entonces de estar sujetos á las leyes terrestres del tiempo y del espacio: sin convertirnos en puros espíritus, nuestro cuerpo será todo penetrado, todo perfeccionado por el espíritu: será espiritualizado ó *espiritual*, como dice San Pablo, laminoso, inmortal, impenetrable é invisible. De este modo, y mediante el Misterio de la Encarnacion, Dios nos revela un estado sobrenatural de la materia y de los cuerpos.

Tal fué Jesucristo despues de su resurreccion, y tales seremos nosotros en la eternidad. Hallábase, pues, el Salvador sobre la tierra sin ocupar lugar alguno, y á la manera de un espíritu, que era visible, sin embargo, cuando queria á las miradas corporales de los hombres, y hasta capaz de ser tocado, de hablar y aún de comer; porque este cuerpo resucitado, aunque espiritual y perfecto como era, era tambien real y verdaderamente un cuerpo humano. Despues de su Ascencion, Jesucristo ha conquistada en su Sagrado Cuerpo un grado de glorio

mas absoluta aún; y San Ambrosio expresaba esta perfeccion última, diciendo que en el cielo Jesus es *Totus Deus, Dios todo entero*, todo en el Espíritu Santo, sin imperfeccion alguna terrestre en su Ser.

§ V.

María Magdalena, la pobre pecadora convertida, la cristiana fiel y animosa del Calvario, llevada de su amor, salió de Jerusalem el domingo de mañana antes de salir el sol. Deseaba ir á llorar junto al sepulcro de su buen Maestro, exponiéndose, sin saberlo, á los insultos de los soldados. Pero Jesucristo habia resucitado ya, en tanto que ella se dirigia á aquel lugar; y cuando Magdalena llegó al huertecito que rodeaba el sepulcro, los centinelas habian huido. Viendo con asombro la puerta abierta y quebrantada la loza, echó una rápida mirada al interior de la sepultura, y creyendo que se habian llevado el cuerpo, corrió precipitadamente para advertírselo á Pedro y á Juan, que salieron luego en direccion al sepulcro, acompañados á alguna distancia Magdalena.

La Santa Virgen, á cuya morada sin duda Magdalena habia ido á buscar á Pedro

y á Juan, quedóse sola en su estancia, y entonces fué cuando, segun la tradicion, si adorable Hijo se le apareció como á la primera y la mas digna de todas las criaturas. Era muy justo que Jesus manifestase desde luego su gloria á la inseparable compañera de sus humillaciones y de sus dolores.

Pedro y Juan corrieron hácia el sepulcro, no comprendiendo nada de cuanto les habia referido Magdalena. Juan, como jóven que era, llegó antes que Pedro, y asomándose á la entrada de la sepultura, vió en efecto el interior vacío; pero no se atrevió á entrar antes que Pedro, á quien Jesus habia designado de antemano, por Gefe de la Iglesia. Pedro, habiendo bajado las pocas gradas que conducian á la cavidad del sepulcro, se aseguró de la verdad. El sudario estaba allí todavía, y los lienzos que habian envuelto la cabeza del Hijo de Dios, se veian doblados y puestos aparte.

En la turbacion de sus pensamientos; ninguno de los dos apóstoles recordaba la gran promesa; y merced á este olvido, creyendo ellos tambien que habian sustraído el cuerpo, llenaron de asombro á los demás discípulos refiriéndoles lo que habian visto.

§ VI.

Santa María Magdalena que habia segaido á Pedro y á Juan, despues que éstos se marcharon, arrodillose cerca de aquel sepulcro, que le traia á la memoria tan dolorosos y caros recuerdos, deshaciéndose allí en lágrimas. Acercóse despues nuevamente hácia la entrada del sepulcro, y entonces vió á cada lado de la losa sobre la cual se habia depositado el Cuerpo Divino á dos ángeles en figura de dos jóvenes vestidos de blanco, á la manera de los dos querubines de oro que Moisés por orden de Dios mandó colocar á cada extremo del Arca de la Alianza en el Santo de los Santos. Por una coincidencia fácil de comprender, el sepulcro ya desde entonces vacío de Jesucristo, tenia las dimensiones mismas del Arca de la Alianza, que desde entonces quedaba vacía de Dios.

La vista de estos dos ángeles hizo poca importancia á Magdalena, absorta como enteramente se hallaba en su profundo dolor.

—Muger, dijóle: ¿por qué lloras?

—Lloro contestó ella, porque se han llevado á mi Señor, y no sé dónde lo han puesto.

Y mientras hablaba de este modo, entre vió que á su lado y un poco á espaldas de ella estaba un hombre á quien tuvo por el hortelano encargado de cuidar aquel lugar fúnebre. Sin volverse la pobre Magdalena le dirigió la palabra llorando:

Si sois vos el que lo habeis llevado, decídmelo y manifestadme donde está.

Pero al oír una voz conocida y que la llamó por su nombre “¡María!” estremecióse todo su ser, y levantando los ojos, vió que quien le hablaba no era otro sino su adorable Salvador. En el primer trasporte de alegría, y ardorosa en su amor como en su dolor, se arrojó á sus pies para besarlos; pero Jesucristo la contiene diciendole:

—No me toques; aun no he subido á mi Padre: vé en busca de mis hermanos; y díles que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios.

Estas palabras del Señor son dignas de ser meditadas. Por la Encarnacion y la Redención, el Hijo de Dios ha venido á ser nuestro hermano, haciéndonos participantes de su filiacion divina y dándonos derecho de llamar á Dios nuestro Padre. Por otro lado, siendo como es verdadero Hombre, viene á ser en razon á su humanidad el servidor y la criatura de Dios su Padre, sin

dejar de ser en todo igual al Padre, en razón de su Divinidad.

Magdalena obedeció la orden de su Maestro y se apresuró á ir al Cenáculo á noticiar la Resurrección de Jesus á los Apóstoles, los cuales no la creyeron.

§ VII

Poco tiempo despues de esta primera aparición de Jesus, sucedió que otras tres santas mujeres, Juana, María, madre de Santiago, y Salomé, se encaminaron al sepulcro con aromas para terminar la obra de piedad que habian empezado la tarde del Viérnes Santo. Preguntábanse con inquietud unas á otras, cómo podrian penetrar en el sepulcro, á causa de la pesada losa que habian visto colocar á su entrada, pues ignoraban en efecto cuanto habia pasado. Al acercarse vieron, con no menos sorpresa, que Magdalena, abierta la entrada del sepulcro, y á su lado volcada la piedra que lo cerraba. Entraron, pues, con precipitación, y quedáronse espantadas á la vista de un ángel que se hallaba cerca del lugar en que habia descansado la cabeza del Señor. Pero éste las tranquilizó al momento con su-

ves palabras: "No temais, les dijo, sé que venís en busca de Jesus Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí, no busqueis entre los muertos al que está vivo. Acordaos de lo que os decia en Galilea: "el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores y crucificado; pero resucitará al tercer dia. Id pues, y anunciad esto á sus discípulos, y en particular á Pedro."

Recordando efectivamente entonces esta profecía, llenas de un terror religioso, huyeron sin atreverse las tres mujeres ni aun á hablar entre sí. Pero hé aquí, que en el camino ven al Maestro, que saliéndolas al encuentro, les dice: "¡Dios os guarde!" Prostráanse ante El, y segun la costumbre del Oriente, le abrazan sus rodillas y piés, y Jesus les dice: "No temais, id y anunciad esto á mis hermanos: que vayan á Galilea y me verán allí." y desapareció.

Los Apóstoles y los discípulos no dieron mas crédito al testimonio de las tres mujeres que al de Magdalena, y las trataron de visionarias.

§ VIII

El dia de la Resurrección, entrada ya la tarde, dos discípulos se dirijian á una aldea,

llamada Emaus, poco distante de Jerusalem. Con triste desaliento iban hablando de la venida del Mesías, cuando Jesus, llegándose á ellos, y caminando en su compañía, les preguntó el motivo de su tristeza y de su conversacion; ellos se lo dijeron ingenuamente, y añadieron: "Esperábamos de nuestro Mesías la salud de Israel; pero hé aquí el día tercero y nada ha sucedido." — ¡Insensatos! dijoles el Señor, ¿por qué rehusais creer lo que han dicho los Profetas? ¿No convenia que Cristo sufriese de esa suerte para entrar en su gloria?" Y comentando á Moisés y á todos los Profetas, el Divino Viajero descubria á sus compañeros el misterio de las Escrituras, y les explicaba de qué modo están llenos de Jesucristo.

Llegados á Emaus, le rogaron se detuviese con ellos en la posada y participase de su comida; y Jesus, habiendo tomado el pan lo bendijo como en la Santa Cena, lo partió, lo consagró en su cuerpo adorable y lo dió á sus dos convidados, quienes abriendo entonces sus ojos, reconocieron al Señor; pero El desapareció.

En cuanto á ellos, llenos de un fervor santo, salieron de la posada y volvieron apresuradamente á Jerusalem, á donde llegaron ya de noche. — "Nuestro corazón, se

decian uno á otro, ¿no estaba ardiendo mientras que no nos hablaba en el camino?" — Los Apóstoles y los discípulos les refirieron todos los sucesos de aquel día; y ellos á su vez como el Señor se les habia aparecido, y de qué modo lo conocieron al partir el pan. Pero apesar de aserciones tan positivas, los demas no querian creerles.

Esta obstinada incredulidad de los Apóstoles, es verdaderamente providencial, y da una fuerza infinita á su testimonio acerca de la Resurreccion.

§ IX

Pero hé aquí que, hallándose cerradas las puertas de la habitacion en que estaban congregados los Apóstoles, repentinamente Jesucristo se aparece de pié en medio de ellos, y les dice: "La paz sea con vosotros, soy Yo, no temais." Ellos creyeron ver un fantasma, y quedaron sobrecojidos de espanto. — "¿Por qué teméis, les repitió entonces la dulce y santa voz de Jesus: ¿qué pensamientos os agitan?" Y enseñándoles sus manos y sus piés en que habia querido conservar las llagas de la Redencion. "Mirad y tocad, les dijo: soy Yo; un fantasma no tie-

ne carne ni huesos." Pero como dudasen todavía, vacilando sus animos entre la alegría y el estupor, el buen Maestro, lleno de indulgencia para con su debilidad, añadió: "¿Teneis algo que comer?"—Y habiéndole ellos ofrecido un pescado asado y un panal de miel, Jesus comió á su vista, y les dió lo que quedaba.

Con esto, en fin, los Apóstoles quedaron convencidos; como quienes veían con sus ojos y tocaban con sus manos, y entonces sucediendo en ellos al exeso de desaliento el colmo de la alegría, prosternáronse ante el Hijo de Dios y le adoraron, no sin que El les reprendiese su tardanza en creer, y la dureza de su corazon. Despues iluminó sus espíritus, á fin de que entendiesen las Escrituras, y les dijo: "Todo lo que ha ocurrido se hallaba escrito: era necesario que Jesucristo padeciese y que resucitara de entre los muertos al tercer dia: y ahora es necesario que se predique en su nombre la penitencia y la remision de los pecados por toda la tierra, empezando por Jerusalem..." "¡La paz sea con vosotros, les dijo segunda vez, con una majestad divina: así como mi Padre me ha enviado, Yo os envío á vosotros." Despues, soplando sobre ellos, les dice: "Recibid el Espíritu Santo: los pecados

que perdonareis, serán perdonados, y los que retuviéreis, serán retenidos."

Admirable armonia entre la Resurreccion de Cristo y la resurreccion de la humanidad pecadora! El dia mismo de Pascua, el Dios Salvador instituye la confesion, (1) Sacramento Supremo de su misericordia, triunfando así de la muerte y del pecado en todos los hombres.

Vencedor del demonio, Jesus nos hace ce partícipes de su victoria. Perdona nuestros pecados, comunicando á sus sacerdotes el poder de remision que á El solo pertenece, y convirtiéndolos de este modo en verdaderos Salvadores, los envía á todos sus hermanos con la misma mision y la autoridad misma que El ha recibido de su Padre. *Así como mi Padre me ha enviado Yo os envío á vosotros!* ¡Qué respeto, pues, no debemos tener á los Sacerdotes de Cris-

(1) Otros autores suponen que Jesucristo instituyó el Sacramento de la Penitencia en la noche de la Cena, en el Lavatorio de los pies: y que en tiempo de esta ceremonia les perdonó todos sus pecados para que pudiesen comulgar dignamente; y que Nuestro Señor despues de su resurreccion publicó que ya podian confesar: como quiera, siempre tenemos, que al menos fué instituido despues de Pascua, y que fué instituido por Nuestro Divino Salvador. Nota del Editor.

to, y cuán grande no debe ser nuestra gratitud por esta institucion del Sacramento de la Penitencia!

Los protestantes, estraviados como están del camino cristiano, se esfuerzan por debilitar la claridad; tan terrible para ellos, pero tan consoladora para nosotros, de la promesa del Cenáculo. ¿Qué sentido, si no es el católico puede darse á estas palabras tan sencillas como positivas? *“¿Los pecados que perdonáreis, serán perdonados; y los que retuviéreis serán retenidos.”*

§ X.

El Apóstol Santo Tomás, oculto á la sazón fuera de Jerusalem, oyó hablar de lo que habia acontecido; y recobrado de su terror, volvió á la ciudad á reunirse con sus hermanos. Pero en vano éstos le dicen una y otra vez, que habian visto á Jesus resucitado, que habia comido El mismo en su presencia, que se habia aparecido en varias ocasiones y en diversos lugares á sus Apóstoles; todo en vano, pues Tomás se negaba á creerlos. “Si no meto mis manos en el agujero de su costado, decia, y no toco con

mis dedos las llagas de sus manos y de sus piés, no lo creeré.”

Como al octavo dia despues de Pascua, los Apóstoles, y esta vez Tomás con ellos, estuviesen reunidos en el Cenáculo para la oracion, hallándose cerradas las puertas y las ventanas de la sala, Jesus se presentó derrepente ante ellos, y dirigiéndose á Tomás Didimo: “Dame tu mano, le dijo, y acércala á mi costado: introduce tu dedo en mis llagas, y no seas incrédulo, sino fiel.”

Vencida ya con esto la incredulidad del Apóstol, prosternóse, y lleno de arrepentimiento y de fé, exclamó: “Señor mio, y Dios mio.— *Dominus meus, et Deus meus.*”

Y Jesus le dijo severamente: “Porque has visto, Tomas, has creído; bienaventurados los que no han visto, y sin embargo han creído.”

Ved, pues, aquí el último testimonio que en la incredulidad del Apóstol Tomas se nos ofrece de la evidente Divinidad de Jesucristo. Con harta razon, dice San Gregorio: permite Dios para la confirmacion de nuestra fé este prodigio de incredulidad; pues que si, apesar de tantas aseveraciones nuestra ceguedad fuere tan grande que rehusáramos creer á los Apóstoles, ¿cómo negarse á creer la afirmacion de Santo Tomás?

Nosotros los católicos somos esos bienaventurados que creen sin haber visto, y los que de diez y nueve siglos á esta parte repetimos al pié de Jesus el grito de la fé, de la adoracion y del amor: *¡Dominus meus, et Deus meus!*

§ XI.

Resucitado el Salvador, permaneció cuarenta dias sobre la tierra, apareciéndose frecuentemente á los suyos y hablándoles del Reino de Dios, es decir, de su Iglesia. De ésta se ocupó en sus últimas conversaciones, dando á los Apóstoles los correspondientes documentos para la predicacion del Evangelio, para la organizacion del gobierno de los fieles y de la gerarquía de los pastores, para la administracion de los Sacramentos y para la direccion general de las cosas santas.

En una de sus apariciones á orillas del lago de Genezareth, preguntó á San Pedro en medio de sus hermanos:

—“Pedro ¿me amas mas que éstos?”

—“Sí Señor: respondió Pedro; Vos sabeis que os amo.”

—*Apacienta mis corderos.*

Preguntóle segunda vez:

—“Pedro, hijo de Juan, ¿me amas?”

—Señor, Vos sabeis que os amo.

Y repitió Jesus: *Apacienta mis corderos.*

Finalmente, habiéndole preguntado el Salvador por tercera vez—¿Me amas? curado Pedro de su presuncion pasada, y temiendo de su propia debilidad, le respondió todo conmovido:

—“Vos lo sabeis todo: sabeis bien que os amo.

Entonces Jesus le miró amorosamente, y le dijo:

—*Apacienta mis ovejas.*

Los corderos de Jesucristo son los fieles, cuya reunion componen la Santa Iglesia; y las ovejas de Cristo son los obispos que regeneran á los fieles en la vida espiritual. Pastores respecto de los fieles, ovejas respecto de los corderos, los obispos estan á su vez sometidos al cayado de Pedro, Pastor Supremo, representante visible del Pastor Celestial. Por aquí se ve, pues, que la gerarquía católica esta constituida por el mismo Salvador. El Papa, vicario de Jesucristo, y depositario universal de su poder, enseña, gobierna sin apelacion á todos los miembros del Reino de Dios sobre la tierra: su autoridad no es una autoridad humana,

sino la aútoridad divina de Jesucristo, Señor Nuestro, por cuya virtud su enseñanza es infalible, su fallo, sin réplica. El que se separa del Papa, se separa de Dios y de Jesucristo: el que le escucha, escucha á Jesus; y el que le menosprecia, menosprecia á Dios.

El Obispo debe obedecer al Papa lo mismo que el simple fiel, y si es posible, mas perfectamente aún que él, estando obligado por la santidad de su vocacion á virtudes mas excelentes. Por medio de esta obediencia y de esta unidad de espíritu, se hace participante á su vez de la infalibilidad divina del Soberano Pontífice, y su gobierno descansa sobre firme roca.

Finalmente, el sacerdote y el simple fiel deben un humilde y filial respeto al Obispo, como obligados que uno y otro estan á venerar en él al Cristo, Pastor de los Pastores, y cometiendo un gran crimen si se rebelan contra su aútoridad santa.

§ XII.

A los cuarenta dias despues de Pascua, el Señor se apareció por última vez á sus discípulos cerca de Jerusalem. La Santa

Virgen, los once Apóstoles y mas de quinientos discípulos se hallaban presentes. Era el medio dia, Jesucristo condujo á esta devota muchedumbre al Monte de las Olivas á un sitio que sabemos cual fué por la tradicion y por los libros santos.

—“Hé aquí,—dice á sus Apóstoles,—que voy á enviaros del cielo al prometido por mi Padre, y vais á ser regenerados en el Espíritu Santo. Vosotros dareis testimonio de Mí en Jerusalem, en toda la Judea y hasta en las estremidades de la tierra.

Despues levantando las manos para bendecirlos, añadió:

—¡Todo poder me ha sido dado en el Cielo y en la tierra. Id pues, y predicad el Evangelio á toda criatura; instruid á todas las naciones, y enseñadles á observar mi ley. Bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y ved que estoy con vosotros hasta el fin del mundo!

Y mientras que Dios hecho Hombre dirigía á sus Apóstoles esta solemne despedida, se elevó majestuosamente á vista de toda la muchedumbre prosternada, y en seguida una nube luminosa lo ocultó á las miradas de todos.

El Misterio de la Encarnacion quedaba

consumado en la tierra; pero Jesús no debía dejarnos huérfanos; y así es efectivamente que, aunque Él está en el Cielo, mora, sin embargo entre nosotros por el doble misterio de su Eucaristía y de su Iglesia.



Jesús presente en el mundo por la Eucaristía.

§ I

Aunque es verdad que Jesucristo ha abandonado este mundo, no lo es menos que está aun en el mundo, si bien no está como en otro tiempo, de una manera terrestre, material y corruptible; sino de un modo enteramente celestial y perfecto, inmanente y divino, en el Sacramento de la Eucaristía, por medio del cual mora perpetuamente entre nosotros, como un padre entre sus hijos, como entre sus súbditos un monarca. Con deliberado propósito, y reservándose

consumado en la tierra; pero Jesús no debía dejarnos huérfanos; y así es efectivamente que, aunque Él está en el Cielo, mora, sin embargo entre nosotros por el doble misterio de su Eucaristía y de su Iglesia.



Jesús presente en el mundo por la Eucaristía.

§ I

Aunque es verdad que Jesucristo ha abandonado este mundo, no lo es menos que está aun en el mundo, si bien no está como en otro tiempo, de una manera terrestre, material y corruptible; sino de un modo enteramente celestial y perfecto, inmanente y divino, en el Sacramento de la Eucaristía, por medio del cual mora perpetuamente entre nosotros, como un padre entre sus hijos, como entre sus súbditos un monarca. Con deliberado propósito, y reservándose

nos hablar de ello mas oportunamente, hemos omitido en la relacion de la vida pública del Salvador, el célebre discurso Eucarístico que refiere el Apóstol San Juan en el capítulo XVI de su Evangelio. San Juan es el único de los cuatro Evangelistas que no menciona las palabras espresas de la institucion de la Eucaristía en la Cena del Juéves Santo; en cambio habla en dos ocasiones de este adorable misterio, para revelarnos los secretos que los demas Evangelistas no se han atrevido á confiar á la Escritura. De esta suerte el precepto apostólico y primitivo (1) que prohibia tan severamente á los iniciados en los misterios cristianos divulgar la parte íntima de ellos, era plenamente observada; y sin embargo, los fieles, pudiendo reunir y confrontar los textos sagrados, encontraban en los tres primeros Evangelios, por una parte, y en el de San Juan, por otra, una instruccion completa y admirable sobre la Sagrada Eucaristía.

(1) Esta ley era llamada *ley del secreto*, que estuvo en observancia en la Iglesia mientras los paganos se hallaban confundidos con los cristianos: se referia principalmente á los Sacramentos, á la liturgia y los dogmas mas delicados de la doctrina católica.

§ II

Pero antes de proseguir, haremos tres observaciones capitales:

Primera: En este misterio, como en todos los misterios de Dios, es menester no empeñarse en comprenderlo todo, como quiera que lo que es *divino* no puede menos de ser siempre infinito. Lo único necesario para un hombre racional, es asegurarse de la realidad del hecho. Es, existe realmente el hecho; luego es *posible*: nada mas lógico que semejante razonamiento.

Segunda: Muchos quieren que se les pruebe la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; y sin embargo, no creen ni aun en la divinidad de Jesucristo. Esto es exigir un imposible: es querer el efecto sin la causa. El fundamento de la Eucaristía está en la Encarnacion, y la fé en Jesucristo es la base necesaria de todas nuestras creencias.

Tercera: Otros pretenden esplicaciones deducidas del orden material y terrestre acerca de un dogma en que todo es sobrenatural, celestial y divino. Pero si es imposible juzgar el misterio de la Encarnacion por las solas luces de la razon humana, ¿qué

será del de la Eucaristía, en que no solo la divinidad, sino la humanidad misma del Salvador, están escondidas y ocultas á nuestras incesantes miradas?

§ III

—¿Cómo un solo y mismo cuerpo, se dice, puede estar á la vez realmente presente en mil lugares diversos?

En el *orden natural*, y segun las leyes que rigen la materia en este mundo, es eso manifestamente imposible, como por sí solo nos lo demuestra el simple testimonio de la razon y de los sentidos. Pero en el *orden sobrenatural*, y segun las leyes propias y especiales que rigen los cuerpos glorificados, toda dificultad se desvanece.

Es preciso guardarse mucho de confundir el cielo con la tierra, y de aplicar á la contemplacion de las cosas celestiales los pensamientos groseros y materiales que nos guian en la apreciacion de las cosas de este mundo. Como la demostracion de esta verdad sería demasiado metafísica, bastará recordar una doctrina tan fecunda como poco meditada acerca de la fé. En la eternidad no hay ni tiempo ni espacio; y nuestros mis-

mos cuerpos, trasfigurados completamente por la glorificacion, serán asociados á la inmutabilidad, y en cierto modo á la espiritualidad de nuestras almas: incorruptibles, inmortales, no ocuparán entonces espacio alguno, ni estarán sujetos á mudanza alguna de tiempo, sino que serán todo luz y perfeccion.

El Apóstol San Pablo lo dice espresamente: "Nuestro cuerpo mortal está aquí sin gloria; pero resucitará en la gloria; es débil, pero resucitará poderoso; es animal, pero resucitará espiritual."

Y nuestro Señor mismo dice en los Evangelios, bien esplicitamente: "En el estado de la resurreccion *los hombres serán como los ángeles de Dios.*"

Pues así está el Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía: es decir, en relacion, sin duda con el tiempo, el lugar y el espacio; pero no sujeto á las leyes terrestres del tiempo, del lugar ni del espacio; y de la propia manera, por la virtud sobrenatural de este Divino Señor, todos nosotros que somos sus miembros, podremos un dia entrar en la misma gloria.

¿A qué quedan pues, reducidas, ante esta sencilla observacion y estas palabras de la Escritura, las supuestas imposibilidades

que contra la Sagrada Eucaristía oponen los protestantes y los incrédulos!

§ IV

Exponer la doctrina neta de la Iglesia acerca de los misterios, es tanto como resolver anticipadamente la mayor parte de las dificultades que impiden la adhesión de la fé. Esta verdad general que hemos explicado mas arriba, en el misterio de la Encarnación, no es menos aplicable al misterio de la Eucaristía, que es el misterio por excelencia.

Acerca de este misterio la Iglesia nos enseña que por la virtud omnipotente y puramente divina de las palabras de la consagración, la sustancia del pan y del vino se convierte, en manos del sacerdote, ministro de Dios, en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Este cambio milagroso, porque es instantáneo, se llama *transustanciación*.

Por maravillosa que sea la transustanciación eucarística, nada ofrece chocante ni inusitado para quien sepa reflexionar. La naturaleza, en efecto, está llena de transustanciaciones, es decir, de cambio de unas sustancias en otras. El pan que comemos,

por ejemplo, ¿no se cambia en la sustancia viviente de nuestro cuerpo? ¿Los jugos de la tierra, y la sustancia de la tierra misma, ¿no se cambian en árboles, despues en flores, mas adelante en frutos, y por último, en carne y sangre en los cuerpos animados? En una palabra, los elementos de este mundo ¿no se hallan en una transustanciación continua? Y Dios Todopoderoso que opera todo este portentoso movimiento vivificante por una acción lenta é insensible, no habia de poder verificarla por el efecto instantáneo de su palabra? Pues bien: Jesucristo es Dios; el sacerdote en el altar se convierte en Jesucristo por su sacerdocio; por consiguiente, su palabra, cuando consagra, es la palabra omnipotente de Cristo Dios Creador.

Despues de la consagración, solo queda ya la *apariencia* del pan y del vino; y esa apariencia es lo único que vemos y palpamos; pero bajo esta apariencia se halla en realidad, aunque oculto para nosotros, el Cuerpo adorable de Cristo, invisible, impalpable, indivisible.

No es pues, el Cuerpo de Jesucristo el que se divide cuando el sacerdote parte el pan consagrado, sino solamente el signo sensible y sacramental, y seria confundirlo to-

do el creer á Jesus Eucarístico, sujeto como lo estuvo en su vida terrena, al movimiento, á la divisibilidad y á todos los accidentes que son propios de nuestros cuerpos en este mundo. Cuando los hereges, durante las guerras de religion, arrojaban al cieno las sagradas formas, no era por eso Jesus manchado con esta sacrilega profanacion; así como la riqueza de nuestros tabernáculos tampoco añade nada á su gloria.

La multiplicidad de las hostias, multiplicada, pues, el signo exterior que nos anuncia la presencia real de Jesucristo Nuestro Dios, pero no afecta de modo alguno la unidad indivisible de la sustancia divina y glorificada de su Cuerpo.

Repito pues, que la Eucaristía es el misterio del Cielo, y las leyes de la tierra nada son ni pueden contra la perfeccion de su santidad.

§ V.

Hay una manera muy sencilla y segura de convencerse de la presencia real del Divino Salvador en la Eucaristía. Basta leer

con intencion recta y religiosa lo que sobre este punto dice El mismo en los Evangelios.

Un año próximamente antes de su Pasion al acercarse la festividad de la Pascua, hallase Jesus rodeado junto á Cafarnaum de una inmensa multitud, á quien el día anterior habia saciado por medio de la multiplicacion milagrosa de cinco panes y algunos peces. Apesar de este prodigio, é instigados sin duda por los infatigables enemigos de Jesucristo, los judios vacilan en mirarle como el Mesías:—"Moisés dicenle, hizo un milagro mayor todavía, alimentando en otro tiempo á nuestros padres con el maná en el desierto durante cuarenta años."

—"En verdad os digo, respondiósle Jesus,—Moisés no os ha dado el pan del Cielo: mi Padre es el que da el verdadero pan del Cielo, porque el pan de Dios es el que ha bajado del Cielo, y da la vida al mundo."

Y como los judios le estrecharon con preguntas:—*Yo soy*, replicó, *el pan vivo*! Vuestros padres comieron el maná del desierto, y murieron; pero hé aquí el pan que ha descendido del Cielo á fin de que los que le comen no mueran.

"Yo soy el pan vivo bajado del Cielo; el que comiere de este pan vivirá eternamente,

y el pan que yo os daré (1) es mi Cuerpo, que será inmolado por la salvación del mundo."

Al oír estas palabras tan claras, tan precisas y sobrehumanas, los judíos murmuraron y dijeron lo propio que los protestantes dicen hace tres siglos, y con ellos todos los incrédulos:—¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo este Hombre puede darnos su cuerpo por alimento? Jesús no les dice que se engañen al entender así sus palabras divinas; sino que, absteniéndose de explicar lo que ni los sentidos ni la razón pueden comprender, el Hijo de Dios continúa, con una insistencia y una claridad maravillosas, esponiéndoles el Misterio Eucarístico con estas palabras:

"En verdad, en verdad os lo digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros.

"El que come mi carne y bebe mi sangre

(1) Esta palabra basta para demostrar lo vano de la interpretación que los protestantes se esfuerzan en dar á todo el Capítulo VI de San Juan; suponen que nuestro Señor no habla aquí sino de su doctrina, pero esta doctrina bajo el nombre de pan de vida, mal podía prometerla, diciendo: yo la daré, puesto que en aquel momento la había ya dado y continuaba dándola todavía.

tiene la vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día.

"Porque mi carne es una verdadera comida, y mi sangre es una verdadera bebida.

"El que come mi carne, y bebe mi sangre, permanece en Mí, y Yo en él.

"Así como mi Padre, que es la vida; me ha enviado, y yo vivo por mi Padre, del mismo modo el que me come, vivirá también por Mí.

"Este es el pan que ha descendido del Cielo. Vuestros padres comieron el maná, y han muerto, pero el que come este pan vivirá eternamente.

¿Es posible hablar con mas claridad? ¿Es Nuestro Señor menos esplicito, menos formal que la Iglesia en su doctrina respecto á la presencia real de Jesucristo en el Misterio de la Eucaristía?

§ VI.

En la santa Cena, Jesús, cumpliendo su promesa, dió este pan vivo á sus Apóstoles.

Después de la fiesta Pascual, según ya lo hemos visto, tomó el pan, le partió levantando los ojos al cielo para enseñarnos que

la Eucaristía es el misterio del cielo, y presentándole á sus Apóstoles, pronunció las palabras de la consagración, es decir:

Tomad y comed todos, porque ESTE ES MI CUERPO.

Después consagra el caliz y dice:

Tomad y bebed todos porque ESTA ES MI SANGRE.

Estas sencillas palabras del Señor son si no me engaño, la prueba mas concluyente de la presencia real. Hay aquí mucho mas que una prueba; hay evidencia. Por eso los ministros protestantes nos disputan vanamente hace trescientos años contra esta incomparable afirmación, prefiriendo como los judíos de Cafarnaüm, abandonar al Señor Jesús, antes que someterse á su palabra.—Esto es muy duro creer, dicen ellos, ¿quién puede escuchar en paciencia semejante disparate? Pero la Iglesia responde á estos judíos modernos; lo que Jesucristo respondió á los antiguos.—“Los pensamientos de la carne no sirven aquí de nada: mis palabras son espíritu y vida: solo por medio de la fe y de las luces del Espíritu Santo, y no por los sentidos ni por la razón, es como podéis comprender el sacramento enteramente celestial de mi amor.”

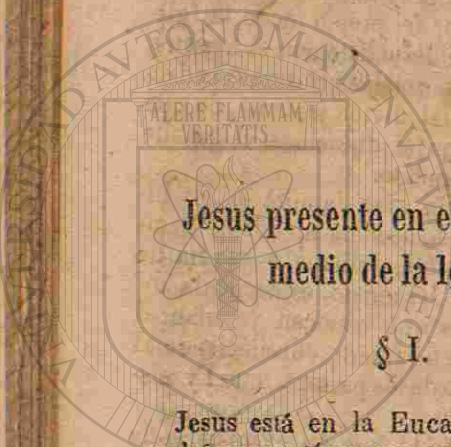
En cuanto á nosotros, cristianos fieles,

discípulos de Cristo como los Apóstoles y herederos de su fe, exclamaremos con San Pedro. “¿Oh Señor ¿á quién iremos nosotros? ¿No sois vos quien tiene las palabras de vida eterna?”—Tal ha sido la fe de todos los siglos, según atestiguan los documentos mas irrefragables de la historia.

§ VII.

Por medio de la Eucaristía Nuestro Salvador perpetúa al través de todos los siglos, y bajo un signo sensible, el sacrificio divino por el cual nos ha salvado. Este sacrificio de la Eucaristía se llama MISA: y el Hijo de Dios ofrece todos los dias, presente sobre los altares, por el ministerio de sus sacerdotes, la oblación é inmolación sangrienta del Calvario. En el altar todo está oculto bajo las especies ó apariencias del pan y del vino; pero el sacrificio es el mismo: absoluta y numéricamente el mismo que el que consumió en la cruz. La misma víctima está allí presente bajo el misterio del Sacramento.

Lo mismo que la Encarnación, la Eucaristía ES EL CIELO SOBRE LA TIERRA.



Jesús presente en el mundo por medio de la Iglesia.

§ I.

Jesús está en la Eucaristía; pero ahora podrá preguntársenos: ¿nuestros tabernáculos en que silenciosa y ocultamente se halla bajo las especies de pan y vino, son los verdaderos templos de nuestro Dios? ¿El pan vivo no debe tener tabernáculos vivos?

Sí, ciertamente: y ese es el gran misterio que cobija al universo y llena el mundo que desenvuelve y completa el misterio de la Encarnación, no siendo menos maravilloso ni menos profundo que él, y que se llama el *Reino de Dios ó sea la Iglesia*.

§ II.

Así como la Encarnación es la unión de la Divinidad y de la Humanidad en la persona de Jesucristo, del propio modo la Iglesia es la unión de Jesucristo con el hombre, y la comunicación que las criaturas reciben de la vida espiritual, divina y eterna, de que Jesucristo es, como si dijésemos, el grande y universal sacramento.

La Iglesia es la gran familia de los hijos de Dios; es la sociedad á un mismo tiempo visible é invisible, humana y divina de los discípulos de Jesucristo, es decir, de todos los hombres que conocen y aman al verdadero Dios en la tierra, obedeciendo al gobierno sagrado de los pastores, que El mismo ha instituido.

Del mismo modo que en el misterio de la Encarnación llegamos á la Divinidad invisible por la humanidad visible de Nuestro Señor, así en el misterio de la Iglesia Dios nos llama á lo invisible por lo visible, á la vida espiritual por un orden de cosas exteriores. Este orden de cosas exteriores no es otro sino el gobierno de la Iglesia con su gerarquía de pontífices; con su sagrada Liturgia, con la interpretación y

la predicacion autorizada de las verdades reveladas, con sus sacramentos, y con todo el conjunto del culto católico; es el medio necesario é instituido por derecho divino para unir al hombre de Dios.

Jesucristo está todo en su Iglesia y en todos los miembros de ella, siendo Soberano Pontífice, Doctor infalible, Gerarca Supremo en el Papa, pastor y santificador de las almas en el obispo, santificador, director, sacerdote en el presbítero; religioso y penitente en el monje; apóstol de Dios en el misionero; santo en el cristiano. El es la luz de los doctores la fuerza de los mártires, la pureza de las vírgenes, la humildad de los humildes, la santidad de los santos.

Nuestra fé es la participacion de su divina luz; nuestro amor es la comunicacion de su espíritu, que es amor. A El debemos amar en nuestros hermanos, en nuestros enemigos, como en nuestros amigos. El es á quien asistimos y consolamos en la persona del pobre.

Por eso el apóstol San Pablo llama á la Iglesia el Cuerpo de Cristo y resume toda la obra de Dios en la tierra con estas palabras que son la mas magnífica definicion de la Iglesia "*Cristus omnia in omnibus*."—Jesucristo es todas las cosas en todo.

§ III.

Ego in vobis et vos in me.—Yo estoy en vosotros, y vosotros estais en Mí. Tales son las palabras del mismo Nuestro Señor Jesucristo, claras, tan formales, tan sagradas para nuestra fé como las palabras de la Eucaristía: "Este es mi Cuerpo;" y como la afirmacion de la Divinidad del Salvador: "Yo soy Jesucristo, Hijo de Dios vivo."

De esta presencia, de esta union vivificante, nos habla Jesus en el Evangelio mas de veinte veces, y los apóstoles discurren incesantemente acerca de esta verdad fundamental del Cristianismo, y sobre ella establecen toda su moral: "Por ventura no os conocéis á vosotros mismos, dijo San Pablo á los primeros fieles, y no sabéis que Jesucristo está en vosotros?—Vosotros conteneis al Verbo de vida (1)—Glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo (2)"—Y otras mil palabras semejantes.

(1) *¿Annon cognocitis vosmetipsos quia Jesus Chirustus in vobis est?*—*Verbum vitae continentes.*

(2) *Glorificato et portate Deum in coopore vestro* (Epist de San Pablo) *In Cristo manemus et ipse in nobis.* (Epit de San Juan)

Pero lo mismo y todavía mas si es posible que la Eucaristía, este misterio se halla todo en el Espíritu Santo, y aquí también "la carne no sirve de nada." Esta union del Hijo de Dios con el hombre es toda espiritual, sin que esto sea decir, como podrian pensarlo algunos entendimientos demasiado rudos, que no sea real y positiva. Nada es mas real que el mundo espiritual, al cual pertenecen todos los misterios de la religion. Negarlo, seria tanto como caer en un grosero materialismo.

§ IV

El Padre lo hace todo por el Hijo, y el Hijo hace las obras de su Padre en el Espíritu Santo. Asi es como Jesus está en nosotros por el Espíritu Santo, obrando á un mismo tiempo el doble misterio de la gracia y de la Iglesia.

La gracia, que es la vida del alma y la vida de la Iglesia, es la union espiritual y real de Dios con el hombre por medio de Jesucristo; y la Iglesia es la sociedad de todos los hombres que viven de este modo la vida de Dios.

Todo en la Iglesia está destinado á con-

ferir, á desenvolver, á perfeccionar ó á resucitar la gracia. El sacerdocio, la gerarquía sagrada de los Pastores, la enseñanza de la verdadera doctrina, la predicacion de la palabra de Dios, la administracion de los sacramentos y de las cosas santas, el culto público, la oracion, todo, en una palabra, ha sido instituido con aquel mismo fin.

El bautismo comienza esta union divina: la confirmacion la fortifica y la completa; la Eucaristía la conserva y la alimenta; la Penitencia la repara; la Estrema Uncion le dá en los umbrales de la eternidad, su última mano, borrando por los méritos del Salvador, las últimas huellas del pecado y de la flaqueza humana. El Orden y el Matrimonio son los dos sacramentos de la fecundidad en la sociedad cristiana: el Orden consagra los sacerdotes que engendran, digámoslo así, para la vida espiritual los hijos que el Matrimonio engendra para la vida terrena.

Todo, pues, en la Iglesia vive en el Espíritu Santo y tiende á la union del hombre con el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo.

Con esto será mas fácil comprender de qué modo la Eucaristía que contiene á Jesucristo en persona, y que lo coloca en medio

de nosotros de una manera permanente, es en el centro de la religion y de toda la Iglesia. En efecto, Jesus Eucarístico es quien alimenta á la Iglesia, quien engendra sus santos, quien hace germinar incesantemente sobre la tierra las grandes virtudes, las grandes obras de caridad. Por El nos renovamos diariamente en la vida divina, cumplimos nuestro destino transfigurándonos mas y mas en nuestro único Señor, el *muy amado* de Dios, y perfeccionando mas y mas cada dia dentro de nosotros el gran misterio de la Iglesia.

§ V

Así como Jesucristo es todo en la Iglesia, del propio modo la Iglesia está toda en el mundo, y el que no conoce esto, jamás comprenderá nada de la historia del mundo. La historia de la Iglesia no es, propiamente hablando, otra cosa sino la manifestacion en el tiempo de la lucha, única que Jesucristo Hijo de Dios sostiene contra Satanás. En esta divina é invisible faz de la creacion, en que todos los tiempos están igualmente presentes á Dios, esta lucha es permanente, siempre actual, inmutable, y por consiguientemente

te eterna, como quiera que no es sino un acto idéntico de rebelion de parte del demonio y de los suyos contra Jesucristo y los hijos de Jesucristo.

Considerada la historia en todo su conjunto, es decir, en todos los lugares y tiempos de la vida humana, esa lucha entre Jesucristo y Satanás, la vemos perpetuarse, bajo diversas é innumerables formas, sin tregua ni descanso, y ella constituye la historia de la Iglesia desde el primer momento de la creacion y de la caída del primer ángel hasta el juicio final, ó mas bien, hasta la eternidad, en que la victoria será consumada.

En esta lucha, el enemigo único es el demonio: el solo y único vencedor es Jesucristo, eternamente vivo, y triunfador eternamente, primero, por el ministerio de los santos ángeles, despues en el hombre inocente, en seguida en el justo Abel, mas tarde en los santos patriarcas, en Noé, Abraham, Isaac, Jacob, en el pueblo de Dios, y finalmente, en su Madre bienaventurada, de cuyas entrañas purísimas salió, Dios y Hombre á morar en la tierra y en medio de los tiempos, mediante el misterio adorable de su Encarnacion. Despues de su lucha, de su muerte, de su Resurreccion triunfante y

de su Ascension á la gloria eterna, Jesus, que está todo en todas las cosas, que es la vida natural y sobrenatural de todos los hombres, y especialmente de los miembros de su Iglesia, continúa siendo combatido siempre, y siempre triunfante en la persona y por el ministerio de sus fieles, todos en general y especial y singularisimamente de los Soberanos Pontífices, sus vicarios visibles, y de los demás pastores de su rebaño.

Desde la aparición de este Divino *perseguido*, la lucha ha venido reproduciéndose en épocas de una duración próximamente igual, y toma una nueva forma despues de cada periodo de tres á cuatro siglos.

La primera de estas épocas, llamada mas especialmente era de las persecuciones, empieza en los tiempos apostólicos, y concluye en Constantino. Esta es la persecucion violenta y brutal de la sangre y del martirio. El espíritu rebelde quiere; durante este periodo, sofocar á Jesus, y sepultar su obra en mares de sangre, por el solo medio de la violencia exterior, sirviéndose para ello del poder del paganismo romano.

La segunda época empieza en Constantino, hacia mediados del cuarto siglo, y dura trescientos ó trescientos cincuenta años, hasta las grandes invasiones de los bárbaros.

De verdugo se hace el diablo herege, y por el malqueto ministerio de Arrio, Nestorio, Eutiques, Manes, Pelagio y otros grandes rebeldes de aquel tiempo, ataca el misterio de la Encarnacion bajo las formas posibles. Vencido Satanás en este terreno, como en el primero, promueve otra especie de guerra.

La época tercera de los combates de Cristo, empieza hacia el séptimo siglo, y dura hasta la mitad del undécimo, en el pontificado del grande San Gregorio VII. Esta es la época de la invasion de los bárbaros y de los mahometanos, de quienes el demonio se vale para sofocar la obra de Dios y la vida de Jesucristo en la tierra. Todo lo queman y destruyen los invasores: pero del propio modo que sucumbió en los dias de la Pasion, tambien en este periodo tercero, la vida se oculta bajo el velo de la muerte; y despues de esta terrible prueba, la Iglesia, es decir, la Sociedad de Jesucristo, aparece aventajada en un céntuplo, y reinante en toda la Europa; pues que en vez de ser absorbida por los bárbaros, ellos por el contrario, son absorbidos por ella.

El demonio, en cuanto periodo de su perpetua hostilidad quiere destruir la Iglesia y su constitucion divina, suscitando contra ella el orgullo de los emperadores de Ale-

mania y de los príncipes seculares. Los Pontífices romanos representacion y compendios vivos de la obra de Jesucristo, Gefe supremo de su Ejército, se oponen con un valor indomable á aquellas injustas pretensiones, y quedan al fin vencedores despues de haber hecho horribles esfuerzos.

Entonces da principio una guerra mas formidable que todas las anteriores, á saber: la rebelion de las inteligencias, no ya solamente contra tal ó cual dogma de la fe, sino una rebelion universal, suscitada por Lutero y Calvino al empezar el siglo décimo sexto, y la cual dura hasta la mitad del décimo octavo. La razon pretende entonces usurpar los derechos supremos de la fe, la autoridad de la Iglesia, ó mejor dicho el poder divino del Salvador es repudiado por lo innumerable multitud de sectas protestantes. El demonio se convierte en ángel de luz, é invoca contra Jesucristo la palabra de Dios en la Sagrada escritura.

La sexta época, consecuencia inmediata y forzosa de la anterior, pero mas profundamente anti-cristiana que ella, empieza con Voltaire y Rousseau, viniendo nosotros á ser testigos de sus obras. Su carácter principal es la negacion absoluta del mundo sobrenatural, y una universal apostasia. La

revolucion francesa es la expresion mas pura de su infernal espíritu. Es la anarquía bajo todas sus formas, en toda su crudeza, en sus exesos todos, y llevada hasta sus últimas consecuencias. Vemos á Jesucristo y á su Iglesia perder el derecho de ciudadanía y no tener existencia social reconocida por los poderes temporales (1.) Ya no se cree en el mundo de los espíritus, en los ángeles ni en los demonios; el racionalismo y el panteísmo se hacen dueños de la ciencia, y el socialismo pervierte las masas.

De este modo se manifiesta perpetuamente en el tiempo la implacable rábia del gran rebelde, del príncipe de este mundo, á quien Jesucristo por sus ángeles fieles, por el ministerio de sus Profetas, de sus Pontífices, y por la cooperacion de todos sus Santos, vence en los siglos de la tierra, como lo vence en la gloria y en la eternidad. ¡Desventura-

(1) La Iglesia, en efecto, desde la revolucion francesa no es considerada como persona moral: disputas del derecho de propiedad, el derecho de juzgar á sus miembros, etc. etc. y en muchos países se va mas lejos en el camino de injusticia, pues que se niega á los obispos el derecho de reunirse en concilio y de comunicarse con su gefe supremo, en una palabra, se priva de su libertad á la Iglesia.

do el hombre que cae en la tentación de aquel gran réprobo! ¡Bienaventurado el que permanece fiel al Vencedor Divino!

§ VI.

La Iglesia subsistirá tanto como el mundo. Pero ¿cuándo concluirá el mundo? Todos lo ignoran; y Jesús, interrogado sobre este asunto durante su vida mortal, respondía que el mismo Hijo del Hombre no lo sabe, queriendo así hacernos comprender que este es el secreto de Dios, en el cual no debe estar iniciada criatura alguna durante su vida terrena.

Si hemos de dar crédito á una opinión que era bastante común en la antigüedad cristiana, y que parece efectivamente apoyarse en varios pasajes de los libros sagrados, el mundo debe durar el espacio de siete milenarios, es decir, siete veces mil años: y así como el séptimo día de la creación fué para Dios el día del descanso, y para el hombre el día del paraíso terrenal, muchos antiguos doctores han pensado que la séptima y última época del mundo, el séptimo milenario (1) será el tiempo del triunfo uni-

(1) Esta opinión no tiene relación alguna con el error grosero de los *milenaristas*, que materializa-

versal de Jesucristo y de su Iglesia sobre la tierra; y que entonces se realizará plenamente aquella profecía evangélica: "No habrá mas que un solo rebaño y un solo Pastor."

Como quiera que sea, es indudable que al fin de los siglos, Jesucristo, vencedor de Satanás y de todos los corifeos de su rebelión, transformará el mundo y lo purificará en el fuego del Espíritu Santo; resucitará á todos los hombres, los juzgará según sus obras, llevará á su gloria y á su bienaventuranza á todos los que durante su vida le hubiesen permanecido fieles, y rechazará de su divino seno á todas las criaturas que hayan despreciado su amor.—"Y los elegidos irán á la vida eterna; y los condenados al fuego eterno!"

Entonces todo será consumado: no habrá ya ni tiempo, ni espacio. (2) ni mudanza, pues serán renovadas todas las cosas en el Espíritu Santo y entrarán á gozar de la vida perfecta, permanente y espiritual. Aso-

ron este reino espiritual y este último advenimiento de Cristo y que fueron condenados por las Iglesias.

(2) Et tempus ultra non erit.—A conspectu ejus (Christi) fugit terra et coelum, et locus non est inventus eis. (Apoc. de San Juan).

ciada por una union inefable á Jesucristo su Gefe, la Iglesia vivirá eternamente consumada con El en la unidad de la vida eterna.

Conclusion.

Aquí doy fin á esta obrita, querido lector, pidiendo á Aquel por cuyo amor la he compuesto, que te bendiga y te haga amar la santidad del Evangelio.

Mucho sería mi gozo si hubiera podido contribuir á hacerte conocer esta verdad viva y la única necesaria; sin la cual el hombre no es mas que un caminante perdido, incapaz de llegar al término de su viaje.

Estamos únicamente en este mundo para conocer, amar y servir á Jesucristo. Conocerle es tener la luz; amarle, es ser dichoso; servirle, es ser bueno.

Si he logrado hacer un bien á tu alma, ruegote, querido lector, que te acuerdes de mí, y pidas á nuestro comun Maestro y Señor lo propio que para tí le pido yo tambien: *su paz y su bendicion.*

FIN.

INDICE.

	Pags.
Prólogo de los Editores.....	VII
Jesucristo.....	1
Las tradiciones primitivas y las profecias.....	6
Los Evangelios.....	11
La Virgen y la Encarnacion.....	19
Belen	41
Nazareth	55
El Precursor y el Desierto.....	63
Vida pública y manifestacion de Cristo.	71
Jesus, Hijo de Dios.—¿Qué es lo que dice de sí mismo!.....	75
Milagros de Jesucristo.....	89
Carácter divino de Jesucristo.....	105
Oscuridades y dificultades del Evangelio	133
El misterio de la Redencion y la Pasion de Cristo.....	139
La Resurreccion y el triunfo de Jesucristo.....	189
Jesus presente en el mundo por la Eucaristia.....	213
Jesus presente en el mundo por medio de su Iglesia.....	227
Conclusion	240

ciada por una union inefable á Jesucristo su Gefe, la Iglesia vivirá eternamente consumada con El en la unidad de la vida eterna.

Conclusion.

Aquí doy fin á esta obrita, querido lector, pidiendo á Aquel por cuyo amor la he compuesto, que te bendiga y te haga amar la santidad del Evangelio.

Mucho sería mi gozo si hubiera podido contribuir á hacerte conocer esta verdad viva y la única necesaria; sin la cual el hombre no es mas que un caminante perdido, incapaz de llegar al término de su viaje.

Estamos únicamente en este mundo para conocer, amar y servir á Jesucristo. Conocerle es tener la luz; amarle, es ser dichoso; servirle, es ser bueno.

Si he logrado hacer un bien á tu alma, ruegote, querido lector, que te acuerdes de mí, y pidas á nuestro comun Maestro y Señor lo propio que para tí le pido yo tambien: *su paz y su bendicion.*

FIN.

INDICE.

	Pags.
Prólogo de los Editores.....	VII
Jesucristo.....	1
Las tradiciones primitivas y las profecías.....	6
Los Evangelios.....	11
La Virgen y la Encarnacion.....	19
Belen	41
Nazareth	55
El Precursor y el Desierto.....	63
Vida pública y manifestacion de Cristo.	71
Jesus, Hijo de Dios.—¿Qué es lo que dice de sí mismo!.....	75
Milagros de Jesucristo.....	89
Carácter divino de Jesucristo.....	105
Oscuridades y dificultades del Evangelio	133
El misterio de la Redencion y la Pasion de Cristo.....	139
La Resurreccion y el triunfo de Jesucristo.....	189
Jesus presente en el mundo por la Eucaristia.....	213
Jesus presente en el mundo por medio de su Iglesia.....	227
Conclusion	240

EL PROTESTANTISMO

Y LA

FRANC-MASONERIA.

Materias que contiene,

Capítulo I.—Falsedad del protestantismo en sí mismo y en sus obras. 1. Su origen. 2. Culto de los santos y su invocación. 3. Indulgencias. 4. Carácter de Lutero. 5. La Inquisición. 6. Degüello de San Bartolomé. 7. Revocación del Edicto de Nantes. 8. Condenación de Galileo.

Capítulo II.—La Iglesia de Jesucristo es la verdadera. 1. Existencia de la verdadera Iglesia. 2. Solo la Iglesia católica es la verdadera. 3. El protestantismo ni es ni puede ser la reforma de la Iglesia católica. 4. El protestantismo es una vil secta. 5. Notas ó distintivos de la verdadera Iglesia.

Capítulo III.—La Iglesia verdadera ha de ser Romana. 1. Se refuta el folleto llamado Despertador de los Fanáticos. 2. Se refuta el que se apellida Esclavitud del alma y medios para salir de ella. 3. Refutación de lo que se llama Abusos del Papado y su infalibilidad. 4. Privilegios y glorias del Papado.

Capítulo IV.—El protestante no puede

continuar en su secta. 1. Libertad de cultos. 2. Los protestantes condenados por sí mismos. 3. Diez y seis razones para adjuar el protestantismo y hacerse católico. 5. La misma verdad se demuestra por las escrituras.

Capítulo V.—Los protestantes y la Biblia. 1. Los protestantes no pueden recibir el canon de las sagradas escrituras. 2. Los protestantes no pueden recibir ni la misma Biblia porque no les consta que sea divina. 3. Ni pueden admitir la traducción de la Biblia. 4. Ni pueden conocer su verdadero sentido. 5. Se refuta el folleto titulado Los libros apócrifos. 6. Se refutan los folletos, La verdad y el error y la Conversión del Sr. Andrés Nunn. 7. Dificultades.

Capítulo VI.—Como no es lícito á un católico hacerse mason. 1. No es lícito á un católico por confesión de ellos mismos. 2. Ni apesar de su filantropía y beneficencia. 3. Ni por su origen. 4. Ni por la clase de gente que la compone. 5. Porque recluta la gente engañándola. 6. Por su malicia impia y por lo sumo de su maldad.—7. No es lícito en su último grado que es el de Aprendiz. 8. Ni en el segundo que es de compañero mason, ni en el tercero de maestro. 9. Ni en sus altos grados. 10. Ni por

las sociedades secretas. 11. Ni como dirigidos por el diablo en persona y demás impiedades. 12. Que es lo que encubre el velo de la beneficencia. 13. No es lícito á las mugeres. 14. No es lícito porque seis papas han excomulgado á los masones. 15. Porque tienen la maldad y la malicia en su mas alto grado.

Capítulo VII.—Refutación de la respuesta á la brillante obra de Monseñor de Segur. 1. Triste idea de la refutación del Dr. Aleman. 2. Acertada conducta de la Iglesia. 3. Primera falsedad del nuestro doctor ó sea el secreto mason. 4. Segunda falsedad ó sea la compañía de Jesus. 5. Tercera falsedad ó sea el profesor universal. 6. Cuarta falsedad, la franc-masonería es anticatólica. 7. Quinta falsedad, la franc-masonería es antisocial. 8. Sexta falsedad, historia de la franc-masonería. 9. Séptima falsedad, principios y objetos de la franc-masonería. 10. Octava falsedad, felicidad masónica.

Capítulo VIII.—Los frailes y las monjas. 1. Doctrina masónica publicada en la muerte del mason Moris. 2. Refutación de la primera calumnia. 3. Refutación de la segunda calumnia. 4. Refutación de la tercera calumnia. 5. Causas de la esclaus-

tracion. 6. La religion de San Benito. 7. Para qué sirven los frailes. Influencia del celibato en los frailes y monjas. 9. Para qué sirven las monjas.

Capítulo IX.—Reglas y Constituciones de los frailes. 1. El por qué de los frailes y monjas. 2. Votos de la religion. 3. Voto de obediencia. 4. Voto de pobreza. 5. Voto de castidad. 6. Otras observancias regulares.

Capítulo X.—Fundadores de los frailes y de las monjas, y de sus ocupaciones. 1. El por qué de este capítulo. 2. Siglo IV. 3. Siglo V. 4. Siglo VI. 5. Siglo VII. 6. Siglo VIII. 7. Siglos IX y X. 8. Siglos XI y XII. 9. Siglo XIII. 10. Siglos XIV y XV. 11. Siglo XVI. 12. Siglo XVII. 13. Siglos XVIII y XIX.

Capítulo XI.—Divinidad de Jesucristo. 1. El crimen infame. 2. Jesucristo es el Dios Hombre de que nos habla San Juan. 3. Jesucristo es Dios porque se hizo Hijo de Dios. 4. Jesucristo es Dios porque en su vida probó que era Dios. 5. Jesucristo es Dios porque con su muerte y resurreccion probó que era Dios. 6. Jesucristo es Dios porque Ennesto Renan en su obra impía, Vida de Jesus, confiesa mal de su grado que es Dios.

BIBLIOTECA RELIGIOSA.

OBRAS PUBLICADAS.

QUIEN ES MARIA LA MADRE DE DIOS,

O sea refutacion de la undécima
noche de los romanistas, titulada la Vírgen María.

Esta obrita que forma un tomo de 212
páginas en octavo se halla de venta al pre-
cio de dos reales el ejemplar, y tres en ho-
landeza fina.

CONFESION O CONDENACION.

Esta obra que forma un tomo en octavo
de cuatrocientas ochenta páginas, se vende
al precio de cinco reales el ejemplar, á la
holandeza.

¿QUIEN ES JESUCRISTO?

Esta que es sin duda la obra mas brillan-
te de tan celebrado autor, es tambien la
mas palpable demostracion de la Divinidad
de Jesucristo. Dicha obra forma un tomo
de 242 páginas en octavo se vende al pre-
cio de tres reales el ejemplar, á la holan-
deza.

